



PEDACITOS DE TI

Moruena Estríngana



Click
EDICIONES

Índice

Dedicatoria
Prólogo

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28

Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42

Epílogo
Biografía
Bibliografía
Créditos
Click

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre
una
nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos
exclusivos!**

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

A mi querida editora Adelaida, por creer en mí.

PRÓLOGO

EMMA

Nunca pensé que en un instante mi vida cambiara para siempre.

Mi padre, que era un hombre de negocios serio, acabó siendo arrestado por estar metido en la venta de drogas ilegales de la banda del Gato.

Pese al escaso trato que siempre he tenido con mis padres, a una le cuesta asimilar que aparte de eso traficara con drogas y que su imperio se cimentara sobre algo tan horrible.

Y lo peor no ha sido eso, sino descubrir que la persona que juraba amarme, que decía quererme más que a nada, a la hora de la verdad ha roto el compromiso de boda y me ha dejado en la estacada cuando más lo necesitaba.

Ahora mismo no tengo nada más que un apellido que solo me hace ganar miradas de resentimiento, ya que la noticia de la detención de mi padre ha saltado a los medios.

Toca empezar de cero, lejos de lo que conozco y de mi lugar de confort; y si no admitiera que tengo miedo, mentiría.

Sinceramente, me da todo un poco igual. Cuesta seguir hacia delante cuando estás tan destrozada.

CAPÍTULO 1

EMMA

Gwen me ha hecho quedarme en el piso donde ella vivió antes de casarse con Logan. La llamé y no sabía nada. Cometí el error de no recordar que estaba de luna de miel y que seguramente no tendrían tiempo ni deseos de ver la televisión. Le colgué, pero algo notó en mi voz que hizo que se pusiera a investigar al no cogerle el teléfono y descubrió todo.

Me quedo aquí porque era eso o que ella regresara de su viaje, y no quiero que lo haga por nada del mundo.

Se merece un descanso y, por lo que sé, Logan aún más.

Abro la puerta y está todo listo para vivir: hasta hay sábanas dobladas y perfectamente planchadas sobre la cómoda. Esto ha sido cosa de la suegra de Gwen, que se ha encargado de prepararlo todo.

Cierro la puerta y me dejo caer sobre la cama.

Parece que llevo días corriendo sin parar. Me siento muy cansada, agotada, y lo peor es que me da miedo detenerme y no poder soportar el peso que llevo sobre los hombros.

Temo romperme como si fuera una hoja.

Ordeno mis cosas en el armario. Estoy pensando qué hacerme de cena cuando suena la puerta. Abro y me encuentro a Wendy y Drew, los mellizos. Ya los conocí cuando vine a ver a Gwen. Son unos dos años menores que yo, tienen veinticuatro años, si mal no recuerdo, de modo que son cinco años más jóvenes que Caleb y casi seis que Logan, el mayor de todos.

Cuando los conocí enseguida me quedé fascinada con ellos, son encantadores.

—¡Bienvenida! Traemos la cena —dice Wendy alzando unas bolsas—. Mamá te ha dejado comida en el congelador y te ha llenado la nevera, pero nada como estos bocadillos caseros. Los mejores del pueblo.

—Más si la compañía es una chica tan guapa —me dice el zalamero de Drew dándome un par de besos—. ¿Qué tal estás?

—Bien, genial.

—Seguro que mejor ahora que estamos nosotros aquí —añade Drew.

—Claro, cómo no.

Wendy me sonrío. Es preciosa, y desde que la vi su dulzura me atrapó. Tiene el pelo cobrizo y los ojos grises. Drew es rubio de ojos azules, como los de Logan, aunque aparte de eso no se parece en nada a su hermano, ya que Logan es muy reservado y Drew es el alma de la fiesta allí por donde pasa. Gwen me puso al día de los hermanos Montgomery.

Abro la nevera y, efectivamente, está llena de cosas.

—No hacía falta todo esto —digo abrumada por este cariño.

—Los amigos de Gwen son nuestros amigos —apunta Wendy—. Estamos de tu parte. Tú no tienes la culpa de cómo es tu padre. Nosotros lo sabemos mejor que nadie, por nuestros hermanos.

—Gracias. Pero, de verdad, estoy bien.

—No nos lo creemos —dice Drew poniéndose cómodo—. Pero, tranquila, no pensamos irnos a ningún sitio esta noche. Hoy somos todos tuyos.

—Qué privilegio.

Drew sonrío; es realmente guapo, pero para mí ahora mismo es solo un chico más. No quiero ni deseo a ningún hombre. Para mí, por un tiempo, están vetados.

Me siento con los mellizos y me como el bocadillo, que he de admitir que está delicioso.

—Por cierto —dice Wendy cuando ya estamos acabando la cena—, mi madre te ha conseguido una entrevista de trabajo.

—Y le ha costado mucho. El jefe es un ogro y últimamente un poco capullo.

—¿Dónde? —les pregunto curiosa—. No lo pintas muy bien —le digo a Drew.

—No seas así, Caleb no es capullo, está pasándolo mal. —Miro a Wendy atando cabos—. Es en la empresa de la familia. Pero Caleb dice que, si no vales, te dirá que no, seas amiga de quien seas.

—No esperaba menos. ¿Y para qué puesto es la entrevista?

—Como su secretaria —me dice Wendy—. Caleb es muy exigente...

—No quiere una tía que tenga como objetivo meterse en su cama. Y, como tú ahora mismo estás tan herida como él, creemos que sois perfectos el uno para el otro..., profesionalmente —añade Drew.

—Te aseguro que, ahora mismo, en lo que menos pienso es en meterme en la cama de alguien.

—Igual que Caleb. Su exmujer era una zorra...

—¡Drew! —le recrimina su hermana.

—¡¿Qué?! Ah, es cierto, las zorras son preciosas. Mejor decir que es basura, por cómo lo engañó. E incluso creo que la basura tiene más categoría que esa... dejémoslo ahí.

Sé lo que pasó por Gwen. La mujer de Caleb cambió tras la boda y a él le costaba aceptar que la persona a la que había querido, a la que había convertido en su esposa, era así. Le dio varias oportunidades hasta que no pudo más, y ella, al intuir que le iba a pedir el divorcio, inventó un embarazo. Pagó a una mujer para que le diera a su hijo cuando este naciera y hacerlo pasar por suyo.

Caleb, intuyendo el engaño, le hizo creer que no estaba en casa y vio cómo se quitaba la barriga falsa; desde que se quedó supuestamente en estado, siempre le ponía excusas para que no la viera desnuda, y como a Caleb ya no le atraía, le daba igual.

Lo peor era que Caleb quería ese niño. Por lo que sé, se quedó destrozado al saber que no iba a ser padre, y desde entonces solo vive para el trabajo; si ya antes era difícil, ahora es una persona imposible de tratar.

No sé si me hace gracia trabajar para él en este momento. Aunque mejor así; si tengo un tirano por jefe, no pensaré en nada más.

CAPÍTULO 2

EMMA

Llego diez minutos antes a la cita, así que puedo ver como del despacho de Caleb sale una joven morena corriendo como si huyera del mismísimo diablo.

Pongo mala cara. A saber qué le ha hecho Caleb.

Espero paciente a que sea la hora en punto y toco a su puerta.

Me dice que pase y lo hago. Lo encuentro de espaldas, hablando por teléfono. Lleva un traje de color azul marino que se nota que está hecho a medida.

Hombros anchos y cintura estrecha. Aparentemente parece menos musculado que Logan, aunque lo de este se debe a su trabajo; tiene que tener el cuerpo siempre en forma para la acción, mientras que Caleb trabaja en un despacho. Aunque me apuesto lo que sea a que debajo de ese traje de diseño hay un cuerpo de escándalo.

Avanzo hasta colocarme frente a su mesa.

Tras veinte minutos esperando, escuchándolo hablar por el móvil sobre un anuncio de publicidad, estoy algo cansada. Sigo esperando, porque pienso que tal vez me esté poniendo a prueba.

Al fin termina, cuando yo ya me sé de memoria su mesa. Está ordenada. Tiene una pila de carpetas y dosieres, una agenda llena de anotaciones y varios papeles en un montón que supongo que son más notas. También hay revistas en las que presupongo que aparece publicidad de los anuncios que ellos llevan.

Caleb se vuelve y juro que siento que el aire desaparece del cuarto.

Sabía que era guapo, porque Logan lo es y me dijeron que su hermano se le parecía tanto que podrían pasar por gemelos de no ser por los ojos, pero no estaba preparada para esto.

Tiene los ojos más verdes que haya visto en mi vida, de un color esmeralda que parece brillar con intensidad. Lástima que unos ojos tan bonitos se vean empañados por esa mirada fría y ceñuda.

Su pelo es negro y los ángulos de su cara es como si estuvieran tallados en piedra. A Gwen nunca se lo diré, pero es mucho más guapo

que Logan, y eso que parecen casi gemelos de lo idénticos que son.

Me aguanta la mirada y hago lo mismo. No me achanto ante este adonis. Puede ser muy guapo, y yo no soy ciega para admitirlo, pero otra cosa es que me guste o que me presente babeando ante él. Ahora mismo tengo el corazón tan pisoteado que me cuesta siquiera recordar lo que era sentir algo que no fuera dolor.

—Emma Brown, supongo.

—Caleb Montgomery, o eso pone en la puerta de su despacho.

No hace amago de darme la mano y yo tampoco le ofrezco la mía.

—Me han dicho que pierda mi tiempo y te haga una entrevista. No te voy a engañar, solo lo hago por agradar a mi madre.

—A mí me habían dicho que estás un poco... —me muerdo la lengua recordando que podría ser mi jefe—, mejor me callo.

—Dudo que seas de las personas que se callan lo que piensan. Siento curiosidad, ¿qué ibas a decir?

—Está fuera de lugar.

Caleb me observa con sus penetrantes ojos verdes. Siento que quiere meterme miedo, que salga corriendo, y eso me da fuerzas para hacer justamente lo contrario.

Lo miro retadora.

—Ahora no soy tu jefe.

—Creía que no querías perder tu tiempo.

—Y no lo hago, solo pienso si serás capaz de decirme «idiota» a la cara. Porque supongo que es eso lo que te han dicho de mí. No tienes valor —me reta, y ya me he callado lo suficiente.

Él se lo ha buscado y, además, ahora mismo no estoy para las tonterías de nadie.

—Pensaba ser educada, tratarte como jefe, pero no lo eres y, aunque lo fueras, en mi tiempo libre puedo hacer lo que quiera. Siempre puedes no contratarme. Y que conste que todo esto es por tu necesidad de tirarme de la lengua, porque yo estaba más bonita callada. Y sí, dicen que estás muy idiota. Como ves no me importa llamártelo a la cara. —Noto por cómo le palpita la vena que no le gusta mi comentario, es más, siento que le jode no asustarme y que no me haya quedado callada. Él se lo ha buscado, yo he intentado ser educada—. Te soy sincera, necesito el trabajo porque no tengo dinero, supongo que lo sabrás. Pero no tengo problema en trabajar de lo que sea. Solo he venido a hacer esta entrevista porque se han tomado la molestia de organizarla. Y si me contratas, en mi horario seré tu secretaria y te respetaré, pero fuera no pienso hablarte

como si fueras un ser superior. Me han educado para no agachar la cabeza ante nadie, y menos ante alguien que parece disfrutar metiendo miedo a la gente. Conmigo has dado en hueso. No quiero que me des el trabajo por ser amiga de tu cuñada.

—No pienso hacerlo. Quiero a mi lado a alguien eficiente, no un estorbo. —Coge un papel y lo deja caer delante de mí—. He ojeado tu currículum, no tienes experiencia.

—Ninguna, es cierto, mi padre no me dejaba. Y mi prometido me hizo creer que cuando nos casáramos podría trabajar donde quisiera. Pero como también me mintió en lo de quererme, sinceramente no sé si hubiera sido cierto.

—Me importa bien poco tu vida privada —me dice con frialdad.

Siento rabia y me muerdo la lengua por ahora; ya se la devolveré si tengo ocasión en otro momento. A este niño rico le hace falta alguien que no se asuste con su fría mirada. Desde pequeña estoy cansada de lidiar con hijos de papá que heredan el negocio familiar y se creen superiores al resto.

Entiendo que esté mal por lo de su exmujer, pero eso no le da derecho a ser así conmigo.

—Bien, pues aclarado eso, empieza la entrevista y acabemos de una vez.

—Como has podido ver, no tengo secretaria, estoy tirando de las de otros departamentos. Te propongo hacer una prueba esta mañana y, si no vales, al acabar cada uno se irá por su lado.

—Me parece bien.

—Genial. Organízame estos archivos. —Los coge de su mesa. Los cojo, pesan.

—¿Cómo los quiere?

—¿Ahora me hablas de usted?

—Por unas horas será mi jefe. Fuera del trabajo es igual que cualquier otra persona y no me pienso callar más lo que siento.

—Yo tampoco lo haré y, en cuanto a tu pregunta, apáñate como puedas.

—No me extraña que las secretarias le duren tan poco.

—No es tu problema.

—No lo es, no. ¿Algo más?

—Por supuesto. —Coge su agenda y la pone encima de todo el montón de archivos—. Quiero que conciertes una cita con mis clientes

más fieles para la próxima semana. Y ya se me ocurrirá qué más mandarte.

—Genial.

Me marchó hacia donde supongo está mi sitio. Salgo y dejo todo sobre la vacía y solitaria mesa que hay cerca del despacho del ogro de Caleb. No creo que me dé el trabajo, pero pienso demostrarle que, si no fuera tan capullo y me explicara un poco el funcionamiento de la empresa, podría ser muy buena.

* * *

Me paso la mañana atendiendo las exigencias de Caleb. Me cuesta llegar siquiera a una de ellas. Respondo al teléfono lo mejor que puedo y le paso las llamadas. Al finalizar la jornada, Caleb sale del despacho y me pide que le entregue lo que me ha mandado. Lo ojea: no he dado ni una. De eso estoy segura. Es imposible saber tantos datos con tan poca información. Aun así, he utilizado Google y los archivos de la empresa a los que tenía acceso *online*, más no he podido hacer.

—Es un desastre. No me sirve para nada.

—Bien, entonces lo mejor es que me marche. Pero te aseguro que, si te hubieras tomado la molestia de explicarme las cosas o de darme más datos, lo hubiera hecho genial.

Me mira con sus sagaces ojos verdes y asiente. Que asienta me descoloca.

—Pensé que te irías en la primera hora. No esperaba que aguantaras y he de admitir que has acertado en algo. No eres tan mala. Y se nota que eres cabezota. Pero lo mejor es que estás tan destrozada por lo de tu ex que ahora mismo solo piensas en salir adelante sola y no en meterte en mi cama. Estás contratada.

Juro que durante esta mañana de trabajo me he sentido mal por ser tan sincera con él y pensaba ser más comedida y educada. Pero hasta aquí, no se merece que me quede callada. Él está pidiendo a gritos o que le diga lo que pienso o que agache la cabeza afectada, y esto segundo no pienso hacerlo ante nadie.

—Eso será si quiero —me mira sin dar crédito a que lo rechace—. No sé si seré capaz de trabajar para un tirano sin corazón. Yo estoy destrozada, es cierto, pero, aunque no lo estuviera, no me tienta la idea de

meterme en tu cama. No eres mi tipo. No me gusta el frío, y tú eres puro hielo. Yo soy más de fuego.

—Genial para el idiota que consiga recomponer tu corazón, a mí esa información me da exactamente igual.

—Eres un capullo —le digo a las claras—. Y acepto solo para demostrarte que soy capaz de trabajar hasta con seres insensibles como tú. Si logro sobrevivir a tu tiranía, creo que seré capaz de hacerlo en cualquier lado.

Por su mirada no sé si mi comentario poco acertado le ha sorprendido o no. Solo asiente y deja un *pendrive* sobre mi mesa.

—En él encontrarás información de la empresa y datos que te serán útiles; te doy una semana para ser la secretaria perfecta, si no...

—Déjame adivinar. ¿Estoy en la calle?

—Correcto, y ahora puedes irte.

Asiento. Entra en su despacho de nuevo. Recojo mis cosas. A ver cuánto tiempo aguanto soportándolo. Me parece increíble que comparta sangre con los mellizos. No se le parecen en nada.

Me cuesta imaginar que hubo un tiempo en el que no fue así.

Recojo mis cosas y bajo a recepción. Al llegar veo a Wendy y a Drew, que al verme se acercan.

—Sigues viva, eso es buena señal —dice Drew en tono de broma.

—Tu hermano no me ha comido. No se atreve, sabe que conmigo no puede. —Wendy sonrío—. Me ha dado el puesto, de prueba, claro. No sé si seré capaz de soportarlo.

—Seguramente no, pero pagan bien —dice Wendy—. Vamos a celebrarlo.

—No tengo muchas ganas...

—Aun así, mamá quiere que vengas a comer a casa. Allí es donde lo íbamos a celebrar.

—Me apetece estar sola.

—¿Para pensar en tu ex y en tus padres? —me dice Drew pasándome el brazo por los hombros—. Ni hablar. Mejor te vienes con nosotros y dejas para luego el dolor.

—Si eso es posible, dime cómo.

—Si lo descubro, te lo digo —me guiña un ojo y tira de mí hacia fuera.

Antes de salir me paro a pensar un momento y sé que, en parte, si he aceptado el reto de trabajar con Caleb es solo y únicamente porque, si estoy centrada en demostrar mi valía y en trabajar como la que más, no pienso en el dolor que siento y en que temo derrumbarme en un instante.

CAPÍTULO 3

CALEB

Observo en mi ordenador a Emma con mis hermanos tras bajar a recepción. Desde mi PC puedo entrar en las cámaras de seguridad de todo el edificio. Sabía por Gwen que Emma no era convencional, pero no esperaba encontrar a alguien tan herido como yo.

Lo cual es bueno; así ninguno se meterá en la vida del otro.

Sé que he sido un capullo. El problema es que no sé retroceder. Solo en este estado siento algo de paz. Y que ella no se calle lo que piensa me da un respiro, porque estoy cansado de que la gente de mi entorno me trate entre algodones o con miedo, y sabía que, si la picaba, ella actuaría así.

No soy ciego: es preciosa, el pelo rubio trigo ondulado sobre la espalda y unos ojos grandes y dorados. De cuerpo, curvas donde ha de tenerlas.

No sé cómo nos irá trabajando juntos o si acabaremos matándonos el uno al otro.

Somos demasiado parecidos y estamos muy heridos por el mundo. Tal vez lo mejor hubiera sido tenerla lejos, el problema es que siento curiosidad por cómo se desarrolla todo y he de admitir que es muy buena. La he estado viendo trabajar toda la mañana gracias a la cámara de seguridad y es muy eficiente. No se ha asustado ante el trabajo y ha estado buscando soluciones.

Siento que podemos hacer un gran equipo, si no la cago como siempre.

EMMA

Los padres de los mellizos me parecen unas personas entrañables y únicas. Mis padres nunca han sido tan cariñosos. Para ellos una comida en familia era un silencio apenas roto por el ruido de los cubiertos al entrar en contacto con el plato.

Siempre he sabido que mis padres se casaron por interés. Pero con el tiempo se enamoraron y el hecho de que mi madre haya acabado en la cárcel, al igual que su marido, me hace saber que también estaba al tanto de todos los negocios de mi padre.

Ella era la hija mayor de un comerciante que, tras casarse con mi padre, tuvo todo lo que siempre quiso y la fortuna de mis padres no dejó de crecer y crecer. Ahora sé por qué.

Me hubiera gustado estar mejor emocionalmente para disfrutar de la velada. He sonreído con falsedad, como me han enseñado, y les he hecho creer a todos que estoy bien. El problema es que ahora, sola, en mi nuevo hogar, me cuesta mantener esa falsa sonrisa y temo derrumbarme.

Por eso me pongo a trabajar y a estudiar el *pendrive* que me ha dado Caleb para demostrarle a ese estirado que puedo ser la mejor secretaria que ha tenido nunca.

Ahora mismo esa es mi única meta.

* * *

Me pido un café para llevar en la cafetería del trabajo. Me he pasado la noche sin dormir, trabajando y analizando datos. Casi me los sé todos de memoria. Estoy agotada, por eso me he puesto varias capas de maquillaje y luzco mi mejor sonrisa.

—¿Apurando tus últimos minutos antes de entrar a trabajar? —me sorprende la voz de Caleb a mi izquierda.

Lo miro de reojo. Va tan impresionante como ayer. Hoy luce un traje oscuro y camisa azul claro.

—Me quedan diez minutos, con mi tiempo libre puedo hacer lo que quiera.

—No me gusta la impuntualidad.

—A mí tampoco los jefes tiranos y, mira, trabajo para uno. —Me parece ver un atisbo de sonrisa asomar entre sus gruesos labios.

Es tan imposible que así sea, que lo dejo en que lo habré imaginado.

El camarero le sirve, sin que mi jefe se lo pida, un café para llevar y varios periódicos del día. Sin darle las gracias, Caleb se va con esa aura de sabelotodo y superioridad que tiene.

—No sé cómo lo soportas, ni las gracias te ha dado —le digo al camarero.

—Yo al menos solo lo soporto una vez al día, a lo sumo dos. Tú lo vas a tener que aguantar muchas horas.

—Vaya, las noticias vuelan.

—Sí, y las apuestas, no te da nadie más de una semana.

—¿Puedo apostar?

—No, porque eres parte implicada.

—Pues pienso durar mucho más de una semana. No sabe con quién se está metiendo ese estirado.

El camarero me sonrío.

—Por cierto, me llamo Agustín.

—Yo, Emma, aunque presiento que ya lo sabes. —Asiente.

—Lo sabemos todo de ti, lo siento. Pero, tranquila, la gran mayoría piensa que tú no tienes la culpa.

—Otros supongo que creen que soy como ellos y tarde o temprano acabaré pagando mis pecados en la cárcel.

—Sí, no te voy a mentir. Pero tiempo al tiempo, tanto para bien como para mal, todo se verá. Y ahora será mejor que te vayas antes de que la tome contigo por llegar tarde. —Me tiende mi café y, tras pagarlo y darle las gracias, me marchó a mi puesto de trabajo.

Al llegar, Caleb está ahí plantado, revisando una carpeta. Me mira de reojo cuando dejo mis cosas en los cajones.

—Aún me sobra un minuto, puedo tomarme con tranquilidad durante sesenta segundos mi café.

—Como quieras. —Me observa con sus intensos ojos verdes mientras degusto el café, que quema horrores, pero solo por fastidiarlo me lo bebo como si no me intimidara.

Caleb mira su reloj y yo hago lo mismo con el mío; veo que se acerca a las ocho de la mañana, que es cuando empieza mi jornada. Y nada más dar la hora, Caleb empieza a hablar y a mandarme trabajo sin parar.

Doy gracias de haberme tomado esos tragos de café, porque no paro en toda la mañana. Aunque me he pasado toda la noche despierta estudiando, aún voy algo perdida.

Cometo algunos errores graves y me toca redactar varias cartas una y otra vez. Caleb no me da tregua y, cuando termina mi jornada, estoy tan agotada que me tiemblan las manos. Me quedo sentada en la silla y escucho como se abre y se cierra la puerta del despacho de Caleb.

—Ni se te ocurra pedirme nada más o ahora sí que te mando a la mierda por tirano —le digo alzando la mano sin mirarlo.

—Solo venía a darte el trabajo que espero para mañana, ya que estaré fuera. —Me tiende un papel.

—Qué descanso...

—No cantes victoria, vas a estar entretenida. —Lo miro; no sé si lo dice de broma o para joderme.

—Pero si voy a estar sin ver tu fea cara, eso bien merece la pena el trabajo.

Le sonrío y guardo lo que tengo que hacer mañana en mi agenda sin mirarlo. Por hoy ya he acabado. Recojo mis cosas y me alejo sin despedirme. Es solo cuando estoy esperando el ascensor que le deseo un buen día y me parece escuchar un leve «igualmente».

He sobrevivido al primer día, el resto no pueden ser peores...

* * *

... Lo son. Incluso el día que Caleb estuvo fuera de la empresa no paró de llamarme para pedir más cosas de las que me había puesto en su larga lista. Al llegar el viernes estoy agotada. Tengo la tentación de dejar caer la cabeza sobre la mesa. No lo hago, claro, pero no por falta de ganas.

Lo bueno es que estoy tan agotada y me llevo tanto que estudiar y repasar a casa que no he pensado en nada que no sea esta empresa.

Escucho la puerta de Caleb y unos pasos. Se para ante mi mesa.

—Ya no me puedes putear más hasta el lunes, piérdete.

—No son formas de hablar a tu jefe.

—Fuera del trabajo, sí, ahora mismo pensaba poner en mi estado de Facebook que el capullo de mi jefe me trata como a una esclava.

—Eres una exagerada. —Me sorprende su comentario y alzo un poco la vista.

No sonrío, dudo que sepa cómo se hace. En toda la semana solo le he visto asesinar a la gente con la mirada.

—¿Qué quieres?

—Darte esto. —Me tiende un panfleto de un *spa*—. Es cosa de mi madre, ve y di quién eres, y te puedes hacer lo que quieras.

—No tenía que haberme pagado nada —le digo molesta.

—No te ha pagado nada, es amiga del dueño. Y a mí me da igual lo que hagas. Si quieres vas y si no, no.

Deja la publicidad y se marcha de vuelta a su despacho con ese aire de grandeza que tiene. Me pregunto si practica el ser así de idiota.

Y decía Gwen que era un poco serio... Se ha quedado corta.

Gwen... Eso me recuerda que tengo que llamarla. Están ya de vuelta y llegan mañana. Ha quedado en venir a verme en cuanto se instale en casa de Logan. Que no será en el ático. Va a ser en una casita cerca de donde estará su nuevo trabajo en la librería.

La llamo mientras voy de camino hacia mi casa.

—¡Hola! —me saluda nada más descolgar—. ¿Como ha ido la semana? Siento no haberte podido llamar...

—Si me llegas a llamar en tu luna de miel, me hubiera preocupado por cómo te cuida tu marido. —Se ríe.

—Me cuida muy bien, y de más, si he de serte sincera. Logan no entiende que estar embarazada no es estar inválida, y no me deja hacer nada.

—Me lo puedo imaginar. No se parece en nada su hermano. —Se ríe de nuevo—. ¿Cómo aguantaste ser su secretaria?

—Ni yo misma lo sé. Creo que en parte fue porque aún no había sacado lo peor de él, como ahora. Te compadezco, la verdad. Piensa que en nada estaré ahí, y así no te sentirás tan sola.

—Estoy bien.

—Sé que no, a mí no me tienes que mentir.

—Entonces simplemente estoy.

—Mejor así. —Escucho que Logan le dice algo—. Te tengo que dejar, mañana quedamos.

—Genial. Nos vemos, y buen viaje.

Llego a mi casa y me descongelo algo para cenar. Me han venido genial los *tuppers*, ya que no tengo ni idea de cocinar. No sé cómo sobreviviré cuando se terminen. Me siento a comer y pongo la tele; últimamente hablan de todos los que están cayendo de la banda del Gato y mencionan a mis padres. Veo sus caras en la tele. Pierdo el apetito y el peso de todo lo sucedido me aplasta, dejándome devastada.

No eran los mejores padres del mundo, pero duele mucho saber que viví una mentira. Que estaba bajo su techo y no lo vi venir. Es tal el engaño que siento que es como si en vez de mi vida estuviera viviendo la de otro. Y lo peor, lo de Orlando. Amar a alguien que jura quererte pese a todo y que a la hora de la verdad le pueda más el qué dirán si sigue conmigo y los clientes que perderá en su empresa que el seguir a mi lado.

No me quería. Alguien que te quiere no te puede hacer sufrir tanto.

No sé cómo puedo seguir queriéndolo, cómo puedo seguir esperándolo. Creyendo que hay una explicación para su reacción. Para

que me dejara sola sabiendo que no tengo nada. No sé qué hubiera sido de mí sin Gwen. Si hasta este piso y la comida son de prestado... No tengo dónde caerme muerta.

No tengo nada.

Salgo a la terraza y me siento, envuelta en una manta, a mirar el mar, sin importarme el paso del tiempo. Sin tener en cuenta el frío ni como la tarde da paso a la noche.

Sabía que esto pasaría si me paraba a pensar en lo sucedido. Era consciente de que, una vez asimilara lo que había ocurrido, me quedaría devastada.

Sin fuerzas, sin ganas de nada.

Cuesta ver el sol cuando solo eres capaz de atisbar la tormenta.

CAPÍTULO 4

CALEB

Lleva, que yo sepa, seis horas a la intemperie. La miro desde mi balcón pensando que, o bien está loca, o está muerta. Por esto segundo decido entrar en el piso de Logan, gracias a la puerta que comunica los dos pisos, y uso la escalera que colocó en medio del salón de la casa de Gwen para poder verla sin que nadie lo supiera.

Lo hago mosqueado por tener que cuidar de Emma como si fuera su puñetera niñera. Sé que lleva horas ahí fuera, porque la vi al llegar. Que siga en la misma postura no es normal.

Llego a ella y veo que respira. Estoy tentado de irme, pero con este frío, si sigue aquí, cogerá una pulmonía.

Dudo en si despertarla o no; al final la cojo en brazos para dejarla en su cama y que con suerte no se despierte y mañana piense que se fue medio dormida. No me apetece que me agradezca nada, pues solo hago esto para no tener que tomarme la molestia de buscarme otra secretaria..., o porque tal vez no está del todo aniquilado en mí todo gesto de humanidad. Algo que dudo.

Pesa poco y huele a caramelo. Su perfume es así de empalagoso.

La dejo en la cama y por un momento creo que se va a despertar. Me quedo mirando sus ojos. No los abre, pero aun así soy capaz de ver en su gesto el dolor que pesa sobre sus hombros.

Es igual al mío.

Ella también ha sabido lo que es vivir una vida falsa y tener un padre horrible. La tapo con una manta que había cerca y me marché sin dejar signo alguno de mi presencia.

Es mejor así. Ahora mismo no sé lidiar con muchos sentimientos y menos con los de una secretaria que piense que tengo corazón, cuando mi ex se encargó de matar lo poco que quedaba con vida tras despertar y recordar a mi padre apuntándome con una pistola, a punto de matarme, cuando solo tenía diez años. Esa noche dejé de ser el que era y, aunque erró en su tiro y no me mató, sí aniquiló para siempre una parte de mí.

EMMA

Me despierto desconcertada, no sabiendo bien dónde estoy. Al descubrir que estoy en mi cama, me relajo. Tampoco es que recuerde cómo llegué a ella, ni cuándo. Pero, con lo destrozada que estaba, me alegro de que encontrase la cordura de levantarme e irme a la cama en vez de pasar la noche en el balcón.

Me doy una ducha y como algo. Estoy acabando cuando me llega un mensaje de Gwen diciéndome que han llegado y están en la librería viendo las obras, que si me quiero pasar. Le digo que sí y me visto a toda prisa para llegar cuanto antes.

No tardo mucho en llegar y la veo en la puerta junto a Logan, observando la fachada aún con andamios como el que ve algo que solo está en su cabeza. Seguro que andan imaginando cómo quedará todo. Por lo que sé, también tendrá cafetería, donde la gente podrá leer los libros que haya comprado y charlar con los escritores.

—¡Emma! —Gwen me ve y sale del cobijo de su marido para venir a abrazarme.

—¡Maldita sea, Gwen, te vas a tropezar! —protesta Logan antes de que su mujer me arrolle con un abrazo.

Nos fundimos como dos hermanas que se han encontrado tras varios años y saben que cada una necesita más que nada la fuerza de la otra. Tiemblo en sus brazos, lo nota y se separa para mirarme con una sonrisa, sabiendo que ahora mismo no quiero romperme. O, más bien, no quiero que todos vean lo destrozada que me siento.

—Estás preciosa. Y de una pieza, tras trabajar con mi cuñado.

—Pintáis a Caleb como a un ogro —me dice Logan antes de darme dos besos—. Encantado de volver a verte.

—Lo mismo digo, y tu hermano hace buenos a los ogros —le respondo, y eso le hace gracia.

—Ven, vamos a ver la librería por dentro. —Logan se pone ante su mujer—. Quítate de ahí, Logan, pienso entrar.

—No vas a entrar a un lugar lleno de cables pelados, techos a medio hacer y cientos de peligros que ni me atrevo a mencionar.

—¡¿Así me vas a tener todo el embarazo?! Pues te prometo que el segundo lo pares tú. —Logan sonrío de medio lado—. No me mires así, si quieres otro hijo ya puedes estudiar cómo hacerlo. No pienso vivir como si estuviera en una jaula.

—Lo hago por ti.

—Lo haces por ti y por tu sobreprotección. Y ahora, apártate o entra con nosotras y vigila que todo esté bien.

Logan cede y nos deja pasar tras pedir unos cascos de obra. Nos quedan fatal, pero eso no quita que no nos haga gracia vernos con ellos puestos.

Entramos en la librería. No se adivina mucho cómo quedará. Eso sí, Gwen lo tiene muy claro; me cuenta cómo irá todo y hasta puedo imaginarlo. Las obras no durarán mucho y, cuando lo reabran, Logan y ella estarán a cargo del negocio, ya que Logan ha dejado su puesto como detective de policía.

Salimos del local y vamos a tomar algo cerca. Nos pedimos unos refrescos en consideración a Gwen y algo de picar, tras mirar la carta y descartar un sinfín de cosas que una embarazada no puede o no debe comer.

—¿Qué tal el viaje? —les pregunto, y por cómo se miran sé que no han salido de la cama—. Mejor no me respondáis.

Gwen se ríe.

—El paisaje desde la cama era espectacular —me responde.

—No me dais envidia. Desde mi balcón se ve el mar y, por suerte, ya no me acuesto con un rastrero mentiroso que no es más que una rata. ¿No dicen que son las primeras en abandonar el barco? Pues eso.

—Es peor que una rata. No sé como no te diste cuenta —me dice Gwen.

—Cosas que pasan. Pero no quiero hablar del tema. Mejor contadme... cualquier cosa que no sea lo bien que os lo pasasteis en la cama durante la luna de miel.

Gwen se ríe y me enseña fotos que le han estado pasando de la boda. Me hubiera encantado asistir al evento, pero no pude hacerlo porque fue justo cuando todo estalló.

—Sé que, de haber podido, hubieras venido, no le des más vueltas —me dice Gwen adivinando mis pensamientos.

—Lo intentaré. Ya te lo dije, estabas preciosa.

—Sí —afirma Logan enamorado—. Y ahora os dejo que habléis de vuestras cosas y voy a ver cómo va la obra.

Da un beso a su mujer y se marcha. Gwen no deja de seguirlo con la mirada hasta que lo pierde de vista.

—Dais un poco de asco —le digo bromeando—. Me alegro por ti, te lo mereces.

—Gracias. Y ahora cuéntame cómo estás; y quiero la verdad.

—Estoy bien...

—La verdad.

—Si te dijera cómo estoy, no podría sobrellevarlo. Dame tiempo. —
Coge mi mano y me la aprieta con cariño.

—Estoy a tu lado para cuando tú lo necesites.

Asiento. Hablamos de mi semana de trabajo y no sé cómo acabamos riéndonos ante las excentricidades de Caleb, ya que al parecer con Gwen también eran ya así.

—Me consta que muchos han perdido ya la apuesta. —Gwen me mira curiosa y le cuento lo que me dijo Agustín, el camarero.

—Hay buena gente trabajando ahí, otros no.

Gwen me contó su experiencia y que, sobre todo por parte de ellas, la miraban con envidia. Como siempre. Las mujeres, en vez de ayudarnos y respetarnos, si nos ponemos la zancadilla, mejor. No lo entiendo. Y es algo que siempre he envidiado de los hombres.

—Tendré cuidado; de todos modos, en la planta donde estoy solo estamos Caleb y yo. Y pese a todo no tengo tiempo ni para sentir la soledad de la planta.

—La verdad es que no. Un día los otros despachos los ocuparán Wendy y Drew, pero de momento quieren ir poco a poco. Aunque cuando tienen que arrimar el hombro lo hacen, al igual que Logan. Eso sí, no le pidas que se ponga un traje. En nuestra boda costó horrores que aceptara ir con uno y no se presentara en vaqueros. —Sonríe enamorada—. Me hubiera dado igual, la verdad, pero sabía que a su madre le hacía ilusión, y por ella insistí.

—Tu suegra me cae muy bien.

—Es maravillosa. Tengo suerte de haberla tenido y, bueno, a mi madrastra también. Quiero presentarte a mi padre y a su mujer.

Nos terminamos el refresco y vamos a conocerlos. Me quedo encantada con ellos y se nota lo mucho que ambos quieren a Gwen. Me piden por favor que cuente con ellos si necesito algo, y me hacen apuntarme el móvil de ambos. Salgo de allí contenta, pero preguntándome si se nota mucho lo sola y perdida que me siento.

—Vente a comer conmigo —me pide Gwen cuando es la hora de despedirnos.

—No, me voy a casa. —Recuerdo lo del *spa*—. Por cierto, tu suegra me ha regalado una sesión de *spa*. No quiero aceptarlo. Demasiado han hecho ya por mí...

—Si no aceptas iré a tu casa y te llevará ella misma. Ve y relájate. Todo seguirá igual después, pero al menos habrás descansado un poco.

Asiento, pues tiene razón, y además creo que su suegra sería capaz de venir a por mí y llevarme a la fuerza. Solo por eso, tras comer me marcho a darme una sesión de *spa* y, aunque me dan un masaje y me relajo en sus aguas termales, cuando regreso a mi nuevo hogar siento que el peso sobre los hombros sigue estando y que tal vez nunca desaparezca.

Ha llegado el momento de vivir con ello, de aprender a andar cuando lo que te sucede solo te hace tener ganas de quedarte anclado en el suelo y no ir a ningún sitio.

CAPÍTULO 5

EMMA

Ha pasado un mes desde que llegué a este pueblo que se ha colado en mi interior. Tal vez no sea mi mejor época para apreciarlo; aun así, me encanta caminar por el paseo marítimo y ver el atardecer desde mi ventana, así como recorrer sus calles. No todo el mundo me señala con el dedo y me mira como si fuera a sacar droga de mi bolso, o como si en cualquier momento me fueran a apresar salpicada por lo de mi padre.

Lo peor es que mi padre sigue siendo noticia; no paran de salir más y más trapos sucios y más líos en los que ha estado metido. Es horrible, he dejado de ver el telediario asqueada por esto.

En el trabajo las cosas van, que no es poco. He aprendido a trabajar con Caleb, a saber dónde están sus límites y a adelantarme a sus manías, como ahora:

—Necesito... —Se lo tiendo—. El recuento de... —Se lo doy—. Bien, gracias, pero no te creas que por esto sigues sin estar a prueba.

—Claro, cómo no, es normal. Cómo olvidarlo, teniendo en cuenta la gran cola de personas que tienes deseando trabajar contigo.

Me mira un segundo y no sonrío, pero he aprendido a leer entre los diferentes matices de sus pupilas. Le gustan mis comentarios, lo sé. Y, si no, me da igual, porque soy así y picarlo es lo más divertido de mi día.

La verdad es que no es tan malo. Pero sí muy cansino. Caleb no tiene freno. No para de trabajar. Y me consta que, cuando se van todos, él sigue trabajando. Lo sé porque después de la luna de miel de Gwen y Logan le vendieron el ático a Caleb y ha estado de obras para unificarlo con el suyo y darle un aire totalmente diferente al que tenía cuando estaba casado. Ahora hace vida en la parte que está sobre mi casa y, aunque le dije que quitara la escalera, con las obras no quiso. Y ahí está, colgada de mi techo, y si tiro de ella puedo entrar en su casa con facilidad. No lo haré, pero me molesta que no la haya cerrado.

Sigo mi jornada. Llega un cliente y antes de preguntarme por Caleb me mira con una sonrisa. Sé que sabe quién soy, lo dicen sus ojos y ese aire de prepotencia.

—¿En qué puedo ayudarle?

—Tengo cita con el señor Montgomery. —Me dice su nombre y le indico que me siga al despacho de Caleb.

Toco y Caleb nos hace pasar.

—Señorita Brown —me dice cuando me dispongo a irme—, quédate, quiero que anotes unas cosas de la reunión.

—Como quiera, señor Montgomery.

Me pongo a su lado, donde hay una mesa lista para mí. No es la primera vez que asisto a una reunión y me toca tomar notas y buscar información de lo que me pide Caleb en Internet. Enciendo el portátil que hay en la mesa y lo dejo todo listo para empezar mi trabajo.

La reunión comienza y no se me pasa por alto cómo me mira el cliente; a Caleb tampoco, por eso en un momento dado le pregunta a las claras:

—¿Algún problema con mi secretaria?

—Pues la verdad es que sí, no me siento cómodo ante una estafadora y vendedora de droga.

Me tenso ya harta con este tema y cansada de tener que pagar por los errores de mis padres.

—Si no le gusta, ya sabe dónde está la puerta, pues no le consiento que insulte a mi secretaria, que hasta hoy nada empuja a pensar que haya seguido los pasos de sus padres.

—Todo se verá.

—Por supuesto. Tanto lo bueno como lo malo se acaba por destapar tarde o temprano; y ahora, usted decide, o seguimos o se marcha por donde ha venido.

Caleb lo mira de manera amenazadora y he de admitir que noto un pequeño aleteo por cómo ha dado la cara por mí y que no le importe perder a un cliente.

En el tiempo que llevo trabajando con él ya me he dado cuenta de que no es un cabrón egoísta, solo un hombre tremendamente herido que no sabe ser de otra forma.

El desgraciado del cliente decide quedarse y no vuelve a poner pegas hasta que al final de la reunión me mira y dice:

—Aunque, pensándolo bien, eres muy bonita, quedarías bien en cámara. ¿Te gustaría ser la imagen de mi firma? Así cuando te metan en la cárcel mi marca no parará de verse en las noticias. —Se ríe hasta que Caleb rompe el contrato que acaban de firmar.

—Fuera de mi despacho, y espero que no tenga la desfachatez de regresar jamás.

Caleb se vuelve dando por terminada la conversación. Enfurecido, el cliente se marcha dando un portazo.

Me levanto tras cerrar el ordenador y voy donde está Caleb mirando por la ventana. Me pongo a su lado.

—Has dicho que hasta hoy nada empuja a pensar que he seguido los pasos de mi padre. No sé si tomarme tu defensa como un cumplido —le digo en tono de broma—. Gracias.

—De nada. Como he dicho, el tiempo dirá si eres como tus padres.

—Cómo te gusta dejarme claro que no tienes corazón... —Me mira de reojo—. O que lo tienes hecho una mierda, como el mío. Salvo que yo sí recuerdo cómo se sonríe.

—Déjame solo, tengo mucho trabajo y pocas ganas de escuchar estupideces.

—Idiota. Y ahora, si quieres, me despides.

No dice nada, y mejor. En horas de trabajo suelo morderme la lengua con él, pero hoy me ha hecho daño. Es como si esperara, al igual que una gran mayoría, que yo acabe entre rejas. Estoy cansada de ir a un lugar y que la gente me mire como si fuera una traficante y una estafadora.

Yo no he hecho nada.

Me pongo a trabajar y, por suerte, Caleb no para de mandarme cosas, con lo que pienso poco en lo mal que me encuentro. Al acabar la jornada bajo a buscar a Wendy, que se ha convertido en una buena amiga.

—Hoy mi hermano se ha pasado, ¿a que sí?

—Solo ha demostrado que, en vez de corazón, en el pecho tiene un trozo de corcho. —Se ríe.

—Te invito a comer, o mejor compramos algo y vamos a tu casa, que estaremos más tranquilas...

—¿Alguien ha dicho que me invita a comer? —Drew me abraza por detrás y me da un cariñoso beso antes de dar otro a su hermana.

—Es una tarde de chicas.

—Eso es cruel. Me apunto, de todos modos. —Wendy pone los ojos en blanco.

Sonrío; me fascinan los dos hermanos y la complicidad que tienen. Me encanta lo mucho que Drew protege a Wendy.

—Solo te dejamos venir si invitas tú.

—Eso está hecho. Pero antes, acompañadme a la sección de fotografía. Quiero que veáis algo que he hecho.

—Allí yo no voy —dice Wendy.

—Lucas no muerde.

—No, pero no tengo ganas de verlo.

No sé mucho de su relación con Lucas, solo sé que al parecer Lucas, cuando la vio, le dijo: «Hola, hermana de Drew», y esto a Wendy le molestó, y por lo que sé le respondió que tenía un nombre. He podido intuir que Lucas le gustaba en el instituto, pero también que ahora le cabrea sobremanera ese castaño de ojos aguamarina. A mí Lucas me cae muy bien, y dudo que le hiciera algo malo a Wendy.

—Así solo demuestras que te sigue gustando...

—Ya quisiera ese que yo me fijara en su cara —Wendy lo dice sin mirarnos y Drew me mira como diciendo: «No se lo cree ni ella».

—Demuéstramelo viniendo. Quiero probar algo.

Al final Wendy asiente y seguimos a un entusiasmado Drew al sótano, donde están los platós de fotografía y donde se hacen las fotos que luego se retocan para los anuncios de prensa y televisión.

Nos lleva hacia su despacho y cierra la puerta. Drew se sienta tras la pantalla y nosotras nos ponemos detrás de su silla. Nos mira ilusionado mientras trastea con su ordenador. Lo hace hasta que aparece en la pantalla una foto preciosa y retocada de su hermana. En ella, Wendy está leyendo cerca de un lago con un vestido vaquero, apoyada en un árbol. Le ha dado un tono de misterio, como si su hermana tuviera una fuerza y una presencia que llenan todo el lugar.

—Es preciosa...

—Soy yo. No puede ser bonita —me corta Wendy.

—Sí lo es, eres preciosa, tonta —le dice Drew—. Y no solo tengo esta.

Drew nos muestra otra imagen de Wendy sonriendo. Sus ojos grises relucen. Wendy es muy atractiva, pero ella piensa que es la menos agraciada de sus hermanos, por su pelo cobrizo y sus pecas. Nadie lo diría viendo estas fotos. Algo que yo sé desde que la vi. No he necesitado estas instantáneas para ver lo hermosa que es.

—¿Por qué has hecho esto? —Wendy no parece feliz; de hecho, está yendo hacia la puerta.

Drew va tras ella y la coge.

—Porque eres mi musa. Y quería probar lo que Lucas me ha enseñado con la persona que es la más bonita para mí.

—Eres tonto —le dice ella con lágrimas en los ojos antes de empujarlo e irse corriendo. Drew la deja ir y me mira con dolor en sus ojos azules.

—Ella no es capaz de verse tal y como es.

—Me he dado cuenta. La belleza solo es fachada.

—Lo es. Pero Wendy está muy dañada por culpa de idiotas que piensan que la perfección sigue unos cánones y también por lo vivido en el pasado.

—Es una lástima.

Apaga el ordenador.

—Vamos a tu casa, seguro que aparece allí dentro de poco.

Y así es, Wendy no tarda mucho en venir a mi casa. Por consejo de su hermano, que ha demostrado conocerla muy bien, me dice que haga como si nada, que para hablar con ella sobre esto es mejor buscar otro momento.

Comemos escuchando los ruidos de la obra en el piso de Caleb.

—Podríais convencer a vuestro hermano para que quite la escalera —les digo señalándola.

Es como una escalera portátil en el techo, que sale si tiras de una cuerda. Lo sé porque también se puede bajar desde arriba. Por el lado de Caleb está cerrado el techo y no veo nada de su casa. Por mi lado veo la caja de la escalera.

Ambos hermanos se miran, y sé que saben algo que yo ignoro.

—¿Qué me estáis ocultando? —les pregunto.

—En verdad no es cosa de Caleb —dice Wendy—. Él la quería quitar, pero la condición de Logan para venderle el ático era que esa escalera siguiera estando. Dice que le recuerda una parte bonita de su relación con Gwen y quiere que, aunque lo cambien todo en la casa, eso no.

—Ah. —Pienso en su hermano y en cómo le ha gustado fastidiarme en vez de contarme la verdad—. Lo entiendo, y Caleb me lo podría haber dicho.

—No le hizo gracia dejarla, aunque supongo que el que a ti te fastidie le hace sentir bien —dice con simpleza Drew.

—Tu hermano es muy retorcido.

—Un poco —me responde Wendy—, pero dice la verdad. Caleb ahora solo se dedica a estar trabajando o amargando a la gente con sus comentarios.

Noto lástima en los ojos de Wendy. Sé que sufre mucho por la actitud de su hermano. Terminamos de comer y vamos a la librería de Gwen a ayudarla con la apertura de cajas. Dentro de muy poco la librería abrirá. Logan se ha encargado de que la restauración fuera rápida, ya que Gwen quería estar presente y Logan no quiere que lo haga cuando el embarazo

esté muy avanzado y casi no pueda moverse o se le caigan cientos de cosas y ni tan siquiera pueda agacharse a recogerlas.

Al llegar vemos a Caleb en la puerta hablando por el móvil. Vestido, como siempre, con un traje impecable. Me consta que en su despacho hay un cuarto de baño completo donde tiene más trajes para poder cambiarse y dar siempre ese aire de intocable.

Sus ojos verdes se posan en mí y yo siento que se me acaba de amargar la tarde...

... Y, por otro lado, que ahora empieza mi diversión.

CAPÍTULO 6

CALEB

Observo a Emma venir hacia mí y noto como sus ojos relucen mientras piensa qué decirme. Sé que lo disfruta, que le gusta ver como sus ocurrentes comentarios me sorprenden. Y lo hacen, lo hacen porque, ahora que solo siento dolor, encuentro una pizca de diversión en ellos.

—¡Anda!, si aquí está mi jefe, el que tiene un palo metido por el culo de lo tieso que va siempre... Me acabas de joder la tarde —dice poniéndose a mi lado.

Wendy agranda los ojos y Drew se ríe.

—Sigues estando a prueba, Emma, en cualquier momento te despido.

—No lo vas a hacer. Te soporto, y eso me da mucha ventaja sobre otros.

—No te creas, me ha llegado el currículum de una mujer que ha sido despedida hace poco de su trabajo y que cumple con todos los requisitos. Seguro que estaría callada y no tendría esa afilada lengua de la que te enorgulleces. Sería increíble trabajar en silencio.

—Solo me meto contigo fuera del trabajo, y sé que lo disfrutas. —Me sostiene la mirada—. Y si quieres despedirme, hazlo, Gwen me ha ofrecido trabajar para ella.

—Acéptalo.

—Despídeme.

—Vete tú.

—No me apetece. Tendrás que soportar un poco más mi lengua —dice antes de sacármela.

—Eres una cría.

—Qué gran pecado —me dice antes de entrar a la librería.

Mis hermanos la siguen, mirándome divertidos. A mí todo esto no me hace gracia..., no debería hacerme gracia.

Observo la librería; he venido para que Logan firmara unos papeles. Si no vengo yo, él no hace nada por venir a nuestra empresa y ocuparse de lo que debe. Entro tras mis hermanos y busco a Logan. Lo encuentro colocando unas estanterías. Se le ve feliz, mucho.

Sus ojos azules ya no transmiten ese dolor por lo vivido de niños. Han hallado paz. Gwen le ha dado una nueva razón para vivir que ha cegado todas las pesadillas. Yo llevo toda la vida buscando esa luz cegadora y al final he acabado quemándome con ella.

Escucho la risa de Gwen y me vuelvo a mirarla. A su lado está Emma, que también sonríe, pero no con esa felicidad con la que lo hace su amiga. Sabía que mi cuñada le había ofrecido un puesto de trabajo. Me lo dijo a mí antes que a ella, porque quería saber si, de ofrecérselo, me molestaría; le dije que me daba igual y mentí. Lo hice porque en el fondo esperaba saber si Emma quería estar trabajando conmigo o no. Que lo haya rechazado he de admitir que me gusta.

—Estoy cansado de perseguirte para obtener tu firma —le digo a Logan mientras firma.

Nos llevamos menos de un año; mucha gente piensa que yo soy el mayor de los dos, cuando es al contrario. Tal vez sea porque, al lado de mi hermano, yo siempre he sido el niño responsable y serio y Logan el problemático y que se metía de cabeza en líos.

No lo diré en alto, pero agradezco que haya dejado de lado su necesidad de meterse en las misiones más peligrosas.

—Te encanta perseguirme, así sales de ese despacho. No sé cómo puedes estar moreno si te pasas el día entre esas cuatro paredes.

—Misterios de la naturaleza. —Me tiende los papeles y los guardo—. Está quedando muy bonito todo esto.

—La verdad es que sí. —Me mira feliz y lo envidio, por eso aparto la mirada.

Yo creía que podía conseguir una pizca de felicidad, de descanso...; pero solo encontré más motivos para odiar a la humanidad.

—Seguro que te va bien.

—Eso espero. —Por la mirada de Logan pasa una pizca de miedo por que no sea así.

No le digo nada; no soy el más indicado para decirle que todo irá bien.

Me alejo hacia la puerta, sabiendo que donde más cómodo me siento es estando en soledad. Allí nadie espera que sea otra persona o que de repente empiece a sonreír. Allí nadie desea que, para que su felicidad sea plena, deje de lado toda la mierda que me hace ser así de capullo, porque no sé ser de otra forma.

—¡Espera! —me dice Emma cuando ya estoy en la puerta—. ¿Vas hacia el despacho? Claro que sí, no sales de ahí.

—Que yo sepa estoy fuera de él ahora.

—Ya, bueno, pero seguro que vas allí a encerrarte y pasarte horas revisando contratos y todas esas cosas.

—Voy allí, ¿qué quieres?

—Que me lleves hasta allí, y ya me voy andando a mi casa desde el trabajo.

—¿No te quieres quedar? —Ambos miramos hacia dentro. Mis hermanos se ríen junto a Gwen. Son felices. Emma, no, y lo veo en su mirada.

—Quiero... Tengo cosas que hacer —dice, pero he leído la verdad en sus ojos.

Quiere estar sola.

—Me parece bien, pero intenta estar callada.

—No tengo nada que decirte, la verdad.

Sonrío porque no la creo, y así es. En cuanto montamos en mi coche me cuenta lo que le ha parecido la librería y las ganas que tiene de que abra. No le digo que se calle porque no me molesta. Tampoco hago nada por entablar una conversación con ella, ni siento que ella lo espere. Me da espacio, aunque no se calla en todo el viaje. Algo contradictorio.

—¡Anda!, me has traído hasta mi casa. Gracias.

—No te acostumbres.

—Haré lo que quiera. —Me sonrío antes de bajar y se aleja hacia el portal que compartimos.

Emma es muy rara y me desconcierta muchas veces; otras siento que somos dos almas igual de jodidas.

EMMA

Hoy me he quedado a hacer horas extras en el trabajo. Caleb me propuso si quería quedarme a trabajar más tiempo y le dije que sí. Comí en el restaurante y luego bajé a su despacho, donde nos pusimos a revisar proyectos, redactar contratos y enviar cartas a los clientes con descuentos personalizados. Caleb sabe lo que hace.

Lo malo es que ahora estoy agotada. Solo pienso en darme una ducha y relajarme. Y es lo que hago.

Tras media hora bajo el chorro del agua caliente, salgo a secarme y a buscar algo de ropa cómoda. Abro el cajón de los pijamas ya con la ropa interior puesta y, sin querer, la vista se me va a la caja donde tengo

guardadas mis escasas pertenencias y el anillo de prometida. La abro y lo cojo entre mis dedos. Me pesa; y más aún su ausencia. Es como si lo hubiera llevado toda la vida. Me cuesta mirarme la mano y no verlo brillar entre mis dedos.

Me lo pongo y noto como el dolor me cierra la garganta.

Me pregunto si en algún momento dejará de doler. Si dejaré de quererlo.

Siento el peso de las lágrimas y cómo un torrente de recuerdos se abre paso en mi mente.

Era feliz al lado de Orlando. Él era mi mundo. Llevábamos juntos casi siete años. Lo conozco desde la universidad y, mientras en mi casa solo encontraba razones para no estar allí, a su lado hallaba motivos para no querer alejarme.

Cuando saltó la noticia de mi padre sentí pavor por lo que se me venía encima. Pensaba que Orlando era mi ancla. Que decidiera romper el compromiso conmigo me destrozó. El problema es que no quise pararme a pensar en lo mucho que me estaba doliendo.

Ahora noto como todas esas lágrimas que me guardé y toda esa rabia me pesan demasiado. Y lo más triste es que a veces, cuando despierto, deseo que todo haya sido solamente una pesadilla y que mi vida siga como soñaba, casándome con él y teniendo hijos a su lado.

Salgo con solo la ropa interior hacia mi cocina para beber algo, recordando ese vino que me dejaron y que hoy me pide a gritos beberlo hasta contemplar el culo de la botella.

La descorcho y pego varios tragos. Lo hago hasta que miro hacia el balcón y veo algo extraño en él.

Dejo la botella y voy hacia allí, hasta que me doy cuenta de lo que es y me aterro. Es un dron, y me está grabando.

Se aleja, corro hacia mi armario y me pongo a toda prisa una sudadera, cojo las zapatillas y un pantalón de chándal. Salgo de mi casa decidida a encontrar al dueño de ese puñetero dron. No puedo dejar que salgan esas imágenes mías, desnuda y bebiendo. Aunque sea algo normal y pueda hacerlo si me apetece, dudo que eso ayude a mi imagen. La va a tirar más por los suelos.

Entro en el ascensor y me termino de vestir.

Nada más detenerse en el entresuelo, salgo corriendo y busco el dron. Lo veo a lo lejos cerca de la playa y corro en su dirección. En el fondo sé que esto que hago no tiene sentido. Que es imposible que atrape al desgraciado que me ha grabado. Lo sé, pero estoy harta de callarme y

ver que otros deciden cómo será mi vida. Estoy cansada de no ser más que un peón en esta partida que otros han jugado por mí.

Por eso corro con todas mis fuerzas, incluso cuando lo pierdo de vista.

De repente escucho la voz de Caleb, que ignoro de dónde ha salido.

—¿Se puede saber qué te pasa?! ¡Llevo un rato corriendo detrás de ti!

—Me han... —Cojo aire, estoy agotada. Me vuelvo y lo miro. Va con chándal y por un segundo no lo reconozco sin su traje de diseño—. Me han grabado con un dron —le señalo hacia donde lo vi por última vez—, en mi casa, medio desnuda, bebiendo...

La mirada verde de Caleb se endurece.

—¡Serán desgraciados!

—Sí lo son, el problema es que no los he pillado...; seguro que salgo en la tele... Estoy harta de esto. ¡Yo no he hecho nada! —estallo—. Yo he tenido que vivir toda mi vida con las estúpidas normas de mis padres, pensando que eran rectos, no unos traficantes. Nunca se me pasó por la cabeza. Y de repente todo sale a la luz y mi vida no era como yo la veía. Y encima, el desgraciado que juraba amarme más que a nada me dejó sin importarle qué sería de mí. Y, para más inri, tengo que soportar que la gente me mire, esperando que salte en las noticias que soy como ellos.

Respiro agitada. Caleb me mira y no dice nada, solo empieza a andar hasta que se da la vuelta.

—Vamos, es mejor que regresemos.

—Será si quiero —le digo poniéndome a su lado y caminando con él.

—Por supuesto —me responde.

No decimos nada hasta que estamos a punto de llegar. Es entonces cuando Caleb se detiene y me mira.

—Nadie debería pagar por los errores de sus padres. Ni tener que justificar por qué no es como ellos, por mucho que físicamente sean iguales. —No entiendo muy bien este comentario; yo no me parezco a mis progenitores. Asiento de todos modos.

—¿Cuándo dejará de doler? —le pregunto sabiendo que me entiende. Que por eso, aunque parezca que no nos soportamos, nos entendemos.

—Nunca, solo aprendes a vivir con el dolor.

—No es un gran aliciente.

—No, pero es lo que hay. Y ahora vamos, es mejor que pases la noche en mi casa por si deciden volver. Si han llegado con un dron hasta el

balcón, los cristales que tiene la casa no son seguros, hay que ponerlos blindados. Hay mucha gente que odia a tus padres.

—Me estás metiendo miedo.

—Bien, es mejor que no seas tan tonta como para creer que las personas que han visto a sus familiares jodidos por la droga que tu padre ha distribuido no van a ir a por ti. Porque, al contrario de lo que le pasó a Gwen, tú sí has vivido con tus padres y has disfrutado de las riquezas que les ha dado la droga, y eso para algunas personas te hace igual de culpable.

Camina hacia el portal.

—Puedo irme a casa de Gwen.

—Puedes. —Entro en el ascensor a su lado y no digo nada cuando pulsa el botón de su casa.

—No tengo miedo.

—Estás aterrada.

—No quiero estarlo.

Me mira y no dice nada. El ascensor se detiene en su casa. Abre y veo todo medio destruido y muebles tapados con sábanas.

—Lo estás destruyendo todo. Creo que sería más fácil irte de aquí. Está claro que lo haces porque te recuerda a ella.

—Quieres saber demasiado.

—Yo admito que estoy aterrada, pero tú tienes que admitir que has destruido tu piso por ella. —Da la callada por respuesta—. Tienes dinero de sobra para irte donde quieras. ¿Por qué hacer esto? —digo señalando el destrozo.

—No quiero que nadie me quite nada más.

Lo dice con una seriedad que me recorre entera. Nos miramos un instante antes de centrar la mirada en cualquier otra cosa. Él no ha querido que vea lo roto que está. Y yo le entiendo, en lo referente al dolor de mal de amores somos dos almas gemelas.

CAPÍTULO 7

CALEB

Observo a Emma entre este desastre que es ahora mi casa. Todo está por el medio. He tirado tabiques y he mandado remodelar la distribución del ático. No quiero que nada me recuerde a mi matrimonio, y tengo pensado instalar mi cuarto en la parte donde estaba el de Logan.

Si no me voy es por puro orgullo.

Cojo una botella de vino y un par de vasos y los llevo hacia donde está mi sofá, entre un montón de cajas.

—No sé por qué sigues aquí mientras duran las obras —dice Emma aceptando la copa de vino que le ofrezco.

—Es mi casa. De todos modos, paso poco tiempo aquí.

—Eso es verdad. Y, por cierto, sé que Logan te obligó a dejar la escalera. Me lo podías haber dicho.

—Me divertía picarte —le confieso, y Emma me mira sorprendida porque haya reconocido algo así.

Sé que es raro en mí. Sonríe y choca su copa con la mía.

—A mí también me gusta picarte. —Da un trago a su copa y mira alrededor—. ¿Dónde se supone que voy a dormir?

—En mi cama. —La señalo, está cerca del ventanal—. Yo usaré el sofá.

—Puedo dormir en mi casa y, si me pasa algo, gritar...

—Si quieres dormir en tu casa, yo me bajo contigo.

—No te importo nada como para que hagas esto.

—Le importas a Gwen, y está embarazada. No quiero que sufra ella y de rebote mi hermano. Se merece tener paz.

No le digo que en verdad me preocupa. Que no me ha hecho gracia lo del dron y que estoy inquieto por las imágenes que se van a ver de ella.

No se me ha pasado por alto que muchos de mis empleados la miran mal y no les gusta su presencia. Logan ha usado sus influencias para investigar el caso de Emma y todo apunta a que es inocente, que no tiene nada que ver con todo esto. Si Logan hubiera visto algo raro, no la dejaría cerca de su mujer, por eso sé que es de fiar y que, como yo, tiene que

pagar por los errores de un mal padre. La diferencia es que nadie sabe qué hizo el mío, y yo no tengo que verlo en las noticias una y otra vez.

—La verdad es que he sentido que violaban mi intimidad, y me agobia lo que se pueda ver de mí —me reconoce sentándose en el sofá.

Me pongo a su lado y le relleno la copa en cuanto se la termina.

—El tiempo hará que todo pase. —Ya me he fijado en que lleva su anillo de prometida, por eso lo miro antes de añadir—: O hará que duela menos.

—¿La querías? —dice quitándose el anillo y apretándolo en su puño.

Lo pienso y no sé muy bien ahora si quería a mi exmujer o quería lo que ella me podría dar.

—Supongo que, a mi manera, sí. Tal vez porque a ella no le importaba...

Me callo.

—Sigue. —Me mira con intensidad y algo en este momento me hace hablar.

—A ella le daba igual que yo no supiera amar. Ahora sé por qué.

—Intuyo que no eres así solamente ahora.

—¿Así cómo? —pregunto curioso.

—Roto por dentro. Pero es raro, pensé que era por lo vivido con tu ex. Al parecer, no, porque has dicho que ella te quería, aunque tú no supieras cómo demostrárselo.

—No lo he dicho así.

—Sabes que es eso, pero con otras palabras. ¿Qué te pasó? ¿Otro amor?

Doy vueltas al vino de mi copa. Doy un trago y relleno mi copa y la suya.

No he hablado de esto con nadie. No lo he sacado y, si ahora me planteo hacerlo, es solo porque no sé vivir con tanto dolor. Porque temo que, si no lo saco, acabaré por perder lo poco que me queda de humanidad y ser un robot movido por el trabajo y nada más. Donde no existe la felicidad, salvo en el ámbito profesional.

No quiero esa vida, pero tampoco sé cómo dejar de ser así. Me aterra volver a vivir y equivocarme.

Me mataría otro fracaso.

Nos miramos a los ojos. No digo nada, callo. Emma solo choca nuestras copas sin comentario alguno.

—Muy buen vino, y tal vez en otra noche de confianzas me lo cuenten. Ahora mismo somos un par de extraños que se soportan. —Me

mira con una sonrisa y me relajo.

—No me caes tan mal. Aunque he tenido secretarias mejores.

—Ni de lejos. Y lo sabes. —No la contradigo.

Bosteza y me levanto para hacer la cama.

—Descansa, Emma. Mañana será un día duro.

—Lo sé, tal vez no quiera despertar.

—No pienso perdonarte que llegues tarde.

—Como jefe no me gustas —dice sentándose en la cama—. Hasta mañana, Caleb.

—Buenas noches, Emma.

La veo acostarse y cómo antes de cerrar los ojos su mirada transmite mucho dolor e incertidumbre. En verdad sé que tengo suerte. Cuando mi mundo se derrumbó tenía a mi lado a personas que me mantuvieron a flote. Emma solo tiene a Gwen. Y, pese a eso, encuentra motivos para sonreír.

Empiezo a entender por qué la quiero cerca. Porque quiero descubrir la fórmula de ser capaz de sonreír pese a la oscuridad que me envuelve.

EMMA

—Vas a llegar tarde —la voz de Caleb se adentra en mi mente. No me toca a mí, pero sí ha movido el colchón.

—No llego tarde —le digo sin abrir los ojos—, no me ha sonado el despertador.

—Pues te puedo asegurar que sí vas a llegar tarde, como no corras. Y tu jefe se va a cabrear.

—Tú eres mi jefe y siempre estás cabreado. Se te va a quedar marcado el entrecejo. Además, tu sigues aquí, y siempre llegas el primero.

—Será que hoy tengo que ir a ver a un cliente y no voy a estar en mi despacho hasta que termine la reunión.

—Soy tu secretaria, llevo tu agenda. Lo sabría. —Abro los ojos. La mirada de Caleb es fría, mucho más que nunca—. ¿Qué hora es?

—Solo quedan diez minutos para las ocho.

Busco mi móvil y, maldiciendo, corro hacia la escalera que comunica con mi piso y bajo. No pierdo el tiempo y, aun así, llego tarde, tal y como Caleb ha predicho. Al poco de sentarme me llama y me manda trabajo, no sin antes decirme que espera que recupere al final de la jornada el tiempo perdido.

Qué poco lo soporto cuando se pone en plan jefe.

Me centro en el trabajo intentando no mirar en Internet la repercusión que han tenido las imágenes robadas. Porque no tengo dudas de que ya deben de estar circulando por la red. Caleb regresa, me manda a por varios archivadores y me toca salir del confort de mi mesa; como ya esperaba, la gente no para de mirarme y de murmurar. Como si yo no me diera cuenta y fuese tan tonta de ignorar cómo me señalan.

—No sabía que tenías tan buena delantera —me dice uno valiente. Los demás ríen.

Paso de ellos y sigo mi camino. Lo hago hasta estar sola, entonces saco mi móvil del bolsillo, busco en las redes mi nombre y, como esperaba, el vídeo de ayer es lo primero que aparece. Leo los titulares asqueada: más o menos todos vienen a decir lo mismo:

EMMA BROWN AHOGA SUS PENAS EN SEXO Y ALCOHOL.

Da asco que por el hecho de que me hayan visto bebiendo y en ropa interior ya den por hecho que soy una borracha y que el ir medio desnuda por mi casa me haga ser una adicta al sexo. Que, si lo fuera, perfecto, pero me molesta que ambas cosas las usen de manera despectiva, para hacer daño, cuando puedo beber en mi casa cuando me dé la gana y, si quisiera, puedo disfrutar del sexo libremente y a nadie le importa, ni me hace ser menos que los demás.

Aquí la gente va de moderna hasta que cosas como esta te demuestran lo contrario.

No me hace gracia que mi imagen en ropa interior circule por la red. Y lo denunciaría de tener dinero para un buen abogado.

Cojo lo que me ha pedido Caleb y voy hacia su despacho. Se lo tiendo. Cuelga y me mira.

—No les hagas caso y, si lo necesitas, hay un abogado en el edificio que lleva casos de los empleados.

—¿Cómo sabes que estoy mal por eso? Puede ser porque se me ha roto una uña.

—Tienes las uñas cortas, supongo que para no tener que estar pendiente de ellas y poder cuidártelas tú misma. Y no eres tan superficial como para darle importancia a algo así y tener los ojos vidriosos por ello. Solo me queda la opción de que hayas visto el vídeo y, si yo fuera tú, denunciaría.

—No tengo dinero.

—No te he dicho que te fuera a cobrar. Como empleada tienes derecho a sus servicios. Le diré que te llame.

Asiento y me marchó a mi puesto. No pasa mucho tiempo antes de que me llame el abogado de la empresa y me cuente qué podemos hacer. La verdad es que me quedo más tranquila al saber que al menos vamos a luchar para que nadie más trate de grabarme en mi casa. Tengo derecho a mi intimidad.

Acabo mi turno de trabajo y me pongo ante la mesa de Caleb tras darle lo último que me ha pedido.

—Me puedo quedar a hacer horas.

Caleb deja de teclear en el ordenador y me observa con intensidad. Sus ojos verdes me estudian, me hace sentir desnuda, como si pudiera leer todo lo que yo trato de ocultarle al mundo. Por supuesto, no agacho la mirada. Se la mantengo.

—Deberías irte y pasar el día con Gwen. Necesita ayuda en la tienda...

—Quiero trabajar.

—No lo hagas, Emma.

—¿El qué?

—Olvidarte de tus problemas con más trabajo. No funciona, los dos lo sabemos.

—¿Y por qué sigues tú trabajando si no funciona? —le pregunto retadora.

—Porque yo no sé estar en otro lugar, y ahora vete. Hoy no te necesito.

—Tal vez yo tampoco sepa...

—Los dos sabemos que sí. Adiós, Emma.

Me ignora, algo que yo no puedo hacer tras su confesión. Cada vez lo conozco más y esto a su vez hace que me desconcierte su forma de ser. ¿Cómo alguien como Caleb, con una familia perfecta, ha llegado a esto? Me niego a creer que es por su exmujer. Está tocado de antes.

—Me pienso quedar. Más te vale mandarme trabajo o me quedaré a tu lado hasta que te canses de mí y me pidas algo.

—Hazlo, no voy a mandarte nada, y si no trabajas, no te pago.

—Pienso hacerlo. —Me siento delante de su mesa y lo miro fijamente.

Pasa una hora y no me pide nada. No paro de verle trabajar. Llama a varios clientes y redacta varias cartas. Veo como adentra los dedos en su pelo negro. Su verde mirada está oculta tras un ceño fruncido. Nunca le he visto sonreír de verdad, pero tiene que estar muy guapo cuando lo

haga. Ahora mismo va sin la chaqueta, como suele hacer cuando se queda a trabajar tras la hora del cierre. Cuando todo el mundo está comiendo. Donde debería estar yo, pero no pienso ceder. Es lo que quiere.

—Deberías irte a comer —me dice pasadas dos horas. Estoy ante él mirando mi móvil como si no tuviera nada mejor que hacer.

—No tengo hambre. Y, por cierto, tú también deberías hacerlo.

—Tampoco tengo hambre.

—Mejor, así trabajas más. ¿Quieres que te ayude en algo?

—No.

No me mira y sigue a lo suyo. Y así pasan las horas. Él no cede y yo menos.

Tampoco vamos a comer, y me consta que él también se muere de hambre, porque alguna que otra vez le han crujido las tripas. Las mías, cientos de veces. La sed la he saciado con su minibar. Ya me he bebido varios refrescos y le he dejado sin botellas de agua, lo que ha hecho que haya tenido que ir al aseo varias veces. He usado el suyo personal, solo para joder. Ni siquiera eso ha hecho que cambie el gesto.

Ahora son las ocho y no deja de trabajar. Estoy agotada. Me sé de memoria las facciones de su cara y los gestos que hace mientras escribe. He de admitir, tras estudiarlo tantas horas, que es uno de los hombres más apuestos que he visto en mi vida, doy fe de ello. Si fuera escultora, seguro que le pediría que fuese mi modelo. Y sí, parece a simple vista gemelo de Logan, pero, si te fijas bien, ves más diferencias aparte de los ojos verdes.

—Eres más cabezota de lo que creía —dice alejándose del ordenador—. Ven, vamos a cenar algo o acabarás por morirte de hambre y me culparán a mí.

—Puedo aguantar más...

—Por hoy hemos dejado de trabajar los dos. Has ganado, Emma.

—He ganado al gran Caleb. Me gusta. Te lo pienso restregar muchas veces.

—Lo sé.

Me parece verle emitir una sonrisa. No alcanza sus ojos, pero sí le hace parecer mucho más atractivo. Subimos al restaurante, donde no hay nadie salvo un camarero de guardia que nos prepara unos sándwiches fríos. Nos los comemos junto a la cristalera que da a la calle. No hablamos, no hace falta. Y este silencio me viene bien. Me ayuda. Ahora mismo no necesito hablar de lo mal que estoy, solo quiero compañía, sin tener que sentir que doy lástima, y siento que a Caleb le pasa lo mismo.

Me lleva en su coche a mi casa y, ya en la puerta, antes de que se cierre el ascensor, le digo:

—En el fondo te encanto.

—Eso quisieras tú. —Me río, no lo puedo evitar, y la risa se lleva sin yo quererlo parte de esta amargura.

CAPÍTULO 8

EMMA

No puedo denunciar porque las imágenes parecen no ser de nadie. No se sabe quién las ha subido a la red. Nadie ha pagado por ellas y son de dominio público. Quien las grabó solo quería hacerme daño. Tal vez era alguien a quien la banda del Gato, o mi padre, lastimó. No lo sé. Pero eso ha hecho que ahora tenga miedo de salir sola a la calle. No he dejado de hacerlo, el problema es que tengo la psicosis de que me siguen.

Logan cambió ese mismo día los cristales de mi piso y ahora desde fuera no se ve nada del interior; además, son blindados. Me parece algo exagerado. Ellos no lo ven así. Incluso su madre le dijo a su marido que un guardaespaldas me siguiera a todos lados. Pude convencerla de que no lo hiciera. Ya es demasiado duro todo esto como para tener al lado a una persona que vigila todos mis movimientos.

Ahora mismo estoy pensando en irme a la cama tras trabajar hasta tarde. Caleb al final ha aceptado mi ayuda y hago horas extras con él siempre que quiere. De hecho, cenar juntos y que me traiga todas las noches se ha convertido en una costumbre.

Me meto en la cama... y escucho un gran golpe en el suelo del piso de arriba y una maldición que solo puede ser de Caleb. Le escucho decir palabrotas en varios idiomas y esto me alerta. Descuelgo la escalera y subo a su casa. «Si no le gusta, que la quite», pienso cuando aparezco en su casa y lo busco.

Lo encuentro cerca de una mesa, mirándose una herida que tiene en la rodilla. Le sangra.

Me preocupa tanto la herida que casi no me fijo en que va en calzoncillos.

—¡Cuánta sangre!

—¡Joder! —dice dando un grito—. ¿Y tú de dónde sales? ¡Eres una puta pesadilla! ¡Estás en todos lados!

Me doy cuenta de que está bebido. Me parece increíble que pueda estar en ese estado con el poco tiempo que llevamos en casa.

—Voy a por un botiquín. Intenta no moverte. Entre todo este desastre, a saber qué te podrías hacer.

—Y qué más te da.

—Me debería dar igual, sí, pero por alguna razón muy muy misteriosa no es así.

Bajo a mi piso a por el botiquín y subo. Se ha sentado en el suelo y está presionando la herida. Lo curo lo mejor que sé y, cuando acabo, me siento a su lado.

—Estás medio desnudo.

—No creo que veas algo que sea nuevo para ti.

—Si es tu retorcida forma de preguntarme si soy virgen, te diré que no. Y tampoco hay mucho que ver.

Miento. Tiene un cuerpo escultural. Lleno de ángulos perfectos. No tiene un gramo de grasa. Está moreno y su pecho está cubierto por un fino pelo negro que va a ocultarse en sus calzoncillos negros. Sabía que tenía el cuerpo fibroso, pero no que fuera tan condenadamente atractivo.

—Mejor, así no tengo que despedirte por acoso.

—No lo harás, no encontrarías a nadie mejor que yo..., o tal vez mejor sí, pero no que te soporte tanto. —Me mira de reojo. Le sonrío—. Estabas bebiendo.

—No te importa.

Me levanto y busco la botella. La encuentro: es un buen vino. Uno de reserva muy caro. Está casi vacía. Busco otra y la llevo donde está Caleb. La abro y bebo a morro. Se la ofrezco y bebe como yo lo acabo de hacer. Tras varios tragos me atrevo a preguntarle:

—¿La echas de menos?

—No.

—¿Es por lo que te hizo?

—Sí. Desearía no haberla conocido nunca.

—Yo no deseo eso con Orlando...

—Eso es porque estás esperando que vuelva arrepentido.

—No debería perdonarle. No debería dejar que él se llevara el mérito de lo que otras personas me han ayudado a remendar sin darse cuenta.

—Un remedio nunca deja de ser tal cosa. Algo que se ha roto, por mucho que se arregle, siempre se notará —me dice mirando la noche.

—Sí... ¿Qué te hizo ser así?

—¿Así cómo?

—Triste. ¿Qué te hizo estar destrozado y no ser más que un hombre hecho de pedacitos que apenas se sostienen entre sí?

Caleb mira la botella y le da un gran trago antes de hablar.

—Mi padre, y, antes de que lo preguntes, no es Ernesto, es el primer marido de mi madre. —Lo miro sorprendida a la espera—. Quiso hacerle daño, destruirla, y para hacerlo tenía que dañar a sus hijos pequeños. Sin importarle que ambos lo quisiéramos y lo admiráramos como padre.

Lo observo aterrada, como si una parte de mí lo supiera. Su mirada está vacía y sé que solo habla porque el alcohol lo hace por él. Como si así, anestesiado por este, no pudiera callar lo que le quema por dentro desde hace tantos años.

—Caleb —le digo cuando se calla

—, ¿qué te hizo tu padre?

—Nada, pero no hay noche que no despierte recordando unos ojos verdes idénticos a los míos que tenían escrito en la mirada que deseaban mi muerte. Si no llega a ser por Logan, no estaría aquí. Él lo golpeó, desviando el disparo contra la ventana y haciéndole errar.

Me recorre un escalofrío entero. No dice nada más. No hace falta. Su mirada ha dicho todo lo que ha callado. He visto el dolor, la angustia, y la tristeza por que su propio padre quisiera quitarle la vida cuando no era más que un niño inocente.

No sé cómo una persona puede reponerse de algo así. Caleb quería a su padre, lo admiraba, y ahora tiene en su mente grabada la imagen de ese mismo hombre apuntándole con un arma de fuego y disparando a matar.

No digo nada, no sé qué decir. Solo dolor se ha quedado anclado en mi pecho y sé que, si hablara de mí, solo saldría un torrente de lágrimas.

Le quito la botella y le doy un trago antes de ofrecérsela.

Me quedo a su lado sin moverme.

Ahora mismo no quiero estar en otro lugar, solo al lado de este hombre que desde hace años no sabe cómo vivir con un corazón tan remendado.

En este instante entiendo por qué quiso a su exmujer, por qué ella le engañó. Porque en el fondo no es más que ese niño que quiere creer que la familia perfecta existe y que su padre no puede destruirle nada más.

Y comprendo cómo se sintió cuando vio que su mundo se desmoronaba y tenía que aceptar que la familia perfecta que él quería no existía.

No siento lástima por Caleb, más bien a su lado, viendo cómo pasa la noche, siento que es muy fuerte por seguir adelante tras lo vivido. Y que, aunque tiene hermanos que lo quieren y adoran y unos padres que sé que

darían la vida por él, se siente muy solo porque no sabe cómo vivir con su dolor y no espera que nadie le comprenda.

Es entrada la noche cuando me dejo caer sobre sus piernas y me acurruco.

Todo duele mucho menos cuando estoy a su lado. Y desearía que a él le pasara lo mismo. Me encantaría darle paz.

CALEB

Observo a Emma dormir apoyada en mis piernas. Que tenga esta confianza conmigo me inquieta, a la par que me gusta. No me he movido. Tal vez tratando de comprender qué me ha llevado a contarle lo que me pasó. Lo que me atormenta.

Que estuviera borracho no es excusa. Quería decírselo.

No entiendo qué tiene Emma que me empuja a buscarla. Aunque a veces no la soporta. Sobre todo cuando trata de ir de sabelotodo. O cuando se pasa horas mirándome solo para fastidiar. Miento..., aun en esos momentos me parece divertida.

Se despierta cuando despunta el día y se despereza como un gato antes de mirarme.

El amanecer se cuele en mi piso mientras me mira a los ojos.

—Dudo que fueran como los tuyos. Los tuyos son preciosos porque son tuyos. Los suyos, horribles, por lo que hizo. Todo eso empaña la belleza.

—No sé por qué te lo he contado —le digo levantándome.

—Porque sabías que no te interrogaría, que solo esperaría y me quedaría a tu lado.

—Piensas demasiado.

—Es posible. Y ahora, invítame a desayunar churros con chocolate.

—Vete tú solita, quiero dormir.

—Aguafiestas.

Se marcha a su casa usando la escalera que nos comunica. No me he terminado de quedar dormido en mi casa cuando la escucho subir y dejarme algo en la mesilla de noche.

—Otro día pagas tú. Adiós.

Se marcha. Salgo del cobijo de la colcha y veo un paquete con churros y un chocolate caliente. Me desconcierta su detalle. Me tomo el

chocolate. Está muy bueno. No recuerdo la última vez que me tomé uno. Que paré para disfrutar.

Desde niño he querido vivir deprisa para no pensar. Tras casarme y ver que mi mujer no era como yo quería, me puse a estudiar y trabajar el doble para que no me quedaran horas en el día para pensar. Hace muchos años que no me detengo a vivir, ya que desde niño me he centrado más en los estudios que en disfrutar.

Me meto en la cama y me duermo, sabiendo que al despertar mi mayor pesadilla estará ahí, da igual lo lejos que corra o lo cansado que esté. Cuando me duermo mi padre se cuele en mis sueños y sus ojos se clavan en mí. Lo que nadie sabe es que en mis pesadillas aprieta el gatillo y me dispara, y la sangre mana de mi pecho mientras él se ríe feliz por haber logrado su venganza contra mi madre.

CAPÍTULO 9

EMMA

Han pasado quince días desde que Caleb me confesó lo de su padre. No le he dicho a nadie que lo sé. Siento que Caleb no quiere que nadie sepa que se ha abierto a mí. No hemos vuelto a quedar fuera del trabajo salvo para cenar como cada noche y llevarme a casa.

Quiero saber más cosas de él. Aunque sé que necesita tiempo.

Ahora estoy en la librería de Gwen, admirando cómo ha quedado todo antes de que abra para la inauguración en unos minutos. Gwen está feliz, pletórica, y no solo por la reapertura, es su embarazo el que la hace parecer tan hermosa, y, bueno, Logan, que no deja de acariciar su espalda mientras ella nos mira a todos a la espera de que digamos qué nos parece. A todos menos a Caleb, que sigue trabajando. Yo hoy no me quedé a hacer horas extras, porque esto era más importante y le dije que para él debería serlo también. Ya veo que mucho caso no me ha hecho. Gwen comprueba que todo esté listo y le dice a Logan que puede abrir la librería. Lo hace y empieza a entrar gente. Todos comentan lo bonito que es. Las ganas que te dan de coger un libro y ponerte a leer junto a un café y un trozo de tarta. Yo estoy ahora mirando en la sección de novela romántica. Por un día quiero permitirme un pequeño lujo. Hace mucho que no leo y lo echo de menos.

Me fijo en uno en el que sale en la portada un hombre vestido de traje. No se le ve la cara, pero la imagen transmite la autoridad del hombre. Le doy la vuelta y leo que va de un jefe muy sexi, serio y exigente, que se derrite ante los encantos de su secretaria. En el libro también hay algo de sado, y se avisa de alto contenido erótico.

—Vaya, y yo que pensaba que tú eras diferente —me dice Caleb a mi espalda. Doy un respingo.

—No lo iba a coger, pero, mira, ahora lo voy a hacer solo por fastidiarte. ¿También te va el sado?

—Ni de lejos. —Me quita el libro y se lee la sinopsis—. Mejor que no te lo lleves, no vaya a ser que te dé por pensar que voy a caer rendido a tus pies.

—No soy tan tonta como para creer eso ni para ser yo la que se enamore de ti. —Le quito la novela—. Si quieres te la presto cuando la lea; tu hermano ha leído muchas de este tipo.

—¿Acaso quieres que acabe acostándome contigo, como le pasó a Logan con Gwen?

—¿Se puede saber qué te pasa? Estás más idiota que de costumbre.

—Lo siento. —Me sorprende que me pida perdón.

Se aleja. Lo miro mientras habla con su hermano. Luego Logan se va con unos amigos de la comisaría y Caleb se queda a un lado, solo, mirando libros. De suspense y acción. No se le ve hablar con nadie. Ni integrarse. Aunque, si te fijas, no verás en él a un marginado. Todo él denota grandeza, y es raro, viniendo de alguien que parece que va de la mano de la soledad.

—He ganado la apuesta —me dice Drew poniéndose a mi lado.

—¿Qué apuesta? —le pregunto sin comprender ahora mismo a qué se refiere.

—La que había en la empresa. Dije que tú durarías más de dos meses. Sabía que os entenderíais.

—¿Por qué?

—Porque os parecís en eso del mal de amores, y siento que podríais ser amigos. Tal vez podrías ser la primera amiga de Caleb.

—¿No tiene más amigas?

—Ni amigos. Caleb solo vive para trabajar... y se olvidó de tener un amigo fuera de la familia. Su único amigo es Logan.

—¿Por qué me cuentas esto?

—Porque tal vez tú también necesites ahora un amigo distinto a nosotros. Alguien que sepa leer en tu mirada sin decir nada.

—Dicen que los iguales se repelen.

—No os parecís en nada, salvo en lo que te dije antes. Él no recuerda cómo sonreír, tú lo haces pese a no sentirlo. —Lo deja ahí, mientras mira a su hermano—. Me voy a pillar algo de comer, que me dejan sin nada.

Lo veo alejarse y voy a pagar el libro. La empleada que ha contratado Gwen me lo mete en una bolsa de tela con el eslogan de la librería, regalo por la inauguración.

Me guardo todo en el bolso y busco a Caleb. Lo encuentro despidiéndose de su hermano y saliendo. Lo sigo.

—¡Caleb! —se vuelve y me mira. Me alzo y le quito la corbata, atrevida.

—Si tu siguiente pregunta es si quiero atarte a la cama con mi corbata, la respuesta es no.

—Tonto. —Se la quito y me la guardo en el bolso—. Mi siguiente pregunta es que si me invitas a unas cervezas.

—No me apetece ir de cervezas.

—Anda, no digas que no. —Le paso la mano por el brazo—. Seguro que conoces un buen sitio.

—Búscate a otro —dice sin mucho convencimiento.

—Te quiero a ti. Eres mi cascarrabias personal. —Le sonrío y me doy cuenta de que Drew tiene razón: pese al dolor no quiero olvidar cómo se sonrío.

—No sé como no te despido.

—Ni yo.

Montamos en el coche de Caleb y conduce hacia el paseo de la playa. Aparca cerca de una zona de bares y bajamos hacia uno de ellos. Me gusta el ambiente del local. Es todo de madera y hay varios timones de barco antiguos. Vamos hacia el fondo.

Viene una camarera y nos pedimos dos cervezas bien frías.

—Te recuerdo que llevas el coche.

—Y yo a ti que estamos cerca de casa. Puedo dejar el coche aquí y recogerlo mañana. Además, esto ha sido idea tuya.

—Me parece bien. Y ahora, vamos a disfrutar de una cerveza. Me apuesto lo que quieras a que hace mucho que no lo haces.

—Tengo una selección de las mejores cervezas del mundo en mi restaurante, por si no lo sabías, y alguna que otra vez disfruto de ellas.

—Me refería aquí, entre la gente, no entre papeles o personas que te miran como si los fueras a despedir por respirar.

—A mí no me miran así. —Lo miro dejando claro que pienso lo contrario—. No soy tan ogro.

—Lo sé, y quien lo piense pues que le den. —Choco mi cerveza con la suya.

Damos un largo trago y nos ponemos a mirar a la gente. Vemos a una pareja que no para de besarse como si no existiera un mañana.

—Me apuesto lo que quieras a que esos dos llevan poco tiempo.

—Seguro —me responde—, aún se besan como si no pudieran respirar el uno sin el otro.

—¿Te besabas así con tu ex al principio? Yo con Orlando, sí. Era excitante, la verdad —le reconozco—; luego se fue perdiendo, y ya eran besos de tiempo en tiempo, uno al verle, otro al despedirle, o cuando nos

acostábamos. Echaba de menos el besarnos porque sí, aunque eso no hacía que le quisiera menos.

—¿Llevabas mucho con él?

—Desde mi primer año de universidad. Era apenas una adolescente cuando me lo presentó mi padre y me quedé prendada de él. Es tres años mayor que yo, y en aquel entonces me parecían todo un mundo de experiencias. Me atrajo desde el principio. Cuando se interesó por mí no lo podía creer.

—Yo tampoco cuando lo hizo mi ex —admite—. Logan era el que más hablaba de los dos, y eso ya es decir. Desde niños hemos sido poco habladores.

—Es normal, lo que os pasó os dejó una huella.

—Sí, y allí estaba ella, sonriéndome y contándome cosas sin parar, tratando de hacerme salir de mi burbuja, y me gustaba estar fuera de ella. Y también nos enrollábamos como esos dos. —Los señala con su cerveza antes de darle un trago—. Era feliz con ella, y ahora sé que ella solo se acercó a mí por mi dinero.

—Tú al menos sabes por qué se acercó a ti, yo no tengo ni idea. Sé que no es porque me quisiera. De ser así no me hubiera pisoteado como lo hizo. —Me observa con intensidad—. Tras lo sucedido con mis padres fui a buscarlo. Sabía que estaba en una fiesta, pero estaba asustada y lo necesitaba como nunca. Conduje hasta allí en plena noche, lloviendo y llorando. No tuve un accidente de milagro. Y cuando llegué a su casa, que estaba a una hora de la mía, el mayordomo me pidió que esperara hasta el día siguiente. Yo insistí, soy algo cabezota.

—¡No me digas! —Me parece ver que sonrío, y me gusta.

—Es verdad, aunque no te lo creas —bromeo—. Entré en la casa empapada y fui a buscarlo a donde se escuchaba el murmullo de la gente. Lo vi y lo abracé con fuerza, esperando su cobijo..., pero nunca llegó. Allí, delante de todos, me apartó y me dijo que no quería saber nada de una ladrona como yo. Que seguro que pronto yo correría la misma suerte que mis padres. Me rebajé y le supliqué que me escuchara. Que yo no era como ellos... Me echó de su casa y me dijo que no lo volviera a buscar jamás, que lo nuestro había acabado para siempre. No me dejó explicarme ni me concedió el beneficio de la duda. Fue horrible.

—Me lo imagino.

—En realidad creo que no me quería desde hacía tiempo, porque retrasó la fecha de nuestra boda antes de que saltara la noticia de los asuntos en que estaba metido mi padre.

—Tal vez ya sospechaba y estuviera esperando.

—Es posible, pero al cancelarse mi boda no tenía ganas de ir a la de Gwen..., y ahora me arrepiento.

—Gwen lo habrá entendido, no he conocido mujer más comprensiva.

—Se nota por su mirada que quiere a su cuñada, aunque tal vez nunca se lo diga.

—Lo entiende, otra cosa es que yo me perdone.

—No eres la primera que ha cometido errores porque no quería ver la realidad —me confiesa—. A Wendy nunca le cayó bien mi ex, me advirtió de ella, pero no la escuché. No quería creer que la primera vez que había decidido vivir no había servido para nada.

Nos miramos a los ojos. Hay mucho dolor en los suyos. Está tan destrozado que hace sangrar mi alma. Termino mi cerveza de un trago y tiro de su mano.

—Te reto a unos dardos, quien pierda invita a la siguiente.

—Te advierto que soy muy bueno.

—Yo también, en la universidad aprendí a jugar. Prepárate a morder el polvo, chaval.

Me hubiera encantado que me contara más cosas y creo que lo hubiera hecho; el problema es que también he sentido que, de hacerlo, se hubiera quedado destrozado. Por eso quiero que me lo cuente, pero en pequeñas dosis. Para que, mientras le da voz a lo que piensa, lo supere.

«Tenemos que superar esta mierda y, si es juntos, no está tan mal», pienso cuando le quito los dardos de la mano y le digo que por supuesto las señoritas primero.

Tiro y, como ya sabía, no lo hago nada mal, hasta que Caleb lo hace y le digo que ha hecho trampas al ver que sus dardos han ido a parar justo donde ha querido.

—Yo que tú iría sacando la cartera para pagar la siguiente ronda.

—Yo no he dicho mi última palabra.

La primera partida la pierdo yo y pido dos cervezas bien frías. Seguimos jugando, claro, no pienso perder. Al final pierdo, y no es por mi falta de maña con el juego, sino por las cervezas. Salimos del bar y no paro de reírme. Caleb me lleva cogida del brazo.

—¿Por qué a ti no se te nota? Es una mierda. Hasta bebido estás impecable.

—Tengo muy buen control de mí mismo. —Me alzo y lo despeino. Su pelo es muy suave y he de admitir que me encanta—. ¡Eh! ¿Se puede saber qué haces?

—No tienes el control sobre mí. Soy como un tsunami de esos para ti.
—Eres como una jodida pesadilla.
—Y sigues aquí. —Le desabrocho varios botones de la camisa. Acaricio sin querer su torso—. No estoy ligando contigo. Pero la noche es joven, podemos ir a otro *pub* y te ayudo a ligar. Como buenos amigos.
—No necesito ayuda para ligar.
—No lo parece, así con esa cara espantas a cualquiera.
—Sabes que no lo hago. Has visto como se me han acercado varias esta noche. Y que las ignore les pone más. Lo he visto en sus ojos.
—Y te gusta.
—No, pero no soy tonto, sé ver el deseo en los ojos de una mujer.
—Eres muy observador.
—Es lo que toca tras casi ser asesinado por tu propio padre. Y, aun así, ¿de qué me ha servido?
—A veces vemos las cosas, pero nos cuesta admitirlas. No es lo mismo observar que querer ver. —Estamos casi llegando a nuestra casa—. Orlando llevaba muy raro varios meses. Le preguntaba y decía que todo estaba en mi cabeza. Yo sentía que no era así. Si de verdad me hubiera querido, habría luchado por mí. No me quería, y no fue por lo de mis padres. Ahora lo sé.
—No te merecía.
—Ni a ti tu ex. Por suerte no sabes nada de ella.
—Ojalá fuera eso cierto.
—¿Qué ha pasado? —le pregunto ya en el ascensor. No dice nada—. Vamos, cuéntamelo, soy tu «más mejor amiga».
—Eso está mal dicho.
—Puede. —Me río—. Pero lo soy, no tienes otra amiga. El ascensor se detiene en mi piso. Tiro de él cuando salgo.
—Acuéstate conmigo y me lo cuentas... Uy, eso ha sonado mal. No me refiero a tener sexo..., sino a dormir juntos. Estoy cansada de estar sola por la noche. Nunca me ha gustado.
—Es mejor que te vayas a dormir la mona.
—¿Y si me ahogo en mi propio vómito?
—Eso es asqueroso, Emma, y dudo que lo hagas.
—Cuida de mí. —Siento que no se lo digo solo por esta noche. Aparto la mirada.
—No sé como te soporto. De verdad, eres un incordio de persona — me dice entrando a mi casa. Lo miro con una sonrisa, no queriendo

admitir lo feliz que estoy por que se haya quedado. Lo hago, hasta que le veo tirar de la escalera y sé que solo me ha engañado; lo nota en mis ojos.

—Voy a darme una ducha y a cambiarme. No sé ni cómo me he dejado convencer —gruñe mientras se pierde en su piso.

Feliz, yo también me cambio y me meto en la cama para esperarlo y tener una noche de charlas y confesiones... O esa es mi intención. Me estoy quedando medio dormida cuando Caleb regresa y, aunque espero que se vaya porque no puedo con mi alma, se mete en mi cama entre maldiciones y bufidos.

Contenta, me vuelvo y lo abrazo. No debería hacerlo, y tal vez tampoco sentir este placer, pero lo hago. Y es como si, por un momento, dejara de correr huyendo de todo mentalmente y sintiera paz.

Por un instante dejo de sentirme tan sola.

CAPÍTULO 10

CALEB

Observo a Emma dormir: hace ruidos cuando duerme, se ríe e incluso habla. Ya me di cuenta de esto la otra noche y me pareció divertido.

«No sé por qué he vuelto o por qué me quedo, si casi ni la soporto», pienso acomodándome en la cama.

Me dejo llevar por el sueño hasta que la pesadilla me arrastra y veo a mi padre cara a cara apuntándome con una pistola, dispuesto a matarme. Me trago un grito de dolor y, al despertar, son los ojos dorados de Emma con los que me encuentro. Está subida sobre mí y con sus manos muy cerca de mi cara. Por lo que parece, iba a abofetearme.

—No te despertabas y no dejabas de gritar. No se me ocurrió otra cosa que...

—... darme una bofetada. No pienso darte las gracias por eso.

—No te lo iba a pedir.

Llevo mis manos a su estrecha cintura para apartarla. No está sentada del todo, guarda la distancia y, sin embargo, noto como su calor me traspasa. Más aún al tocarle la cintura y apartarla.

—Al final voy a creer que intentas cazarme.

—Ni en sueños. —Se levanta de la cama y va hacia la cocina, donde ha preparado café recién hecho y tostadas. —. Por cierto, he empezado el libro.

Miro mi reloj mientras salgo de la cama: solo las ocho.

—¿Cuánto llevas despierta?

—Me desperté y no podía volver a dormirme.

Veo en sus ojos que lo vivido no le ha dejado pegar ojo últimamente. A mí también me pasa.

—¿Y qué has leído?

—¿Sabes lo primero que le dice el protagonista a la chica nada más conocerla en su trabajo?

—Sorpréndeme.

—Pienso follarte hasta que grites de dolor. ¿De verdad? A mí un tío me dice eso y salgo corriendo en dirección contraria. Yo dolor ni para depilarme, que lo hago con cuchilla para evitar el daño.

Me mira divertida. Así vestida, con ropa sencilla y el pelo rubio en una coleta alta, nadie pensaría que es una niña pija que ha nacido en una buena familia y ha sido educada para moverse en ese ambiente de ambición y superioridad. Pero Emma no es como el resto. Por cómo viste y lo que le gusta intuyo que su vida no ha sido fácil, ya que seguramente no era feliz en su entorno.

—A algunas les gusta recibir dolor mientras tienen sexo. —Pruebo mi café. Está como me gusta. Ella también se fija en lo que la rodea, como yo, por eso no me extraña.

—Ya, sí, pero es curioso. Porque ella le grita mil cosas y luego cae rendida. Cuando leo esto me pregunto si sería igual si el chico fuera feo; seguramente lo denunciaría por acoso. Pero claro, es guapo y está bueno, y ya todo se ve desde otro prisma, y no debería ser así.

—No debería, no.

—¿Alguna vez has dicho algo parecido?

—No, en el trabajo solo trabajo.

—Es cierto, qué tonta. —Me saca la lengua—. A mí Orlando me conquistó lentamente. No te niego que a veces quería un poco más de pasión..., pero todo lo compensaba en la cama.

—¿Quieres dejar de pensar en alto? —le digo terminando mi tostada. Se ríe.

—Perdona, olvidaba que eres virgen. —Se pone frente a mí en la isleta de la cocina y me observa con intensidad—. Eres muy guapo, mucho más cuando no vas tan encorsetado. —Alza la mano y me acaricia la frente, donde se ha dejado caer un mechón de mi pelo.

Lo hace como lo haría una madre o una hermana. Por eso no entiendo que me guste, que sienta un escalofrío y que desee que se aparte.

—Soy idéntico a mi padre. Él tenía mi edad cuando apuntó el arma —le suelto sin más, sin anestesia, y sin venir a cuento—. Me voy a mi casa, tengo que trabajar.

Me coge del brazo.

—Yo me parezco a mi madre. ¿Y qué más da? Es lo de dentro lo que importa. Tienes su cara, pero no eres él. Esa es la diferencia. Y sé que es duro recordarlo justo con la cara con la que te ves ahora en el espejo. Que cuando abras los ojos tras una pesadilla y te mires al espejo sigas viéndolo en ti... debe de ser horrible, pero tienes que dejar de verlo en ti y

mirarte a ti directamente a los ojos. Cuando lo hagas, tal vez desaparezcan todas las pesadillas. Cuando por fin dejes de pensar que eres como él. Y ahora puedes irte. Ya te he dicho lo que pensaba.

Lo hago, y lo hago molesto con esta bocazas que no sabe nada de mí ni de mi vida y se atreve a darme consejos que por supuesto no quiero.

EMMA

Desde que le dije a Caleb aquello de su padre no hemos vuelto a quedar para cenar, ni para tomar cervezas ni para nada que no sea trabajar. De hecho, antes de que sea mi hora de salida Caleb se ha ido, no sé adónde, pero está claro que está evitando que me quede a trabajar con él y no quiere que seamos amigos. Tal vez lo que hubiéramos empezado a ser, de no ser por mi boca.

Aunque no solo yo tengo la culpa; él no pone nada de su parte para ocultar las distancias.

Que le den. Tampoco lo echo tanto de menos... Miento, ese ogro estirado me estaba empezando a caer bien.

Estoy a punto de empezar mi jornada de trabajo cuando un mensaje me distrae: es de una de mis antiguas amigas. Digo «antiguas» porque cuando todo pasó nadie quiso tener lazos conmigo ni nada que los ligara a mí.

Esta amiga en concreto me bloqueó en su móvil y mis mensajes no le llegaban; por eso me sorprende que ahora se ponga en contacto conmigo y me mande un mensaje.

Desbloqueo el móvil y leo que, debajo de una imagen, dice:

Pensé que te gustaría saberlo, adiós.

Agrando la imagen y noto como un sudor frío me recorre la espalda: Orlando se ha prometido de nuevo. Con otra de mis amigas.

Me quedo impactada viendo al hombre con el que estuve casi siete años de mi vida sonriendo a mi amiga. No hace tanto que rompió nuestro compromiso y ya está ligado a otra persona. Conmigo necesitó años para decidirse, con ella apenas unos meses. «O tal vez ya estaba con ella cuando estaba conmigo y por eso retrasó la boda», pienso.

Me duele, me duele mucho. No pensé que la siguiente vez que lo viera fuera prometido con otra.

Siento que he perdido todos esos años de mi vida. Que me he esforzado para nada en ser la mejor novia, en entender sus distanciamientos, sus viajes, su trabajo. Siento que todo mi esfuerzo ha sido en vano.

—¿Señorita Brown? —Alzo la vista tratando de ser profesional y mirar a Caleb ocultando todo signo de dolor.

—Ahora mismo empiezo mi trabajo, señor Montgomery.

Me marchó de mi sitio con lo que debo hacer hoy, sabiendo que cuando me detenga tal vez me rompa del todo. No sé ni siquiera cómo ahora logro mantenerme en pie.

Ni cómo puede seguir haciéndome tanto daño alguien que ya me hirió.

* * *

—Necesito que vengas conmigo. —Alzo la vista del PC y la fijo en los ojos verdes de Caleb—. Esta tarde y mañana no hagas planes, nos vamos de viaje.

—¿Ahora sí quieres que haga horas extras? Pues ahora yo no quiero.

—En tu contrato entra el que me acompañes a viajes. Acaba de surgir. Te doy una hora para que hagas la maleta y te recojo en la puerta de tu casa.

Se marcha sin más y me dan ganas de tirarle lo primero que pilla, por prepotente. ¡¿Pero este de qué va?!
* * *

CALEB

Cierro la puerta de mi despacho y me siento idiota por haber inventado que necesito su ayuda en este viaje solo porque quiero que vuelva a sonreír. Deseo saber qué le pasa, y no ha servido de nada alejarme de ella. Una parte morbosa de mí encuentra divertido estar al lado de esa bocazas de grandes y vivos ojos dorados.

Y no soporto verla triste.

* * *

Toco a la puerta de Emma cuando ha pasado más de una hora. Me abre con mala cara.

—Llegas tarde —le digo, sintiéndome idiota por no saber ser de otra manera.

—Ya no estoy dentro de mi horario de trabajo. Puedo hacer lo que quiera, hasta no ir.

—Sabes que no —le digo inquieto por si rehúsa hacer este viaje.

—No lo voy a hacer. —Me señala la maleta que hay en el suelo, dejando claro que se viene—. Recojo una cosa y salgo, pero más te vale quitarte esa cara de jefe capullo que llevas, porque necesito un amigo — me grita desde el aseo.

Entro en su casa mientras la espero y me miro en el espejo del recibidor.

Ella tiene razón: cuando me miro al espejo solo veo a mi padre, a un padre que se ríe de mí. No soporto parecerme a él. No haber olvidado ni uno solo de los ángulos de su cara, ni del matiz de sus ojos verdes, y haber crecido viendo como cada uno de ellos se instalaba en mí hasta convertirme en su vivo retrato.

—Si ya has dejado de admirar lo guapo que eres, será mejor que nos vayamos.

Tira de mí hacia fuera tras coger su maleta. La mía espera en la puerta. Ella sabe que no miraba eso. No sé por qué lo siento así, pero sé que Emma lee todo lo que oculto. Me agobia a la vez que me relaja.

Subimos a mi coche y le tiendo mi móvil para que ponga la selección de música que quiera.

—Qué detalle. Pero ahora mismo no soy la más indicada para elegir nada, o pondré algo deprimente y triste.

—Has dicho que necesitas un amigo. Tardaremos un rato en llegar, puedes contarme qué te pasa.

—¿Cómo sabes que me pasa algo?

—Acabas de decir que pondrías algo deprimente y triste.

—Siento que lo sabes desde antes de que dijera eso.

—Es posible. No voy a insistir.

—Mejor.

Pasa un rato y no dice nada. Toqueteo con los dedos en el volante hasta que, cansado de que no me responda, insisto.

—Me gustaría saberlo —le digo entre dientes.

—Cualquiera lo diría por tu cara...

—Te gusta llevarme al límite, ¿verdad?

—Me encanta. —Emite una pequeña risa. Una vez más se queda en silencio y pienso que no va a decir nada hasta que habla—. Mi exprometido se casa de nuevo con una de mis amigas.

—No te puedo decir que lo siento, porque te has librado de casarte con un capullo.

—Ya, bueno, pero era mi capullo, y en el fondo yo era una tonta por pensar que todo se arreglaría y volvería...

—¿Y le perdonarías por lo que te hizo? Te repudió como si fueras una mierda.

—¡Eh!, no te pases.

—Es la verdad. No le importaste nada y ahora, a los pocos meses, se casa. Sinceramente, seguro que ya te ponía los cuernos antes de romper.

—¡Para el coche, Caleb! —Me lo dice a punto de llorar y sé que me he pasado.

Lo detengo, sí, pero para cogerla del brazo y girarla hacia mí.

—Lo siento, no sé ser de otra manera —le digo sincero y arrepentido.

Alza la mano y acaricia mi cara. Su contacto me pillá por sorpresa.

—Lo sé, no has dicho nada que yo no me haya dicho. Intenta no ser tan «tú» a veces. —Sonrío.

—Lo intentaré. —Aparta la mano y reprimo mi deseo de pedirle que no lo haga—. No te merece, Emma. Y sé que piensas que es posible que tenga una excusa para lo que hizo..., pero yo no creo que eso merezca que lo perdones. Te dejó sola sin saber qué sería de ti, y si no fuera por Gwen, no tenías dónde caerte muerta. Él lo sabía y no le importó.

—Lo sé. Es hora de olvidarlo para siempre. Lo malo es que siento que he perdido el tiempo para nada.

—Sé cómo te sientes, y ambos estamos mejor sin esas personas. Nunca debí haberme casado con ella. Tú al menos no cometiste ese error.

—Es cierto. —Sonríe y mira hacia delante—. Y ahora, sigamos el camino, en todos los sentidos posibles. Es hora de avanzar.

Lo hago, pongo el coche en marcha y sé que para conseguir seguir adelante sin pensar en mis errores aún queda algo de tiempo.

CAPÍTULO 11

EMMA

Espero a Caleb en un *pub* que he visto al pasar con el coche cerca del hotel. Tras llegar fuimos a comer y luego pasamos toda la tarde de charla con uno de sus clientes. He tomado notas y he aportado la información que me ha pedido. La verdad es que esperaba tener que hacer mucho más trabajo por mi parte y no ha sido así.

Luego el cliente ha invitado a Caleb a cenar a su casa y no ha podido decirle que no, aun sabiendo que me había excluido a propósito. Me dijo en un mensaje que me lo compensaría y le he respondido hace poco para decirle que lo hiciera invitándome a algo en este *pub* cuando regresara, que yo le esperaba aquí.

Me pido una copa mientras llega, pues está tardando más de lo que creía.

Se me acercan un par de babosos, a los que ignoro como si no escuchara sus comentarios poco imaginativos. Por eso, cuando siento una mano en mi cintura, me vuelvo con la mano en alto para apartar al baboso número tres de un tortazo.

—Soy yo —me dice Caleb.

Y sí, es él, aunque no lo parece. Lleva una camisa azul arremangada y unos vaqueros. Se me hace raro verlo en vaqueros y con esa chaqueta de cuero negra que lleva doblada en el brazo. En este momento se parece más a Logan que nunca.

—No lo pareces. —Sonríe—. Llegas muy tarde.

—No pude salir antes, y no siempre voy de traje. Ya me has visto con ropa de deporte.

Recuerdo cuando lo vi tras mi intento de pillar al dron: iba con chándal, pero yo estaba tan molesta por lo sucedido que ni me fijé bien ni le di relevancia a su atuendo.

—También en pijama, y casi desnudo, pero así pareces normal. Y más sexi, he de añadir.

—Y yo que pensaba que te ponían los hombres de traje... —Se sienta a mi lado frente a la barra.

—En verdad, no, me gustan los chicos malos. Ya ves, soy de tópicos.
—Se ríe. Me encanta su risa. Lástima que no alcance sus ojos.

—Qué previsible eres. —Sonríe. Caleb pide dos copas de lo que estoy tomando.

Doy un largo trago y le tiendo al camarero mi copa vacía.

—Este *pub* es un poco... aburrido. Aunque tampoco es que haya ido a muchos.

—Yo solo he ido por negocios y alguna vez porque Lidia quería, cuando éramos novios.

—¿Cambió mucho?

—Sí, o tal vez no, y no quise verlo.

—La verdad siempre está ante nuestros ojos, pero, dependiendo del prisma con el que la miremos, veremos una cosa u otra.

—Cierto. —Nos traen las copas y se fija en una pareja del fondo que están presentándose—. Apuesto lo que quieras a que esos dos acaban en la cama.

—O en el servicio... Por dónde tiene él la mano puesta en ella no creo que lleguen a la cama. —Es evidente que se acaban de conocer y al darse dos besos él ha dejado su mano encima del culo de la chica y esta solo le sonrío—. Hacen bien, es solo sexo.

—Solo sexo... —ironiza Caleb—. El sexo de por sí ya es una complicación.

—Intuyo entonces que has tenido muchas complicaciones. Yo solo una, mi ex. Y era bueno..., pero no quiero pensar en él. —Me termino mi copa y me pido otra.

—No tenemos prisa, no hace falta que te las termines como si no existiera un mañana.

—A veces no sé si lo hay o solo me dejo llevar.

—Te entiendo, pero por esta vez disfrutemos.

Me traen mi copa y le doy un trago.

—¿Y tú? —Me mira sin responder—. ¿Te has acostado con muchas?
—le pregunto de nuevo, pero de otra forma.

—¿Quieres la verdad? —Asiento—. Eso tirará por tierra tu mito erótico y dejaré de ser un chico malo para ti. —Veo diversión en sus ojos.

—Me arriesgaré. Di, ahora sí siento curiosidad.

Da un trago a su copa y mira hacia el frente.

—Solo con mi ex, aunque la gente piense lo contrario. —Lo miro asombrada. Sonríe—. No me mires así, la gente habla mucho y a mí me da igual lo que digan.

—Ya, es solo que... En verdad me alegro. —Choco mi copa con la suya —. Por los fieles a nuestros deseos como nosotros. Apuesto a que eres como yo, no te irías a la cama con alguien que no te calentara la piel.

—Mi tiempo es muy valioso como para perderlo con alguien que no me interesa nada...

—Quedabas mejor y menos petulante diciendo que sí.

—Entonces, sí, soy fiel a lo que me gusta.

—Genial. Somos los mejores —le digo convencida, queriendo creer que no soy una estúpida que por amor se equivocó de persona.

No responde, pero al menos no lo niega.

Seguimos bebiendo y acabamos tratando de descubrir qué pasa a nuestro alrededor, si quienes están en pareja son novios o un rollete. Caleb lo clava todo, se fija en los detalles hasta un punto que me da escalofríos. En uno de los casos llega a decir que es la amante y al poco aparece otra chica con la que se besa como si no acabara de besar a la otra, y se nota como ambos fingen.

—Creo que yo era como ella, una tonta que no veía lo que pasaba ante sus ojos. ¿Te puedes creer que hacía meses que no nos acostábamos porque no tenía tiempo para una mierda de cita? —Creo que le he dicho eso porque ahora mismo, tras varias copas, no sé si hablo como pienso o no—. Y hay una cosa que no entiendo: aquí has clavado todo, y sin embargo no fuiste capaz de ver cómo era ella...

El gesto de Caleb cambia y hasta borracha sé que he tocado un tema peliagudo.

—Si te soy sincero, en el fondo lo sabía. Tal vez siempre lo viera, pero creía... —se calla.

—Di, quiero saberlo.

—Es mejor que nos vayamos.

—Dijiste que no había prisa.

—Te puedes quedar si quieres, yo me vuelvo al hotel.

Me molesta su actitud, por eso le digo que me quedo, enfadada por que me deje sola con la borrachera que llevo. Lo veo irse y me vuelvo hacia la barra. Me pido agua, cabreada, y cuando me canso de estar aquí me marchó. Estoy llegando a la puerta cuando alguien se pone a mi espalda y posa las manos en mi cintura. Mi cuerpo reacciona y sé quién es antes de que hable a mi oído.

—¿De verdad creías que te iba a dejar sola?

—Sí, solo soy tu empleada —le respondo a Caleb, que no aparta sus manos de mi cintura, algo que agradezco, porque no quiero que lo haga.

—Ahora eres solo la pesada de mi amiga.

—Qué gracioso. Y no lo soy, a los amigos se les cuentan cosas, a ti tengo que sacártelas con sacacorchos.

—Qué malo soy —bromea.

Se aparta. Lo sigo fuera del local. Hace frío. Me abrigo bien y me gustaría andar con más clase, pero voy algo pedo. Acaba poniéndome la mano en la cintura.

—A ti no se te nota y has bebido casi lo mismo que yo.

—Habrá sido el vaso de agua. —Sonrío porque haya estado entre las sombras mirándome.

Seguimos el camino en silencio hasta llegar a nuestros cuartos. Uno al lado del otro. Se detiene en el suyo, que está más próximo al ascensor del que hemos salido.

—Sentía que no me merecía nada mejor —me reconoce—, que debía conformarme.

Se me llenan los ojos de lágrimas y a trompicones voy hacia este hombre herido que, cuando solo era un niño que no debía saber lo que era la vida, vio la peor cara de esta. Lo abrazo con fuerza.

—No siento lástima por ti, pero sí siento el deseo de abrazarte muy fuerte y no dejarte ir nunca. Te lo mereces todo, Caleb, cuando no pareces un capullo estirado eres guay. —Se ríe. Me río.

—Será mejor que te vayas a dormir; me gusta lo de «capullo» y todo eso, pero lo de «guay» es muy de adolescentes, y yo pasé la adolescencia hace años.

—Seguro que ni siquiera fuiste un adolescente.

—Seguramente. —Abre la puerta de su cuarto.

—Estoy muy borracha.

—No lo estás tanto.

—No, pero puedo vomitar dormida y necesitar ayuda...

—Y prefieres invadir mi cuarto y vomitarme encima. ¿Te das cuenta de que siempre me chantajeas con lo mismo? Me estoy planteando no estar cerca de ti cuando bebas.

—Piensa que así, si lo estás, me puedes salvar la vida. Igual hasta te ponen una medallita del honor y todo eso. —Me río por las chorradas que digo.

—Bueno, visto así, tal vez me la den, pero por aguantarte. Solo por eso merece la pena soportar tu charla incesante por la noche.

—Es divertido —le digo entrando en su cuarto.

—Es muy molesto.

—Te encanta.
—Lo odio.
—Te encanto.
—Te soporto, que no es poco. —Me tiro en su cama.
—Soy lo mejor que te ha pasado, y lo sabes —le digo antes de quedarme frita y dormir la mona.

CAPÍTULO 12

CALEB

Observo la noche desde mi balcón. En mi mano tengo una foto que me ha mandado Logan de su hijo, o, bueno, de la ecografía de su hijo. La última que se han hecho. Todo va muy bien. Me alegro mucho por ellos. Ya quiero a ese pequeño, aunque no lo conozca; lo quiero como quería al que creía que sería mi hijo.

Cuando Lidia me dijo que estaba en estado pensé que aguantar todo lo que había soportado por ella había merecido la pena, porque tendría un hijo, alguien a quien cuidaría, a quien le demostraría que yo no soy como ese desgraciado que un día permitió que le llamara «papá».

Todo era mentira y ahora, cuando veo las ecografías, recuerdo a ese pequeño, algo también inevitable, ya que Lidia no para de enviarme mensajes para decirme que debería verlo otra vez, que está muy cambiado.

Pagué mucho dinero para su cuidado a la mujer que lo tuvo, sé dónde viven, en qué pueblo, porque le mando todos los meses dinero y la ayudé a buscar un trabajo para cuando pudiera reincorporarse. No sé qué insistencia tiene Lidia en que vaya a verlo. A ella le debería dar igual; el problema es que el hecho de que insista me hace temer que algo se me escapa, algo que no sé si me gustará.

Entro en mi salón y veo movimiento en la escalera que comparto con Emma. Ha pasado una semana desde que fuimos de viaje. Solo nos hemos visto en el trabajo; cuando nadie nos ve ya no somos solo jefe y empleada: algo ha cambiado entre los dos.

—¡Ayúdame! —me grita, y voy hacia la escalera preocupado. Me tiende un regalo muy blandito y grande—. No podía subirlo. —Sube a mi piso y me mira con una sonrisa—. Ábrelo. Es para ti, para tu piso cuando esté acabado.

—No tenías que comprarme nada, tengo dinero y, si quiero algo, lo pago.

—Si ya has dejado tu charla de sobrado, ábrelo. Te gustará. Vamos, espero.

Noto la duda en sus ojos dorados. No la hago esperar más y voy hacia la lámpara de suelo para tener más luz y ver de qué se trata, imaginando que puede ser un peluche y no sabiendo qué haré con él. Y que seguramente ponga cara de desagrado, y me sabe mal, viendo la ilusión en los ojos de Emma.

Lo abro y no es un peluche, pero tampoco sé qué diablos es ni si me gusta esta maraña de trapos cosidos tan fea.

—Por tu cara no tienes ni idea de qué es. —Me lo quita de las manos y lo extiende sobre mi cama. Es una manta enorme hecha de trozos de tela de todo tipo—. Es una manta de *patchwork*. Está hecha de retales de tela. De trozos cosidos unos con otros, y es preciosa.

—¿Y para qué se supone que quiero yo esto?

—¿Aparte de para abrigarte ahora que viene el frío? —resalta lo evidente, divertida; la miro molesto—. No me mires así, es que me recuerda a ti. Estás compuesto de retales unos cosidos con otros, y juntos forman algo muy hermoso. Cuando veas esto quiero que pienses que estás hecho de pedacitos, que todos esos trozos unidos forman algo maravilloso que eres... tú. —La miro, está sonrojada—. Y, bueno, tras soltarte esta chorrada que suena mucho más cursi dicha en alto, me marchó. —Va hacia la escalera—. Puedes tirarla si quieres, es una tontería. Tú puedes comprarte lo que quieras...

—Emma —me mira cohibida, algo raro en ella—, es extraña, pero presiento que me acostumbraré a ella, como me ha pasado contigo.

Sonríe como nunca y se crece.

—Eres penoso dando las gracias, pero de nada, y no es fea, solo hay que saber mirarla bien. Lo realmente hermoso de esta vida en ocasiones se escapa a la vista. —Me sonrío y se va hacia su piso cerrando la escalera y dejando mi casa en silencio. Observo la manta; si la miras bien, no es tan fea. Me fijo bien en ella y veo mis colores preferidos. Paso la mano por una tela de camisa y al lado una de mis chaquetas, exactamente las que se me mancharon de tinta y que pedí a Emma que las tirara. Ya veo el caso que me hizo.

Sé lo que trata de hacer; el problema es que yo solo veo un montón de trozos rotos, no encuentro hermosura en estos pedazos de tela unidos. La doblo y la guardo; aunque no me guste, sí me ha encantado el detalle y no lo entiendo, porque ella debería estar remendando sus pedazos, no tratando de sellar los míos. Y siento que, si se centra en mí, es para no pararse a pensar en lo jodida que está.

CAPÍTULO 13

EMMA

Leo el mensaje que me acaba de llegar:

Te puedo ver ahora mismo, ya sabes dónde. No tardes.

Miro a mi alrededor y guardo el móvil. Cojo unos folios y toco a la puerta de Caleb. Me mira a la espera de que hable una vez entro.

—Tengo que salir. —Señalo los papeles como si tuviera relación con ellos. Asiente.

Salgo del despacho, dejo los papeles, cojo mi bolso y me marchó como alma que lleva el diablo, porque sé que, si no llego pronto, se irá y tengo muchas ganas de estar a su lado.

CALEB

Emma regresa a su puesto de trabajo distraída. Cumple su tarea como siempre, con eficiencia, pero se nota que algo ajeno le ronda la mente.

No sé en qué punto llegué a preocuparme por ella o a encontrar agradable su compañía. Ni tan siquiera sé como me soporta. Como espera a que mi gesto cambie y no me cuestiona a cada palabra. Es muy rara, y tal vez por eso me caiga bien.

Deja los papeles sobre mi mesa y le sujeto la mano, cogiéndola por la muñeca.

—¿Todo bien, Emma? —Me mira divertida.

—¿Ahora soy Emma en el trabajo?

—Bueno, me has regalado una manta horrible de trozos...

—¡Sabía que no te había gustado! —Me arrepiento de mis palabras escogidas enseguida. Ayer me costó morderme la lengua.

—No me ha disgustado tampoco.

—Seguro que ni siquiera la sacas del armario. No puedes apreciar la belleza de las cosas rotas, eso te pasa. Seguro que a mí me miras y te doy

lástima, porque estoy hecha pedazos, y destrozada, y...

—No te veo así, es solo que esa manta...

—Es solo una manta, Caleb, en invierno te calienta, no le busques más explicaciones y olvida lo que te dije. Regreso a mi trabajo.

Se marcha y pienso en ir tras ella, pero siento que solo lo cagaría más. Me llama un cliente para que vaya a tomar café con él en la librería de mi hermano y me marcho para allí, una vez más despidiéndome de Emma como si solo fuera su jefe.

Soy un idiota.

* * *

Termino la reunión con mi cliente y quedamos en vernos la semana que viene en mi despacho con las propuestas para su tienda. Voy hacia donde está mi hermano Logan atendiendo a una señora mayor.

—Me encantó la recomendación del otro día, estoy deseando sentarme a leer este libro. —Me fijo en que es una novela policiaca, las preferidas de mi hermano.

—Seguro que le va a encantar. A ver si descubre quién es el malo.

—Seguro que sí, soy muy buena.

La mujer se va feliz con su compra. Logan cierra la caja y me mira.

—Tienes mala cara —me dice a las claras.

—Tú luces una horrible sonrisa —bromeo, ya que me alegro mucho por él.

—Tal vez deberías probar a hacer lo mismo.

—Otro día.

—Acompáñame a mi despacho.

Lo sigo al despacho. Cierra la puerta y se apoya en la mesa.

—¿Qué te pasa? —me pregunta.

—Nunca te he contestado a esa pregunta. ¿Por qué piensas que hoy va a ser diferente?

—No sé, tal vez lo sea.

Me mira a la espera. Observo por la ventana a la gente yendo de un lado a otro en este pueblo que me ha visto crecer y que tan poco sabe de mí en verdad.

Me quedo callado, aunque una parte de mí desearía ser de otra forma, hablar con mi hermano, como lo hacen Wendy y Drew, y no ser

tan jodidamente raro, pero lo soy y no sé si puedo ni si quiero cambiarlo. Por suerte Logan me conoce bien y no insiste. Cambia de tema.

—Está saliendo mucha mierda con lo del Gato. —Me señala una carpeta—. Están cayendo muchos a los que financiaban a cambio de muy altos intereses.

—Es lo que tiene hacer algo ilegal.

—He llamado para ver si nuestro padre sigue en la cárcel —me suelta sin anestesia; sabe que odio que lo mencione.

—Espero que ese desgraciado siga pudriéndose entre rejas y no le hayan hecho un intercambio por información.

—Sigue en la cárcel.

Me relajo. La idea de que mi padre esté libre me asfixia.

—Espero que se pase toda la vida allí.

—Eso espero yo también, y ahora cambiemos de tema. ¿Tengo que ayudarte con la empresa?

—No te preocupes, está todo controlado.

—Mejor, aquí tengo mucho que hacer. —Sonríe, es feliz como nunca lo había visto.

—Me alegro, no me gusta lidiar con tu cara de mala leche por tener que ponerte un jodido traje. —Se ríe—. Me voy, ya sabes dónde encontrarme.

—Lo mismo digo —lo dice con la esperanza de que lo busque y con la certeza de que no lo haré.

Me marchó odiando no pudiéndole decir a mi hermano que estoy hecho una mierda. Que odio ser así, que me encantaría aprender a sonreír porque sí, que ansío ser feliz como nada en la vida y que, si me conformo, es porque creo que la felicidad no está a mi alcance.

* * *

Entro en mi piso. Hace frío. Se ha ido la luz por unas pruebas que están haciendo y esta noche me toca hacerlo todo a oscuras. Me muevo con la luz de la linterna. Estoy helado; al estar la casa en obras y sin vestir con cortinas, se nota más el frescor.

Me voy al sofá y me siento sobre la horrible manta de Emma. La cojo y me la pongo por encima; parece que el destino se ha confabulado para que la use.

Al rato estoy calentito, como cuando era niño y me abrigaba con mi madre y mi hermano durante las tardes de frío y echábamos partidas de cartas.

Me encantaba jugar con ellos. Ganarles todas las galletas y ver la cara de enfado de Logan.

Sentía paz.

Era feliz.

Noto como el calor penetra en mí y este pedazo de tela hecha de remiendos me calienta, sin importar los cientos de costuras que tiene de trozos inservibles.

Me quedo dormido en el sofá oliendo a caramelo, el perfume de Emma, que desconozco cómo se ha colado en la manta.

EMMA

Subo a casa de Caleb a primera hora para ver si él tiene agua caliente. He intentado ducharme con agua fría y me ha sido imposible. Además, si no quiere que entre en su casa, que cierre la escalera a cal y canto.

Entro en su piso y lo busco entre este desastre. Veo mi manta y, como sé que no le gusta, miro en su cama. No está. Quizá ya se ha ido. No me extrañaría, este hombre vive para trabajar.

Estoy a punto de irme cuando le escucho respirar. Me vuelvo para ver dónde está y lo veo bajo la manta, tumbado en el sofá con la ropa de trabajo. Me parece adorable y mucho más joven de lo que quiere aparentar. Solo me saca tres años, pero parecen muchos más por todo el peso que lleva sobre los hombros.

Acaricio su pelo negro; es muy suave y me encanta pasar mis dedos por sus hebras.

Bajo mi mano por su cara y palpo su mandíbula, con esa barba incipiente.

—Al final voy a creer que te gusto —dice con los ojos aún cerrados.

Los abre y me mira: son increíbles, llenos de matices verdes. Y lo más importante es que, cuando me mira, solo lo veo a él, a su persona.

—Ya te gustaría. Hazme un hueco. —Se incorpora y me tapo con esta manta tan caliente que ahora huele a él—. Es perfecta.

—Es solo una manta.

—Que tapa del frío. Puede servir de colcha y también puedes hacer el amor sobre ella.

—Solo es una manta.
—Y tú solo un hombre, y ya ves, me gustáis los dos. Y, por si no lo sabes, llegas tarde.
Mira su reloj.
—¿Qué haces en mi casa?
—No tengo agua caliente y sé que tú tienes calentador eléctrico y tal vez el agua que hay en él no se haya conservado tan fría como la de las cañerías.
—Claro, dúchate.
—Gracias, voy a por mis cosas. —Me alejo y, antes de perderme en mi piso, lo miro y lo veo tocando la manta. Siento que le empieza a gustar y eso me encanta.

CALEB

«No sé qué hago aquí», pienso cuando miro la casa a las afueras del pueblo donde vive la madre del niño que iba a ser mío. Pero en realidad sí lo sé. Estar cerca de Emma está haciéndome olvidar parte del dolor de mi divorcio, y no quiero hacerlo. No quiero volver a ser un tonto con esperanza. Creyendo en la felicidad. Por eso toco al timbre y espero que lo que me encuentre me haga no olvidar el dolor.

La puerta de la planta baja se abre y ante mí aparece alguien a quien no esperaba volver a ver: Lidia.

—¿Qué haces aquí? —le digo cortante.

—Esa misma pregunta te iba a hacer yo a ti, aunque yo lo sé. —Se escucha el llanto de un bebé y a una mujer que le dice que le va a dar de comer.

—Gracias, Gloria. Es la niñera del pequeño. Pasa, querido, supongo que por fin quieres volver a verlo. Al fin y al cabo, iba a ser tu hijo...

—Mejor me marchó, no soporto estar cerca de ti...

—Lo cuido yo, ahora está bajo mi cuidado, así que, si quieres verlo, es lo que hay.

—¿Y la madre?

—Se marchó a la primera de cambio. Lo que te contó era mentira, querido —se ríe—, y yo no pude dejar al niño solo, en el fondo por ti. Y por todo lo que puedo sacarte aún, claro. —Se ríe de nuevo y va hacia un pequeño salón. Se sienta y pide que traigan al niño.

Gloria lo trae mientras le da un biberón. El niño es moreno de pelo. De ojos aún por definir. Me mira atento mientras toma su almuerzo. Como ya pensé cuando nació, podría haber pasado por mí perfectamente.

Se me hace un nudo en el estómago. Yo lo hubiera querido. Hubiera sido su padre.

Se me cierra la garganta mientras veo al niño tomar su comida. Cuando termina y eructa, Gloria se lo tiende a Lidia, quien lo sienta de forma que el niño me mire.

—Yo de ti iría a tu casa y buscaría fotos de cuando tú tenías dos meses, querido. Las ves y luego me llamas.

—No puede ser mi hijo por mucho que se me parezca.

—¿Acaso no te acostaste con varias mujeres?

—No te importa, pero te puedo asegurar que no tengo hijos por ahí.

—Bueno, yo no estaría tan segura... Fuimos matrimonio, y sabes que siempre consigo lo que quiero y lo retorcida que puedo ser... ¿Quién te asegura que no te emborraché para robarte tu semen y así tener un hijo tuyo sin tener que pasar por toda esa mierda del parto y el posparto? —Se ríe al ver mi cara.

—No sabes cuánto te detesto —le digo lleno de ira y preocupación por si eso fuera cierto. Y por todo lo que ella puede pedirme, de ser así. Ya es horrible que reconozca que nos acostábamos estando yo borracho, pero que llegara a robarme algo tan íntimo sin mi permiso me parece igual o más detestable.

Miro al niño. No quiero dejarlo con ella.

—Si es mío, me lo llevo...

—¡Gloria! —Gloria aparece con un hombre muy alto, que me dobla el tamaño de ancho. Coge al niño y me mira amenazante.

—No me da miedo tu gorila —le digo a Lidia.

—Pues debería. —Sin que pueda reaccionar, el guardaespaldas me da un puñetazo en la cara que me deja inconsciente. Antes de perder el conocimiento escucho la risa de Lidia.

Ya no estoy tan seguro de necesitar esto, era más feliz antes..., y ahora no queda nada.

CAPÍTULO 14

EMMA

No sé nada de Caleb desde que esta mañana lo desperté. Me mandó un mensaje para decirme que no iba a ir a trabajar porque tenía algo importante que hacer, y desde entonces nada. He seguido mi trabajo. Tengo mucho pendiente y me ha venido bien su ausencia para adelantar. Debería de ser normal que tenga reuniones, no es la primera vez, pero sí la primera que no me da ninguna orden. Que me deja a mi aire.

Es muy raro.

Me voy a mi casa a comer y a leer un poco. Acabo el libro que tenía pendiente y decido ir a por otro a la librería de Gwen. Tiene una sección de libros de segunda mano y voy a ver si hay algo interesante.

Llego a la librería al poco de abrir. Ya hay gente, pero aun así, Gwen al verme sale a recibirme y me da dos besos antes de volver al trabajo.

Está preciosa; el embarazo le sienta de maravilla. Es cierto eso que dicen, es cuando la mujer está más guapa.

Reviso los libros de segunda mano y me gusta uno de ellos que habla de un amor de juventud y cómo tras el tiempo transcurrido sin verse siguen pensando el uno en el otro.

Se lo tiendo a Gwen, que está en la caja, para que me lo cobre. Lo hace y me lo devuelve en una bolsa.

—¿Te tomas un café? Te invito.

—No hace falta...

—Te vas a chupar los dedos con la tarta del día. Yo ya llevo dos trozos. —Me sonrío.

Me siento y no puedo evitar hojear mi libro, como hace la gran mayoría de las personas que están aquí. También los hay que no leen y hablan con sus acompañantes, respetando al resto y no gritando para que se enteren todos de lo feliz que eres.

Me traen lo pedido y he de admitir que esta tarta de zanahoria está deliciosa; me encanta ese toque a canela que tiene. Me acabo el último trozo con pena. Lástima que solo la tengan cuando es la elegida para el día. Les gusta hacer cada día una diferente.

—Ya te he dicho que estaba deliciosa —me dice Gwen sentándose enfrente—. Me tomo un descansito. ¿Qué tal te va todo?

—Bien, hoy Caleb ni siquiera ha estado en el despacho, ni me ha mandado por mensaje o por teléfono cientos de órdenes.

—Qué raro —se inquieta, y eso hace que yo me mosquee más.

En el fondo sé que venir a ver a Gwen era en gran parte por si sabía algo de su cuñado.

—Estará liado.

—Seguro que sí. Por otro lado, se os ve muy bien juntos..., como amigos, claro.

—Sí, nos entendemos. Es un gran tipo, y cuando lo conoces, sabes leer entre líneas.

—Lo es, sí.

La llaman y se acaba su descanso. Me pido otro trozo de tarta para llevar. Me marcho caminando hacia mi casa, o más bien hacia la casa de Caleb. Uso la escalera, que no está cerrada, y me cuelo en su piso. Si está con alguna y lo pilló, es su culpa, por no cerrar la trampilla. Noto algo retorcerse en mi interior ante esa perspectiva y siento alivio cuando lo veo sentado en el sofá mirando una foto.

Lleva puesto el traje y parece abstraído con la fotografía. Me acerco y veo que es una foto antigua de un bebé.

—¿Eres tú? —Caleb se sobresalta y me mira enrabiado. Yo grito al ver su cara.

—¡Joder, qué susto, Emma! ¿Se puede saber por qué entras a mi casa sin avisar? ¡Es propiedad privada! —Ignoro su mal humor y me siento a su lado para tocar su ojo morado.

—¿Quién te ha hecho esto?

—Me he dado con una puerta.

—No soy tonta, alguien te ha dado un puñetazo.

—Déjame, Emma. —Su voz es afilada.

—No quiero.

—¡He dicho que me dejes!

—¡He dicho que no quiero! —Nos miramos a los ojos.

Se levanta y me pongo de pie en el sofá para que no me intimide.

—¡Eres como un jodido grano en el culo! ¿Acaso no puedes dejarme en paz?

—No, y te he traído tarta. —Se la enseño—. Solo por eso me merezco quedarme.

—No te soporto —dice, alejándose hacia el servicio. Lo sigo—. ¿Acaso me la piensas sujetar mientras meo?

Le doy un golpe en la espalda.

—¡Cuida tu lenguaje, señor Montgomery!

—¡Dios, qué pesadilla! —Se encierra en el baño y lo espero en lo que será el salón.

Cojo las fotos que ha sacado y las miro. En ellas aparecen Logan y Caleb de bebés y de niños. Se les ve reír felices, cómplices. Parecen gemelos, por lo poco que se llevan y lo parecidos que son.

Los veo en varias riendo con su madre, abrazándola. En otra sale Caleb enseñando sus notas, feliz. Y en la última, abrazado a su tío, que luego pasó a ser su padre. Se le veía un niño mimoso, alegre. Me hubiera encantado conocer esa versión suya ya de adulto, y lo más triste es que sé que está ahí, pero no quiere dejarla salir.

—¿Cuándo fue la última vez que abrazaste a alguien? —le pregunto cuando lo escucho acercarse.

—Lárgate, Emma. —Me quita las fotos de las manos.

—No quiero...

—¡He dicho que te largues! Es más, solo quiero ser tu jefe, no quiero ser nada más tuyo. No quiero toda esta mierda de amigos. No te soporto.

—Mientes, me necesitas.

—No, no necesito a nadie, y a ti menos, que estás tan jodida como yo, y al mirarte solo veo en tus ojos la mierda que quiero olvidar. Estar a tu lado me hace daño.

Me dice lo que más me duele, me intenta dañar a propósito y lo consigo. Me voy hacia la escalera.

—Ten, llévate esta horrible manta rota. —Me tira la manta y la cojo al vuelo.

—Al menos yo sé apreciar que hasta las cosas más perfectas tienen una tara. Tengo suerte de no tener por amigo a alguien tan ciego como tú.

Me marcho a mi piso y escucho como cierra la escalera. Y eso no es lo único que cambia. Desde ese día solo somos jefe y empleada, y la escalera desaparece. Cierra el techo y ya nada queda de esa comunicación entre los dos pisos.

Ignoro qué pasó ese día, pero tuvo que ser lo suficientemente fuerte para que Caleb se cerrara aún más en sí mismo, más incluso que cuando lo conocí.

CAPÍTULO 15

EMMA

Llego a mi trabajo antes de mi hora, como últimamente. Me gusta tenerlo todo preparado cuando llega Caleb y actualizo su agenda. Desde hace un mes no hablamos de nada que no sea profesional, ni siquiera nos miramos a los ojos, aunque yo me sepa de memoria todos los matices de su verde mirada.

No lo soporto, porque lo echo de menos, y eso que en verdad tampoco éramos tan amigos.

Las obras en su casa han terminado. Y ya no se escucha nada. A veces me pregunto si duerme en su casa o se pasa el día en la oficina, pues cuando llego él ya está en la cafetería tomando su café, o en el despacho trabajando.

¿Qué clase de vida es esa?

Sé que algo pasó para que se cerrara de esta forma. Y que lo que sucediera tiene que ver con el puñetazo de su cara. El problema es que cuando intento acercarme me amenaza con despedirme; y aunque sé que Gwen me daría trabajo, siento que, si me echa, perderé para siempre la oportunidad de saber qué le sucede y de volver a llegar hasta él; y tras todos los problemas de mi familia y lo de mi ex, centrarme en él me hace tener motivos para despertarme y olvidar lo sucedido.

Si he de ser sincera, cada vez lo llevo mejor. El otro día me di cuenta de que ya no esperaba que Orlando tuviera una razón para alejarse de mí. Me sigue doliendo la ruptura y saber que se va a casar con mi amiga, pero es un dolor por la traición de ambos, no por el amor que sentía por él.

Me siento en mi puesto de trabajo y abro el primer cajón de la mesa para dejar mi bolso como de costumbre. Veo que todo está como siempre, excepto una carta. Inquieta, la cojo y la abro:

Vamos a por ti, vas a pagar por lo que ha hecho tu padre.

Arrugo la nota y la tiro a la basura. No es la primera que recibo. Estoy harta de tener que pasar por esto. De mis padres siguen hablando en las noticias. Como continúan pillando a personas ligadas a la banda

del Gato, repiten una y otra vez los capturados y las tramas. Me pregunto cuándo acabará esto, si acabará algún día y si de verdad están todos los cabecillas ya en la cárcel.

Sigo con mi trabajo hasta que Caleb me manda a la última planta a por unos archivadores. «Odio venir a esta sala», pienso al entrar. Es oscura y, aunque hay luces en el techo, no son suficientes para ver más allá del pasillo en el que estás. Últimamente tengo la sensación de que alguien me observa, y hoy más que otras veces. Y todo por esa dichosa nota. Siempre me pasa cuando recibo una. Con el paso de los días se me va el miedo, pero ahora y en este cuarto tengo los nervios a flor de piel.

Busco lo que me ha pedido Caleb y maldigo al ver que está en lo más alto y necesito la escalera. La busco y me subo para coger el archivador.

Estoy a punto de cogerlo cuando noto que la estantería se mueve. La miro asustada. Está quieta, han debido de ser imaginaciones mías. Intento coger el archivador y esta vez sí noto cómo se mueve y cómo se viene hacia mí.

Grito con todas mis fuerzas e intento agarrarme a algo sin éxito.

Caigo al suelo aplastada por cientos de archivadores. Uno de ellos, muy pesado, me da en la cabeza y es el que hace que pierda el conocimiento y todo se torne negro.

CALEB

Miro el reloj. Emma está tardando mucho. La llamo a su teléfono interno, que siempre lleva con ella, y nada. Salgo a ver si está en su mesa y ha decidido ignorarme. No está. Decido esperar un poco más por si se ha entretenido, hasta que pasada una hora sé que esto no es normal en ella y más desde que solo somos jefe y empleada. Es muy eficiente y hace las cosas antes incluso de que se las pida solo para demostrarme lo buena que puede ser o para hablar menos.

Subo hacia la sala de archivadores con un mal presentimiento, esperando estar equivocado.

Entro y nada más hacerlo noto el cambio. Al fondo hay varias hojas y archivadores desparramados. Y una de las estanterías está sobre otra, haciendo que esta se haya inclinado hacia delante. Es increíble que no se hayan caído.

Corro hacia allí aterrado como no recuerdo haberlo estado nunca. Esperando no encontrarme a Emma tirada en el suelo, como imagino.

«Esta vez tampoco he tenido esa suerte», pienso al verla bajo varios pesados archivadores, inconsciente.

Llamo pidiendo una ambulancia al tiempo que voy hacia ella y le aparto con cuidado los archivadores. Uno de ellos le ha dado en la cabeza y tiene una fea brecha en la frente y otra en la nuca, por la caída. Respira trabajosamente.

—Emma, maldita sea. Emma, despierta.

Acaricio su mejilla y la muevo con mucho cuidado.

Tengo un nudo en la garganta y siento un miedo que no recuerdo haber experimentado antes, y eso que yo creía haberlo mirado a la cara varias veces.

La idea de que a esta bocazas con poco gusto para los regalos le haya pasado algo me aterra.

No tardan en venir los de la ambulancia y la atienden. Wendy ha subido con ellos, como si, al igual que yo, presintiera que le había pasado algo a su amiga. Al verla con collarín e inconsciente se lleva una fuerte impresión y me abraza entre lágrimas. Le paso los brazos por la cintura, como si yo no necesitara sus muestras de cariño, incapaz de admitir cómo añoro el contacto humano.

—Se va a poner bien, es una cabezota que no se va a quedar callada mucho tiempo.

—¿Y a ti qué más te da? Tú no quieres saber nada de ella. —Se aparta y me mira dolida mientras se va con ella al hospital.

¿De qué ha servido alejarme de Emma si a la hora de la verdad no puedo estar lejos de ella?

CAPÍTULO 16

EMMA

Abro los ojos aturdida y lo primero que veo es a Caleb en vaqueros mirando la noche por la ventana. Respiro aliviada, hasta que su presencia me inquieta.

—Si estás tú aquí es que estoy muy mal y nadie tiene tu sangre fría para decírmelo.

—Puedo estar aquí porque me preocupo por ti.

—Lo dudo. Lo has demostrado este mes. Di, estoy preparada.

—No te pasa nada, solo estás en observación por el golpe en la cabeza. Te han dado puntos, pero nada grave.

Siento alivio ante sus palabras.

—¿Y qué haces aquí?

—Estar contigo —dice, como si fuera lo más evidente. Me mira con intensidad—. Lo siento. —Por su mirada sé que no lo dice porque se me hayan caído encima sus archivadores.

—Ahora estás aquí.

Asiente algo cortado y va hacia donde ha dejado sus cosas. Se sienta con su móvil en la mano en el sillón que hay cerca de mi cama. Su frialdad me molestaría, si no lo conociera.

Sonrío y, al hacerlo, por el gesto me duelen los puntos de la frente. Me llevo la mano a la venda.

—Mi madre quería que cuando te dieran el alta te fueras a su casa, y Gwen también; yo les dije, para evitarte que no te dejen hacer nada, que te quedarías en la mía —lo dice sin alzar la vista del móvil y sonrío pese al dolor.

—Por mí, bien.

—Sí, ni te imaginas lo pesadas que pueden ser. Además, al poner la escalera es como si para todos estuvieras en tu casa.

—¿Y vas a hacer obra?

—Solo en tu techo, el hueco sigue estando en mi casa. Voy a por algo para cenar.

Se marcha, y sé que lo hace porque le cuesta lidiar con su amabilidad. Me quedo sola, feliz porque he sabido leer entre líneas y sé que a Caleb le importo, y se ha preocupado mucho por mí.

Gwen, Wendy y su madre no tardan en entrar a preguntarme qué tal; y no me dejan sola hasta que me quedo dormida.

* * *

Me dan el alta enseguida. Logan y Gwen me llevan a mi casa. Al entrar veo la escalera en su sitio, como si nada.

—Me quedo con ella hasta que Caleb...

—Ya estoy en casa —dice Caleb desde su casa antes de bajar por la escalera—. ¡Hola, Emma!

Va con ropa cómoda, una sudadera y unos vaqueros. Lo veo raro así. Incluso el pelo, que ahora lo tiene más largo que cuando lo conocí, lo lleva despeinado.

—¡Hola, Caleb! Ya que estás, invítanos a comer —le dice Gwen a su cuñado.

—Creo que Emma necesita descansar.

—No la uses a ella para escaquearte.

—Acaba de salir del hospital —le dice Caleb sin dejar de mirarme.

—Estoy bien —miento, porque aún sigo algo aturdida.

—Será mejor que nos vayamos —le dice Logan a su mujer—. Cualquiera cosa que necesites, nos llamas.

Logan se despide de mí con un par de besos y Gwen con un abrazo.

—Ahora subo, voy a darme una ducha.

—No te cierres la puerta, por si te caes y tengo que ayudarte.

—Prefiero que me dejes en el suelo a que me recojas desnuda.

—Solo es un cuerpo, nada más.

—Qué frío eres. Ahora subo.

Me doy una larga ducha con la puerta abierta. Y solo con la toalla salgo hacia mi cuarto.

—¡Caleb! —grito cuando lo encuentro sentado en mi sofá mirando su *tablet*.

—¿Qué?

—¿Qué haces en mi casa? ¿Y si salgo desnuda? —Abre la boca para hablar, pero le corto—. Olvídalo, ya has dejado claro que mi cuerpo no es nada del otro mundo y que no te atraería nada.

—¿Y cuándo he dicho eso? Solo he dicho que no me iba a impresionar por verte desnuda —aclara.

Enrabiada y para ver si es cierto, dejo caer la toalla. Me arrepiento en cuanto la prenda toca el suelo, pero ya está hecho. Lo miro altiva. Caleb recorre mis curvas mientras busco la ropa y elijo qué ponerme. No comenta nada y al mirarlo no noto nada raro. Me visto sintiéndome tonta y me digo a mí misma que lo he hecho solo para molestarlo.

Ya vestida recojo algunas cosas y mi manta. Lo miro retadora con ella en alto.

—La manta se viene conmigo a tu piso. Pero no pienso dejarte usarla.

—No es tan fea —dice antes de cogerlo todo—. Si hasta la he echado un poco de menos...

—Mentiroso. —Empiezo a subir y me sigue—. ¿A que me estás imaginando sin ropa? —bromeo.

—En tus sueños. —Me río feliz de volver a estar así con él.

CALEB

Maldita Emma por haberse quedado desnuda. ¡Claro que la estoy imaginado sin ropa! Joder, no pensé que tuviera un cuerpo tan condenadamente perfecto. Es preciosa y, si he de ser sincero, me ha costado mucho mantenerme impasible, pero lo he hecho para fastidiarla, por el mismo motivo que ella ha tirado la toalla.

No sé si he sentido un atisbo de deseo por el hecho de que hace mucho que no he estado con una mujer o porque es ella. Mejor no abrir la boca y decirle esto, porque sé que solo lo joderé todo más.

La sigo al que será su cuarto durante unos días, sin poder quitarme de la cabeza su cuerpo desnudo. Esa cintura estrecha y esas curvas de mujer. Los pechos del tamaño justo invitaban a ser probados, ya que el frío había erizado su piel rosada. Joder, estoy peor de lo que pensaba.

Se vuelve y me mira: mis ojos van a sus labios, rojos y grandes. No tendría que pensar en ellos así, no debería preguntarme a qué saben sus besos.

—Deberías irte a dormir y descansar un poco.

—Sí, a ver si cuando te vuelva a ver se te ha pasado ese gesto tan serio. Aunque lo dudo.

Emma se encierra en el cuarto de invitados. Miro mi piso desde lo alto de la escalera. Ya no queda nada de la que fue mi casa. Ahora tengo

un amplio salón y en medio una cocina con grandes techos. La parte que era el piso de mi hermano es donde he colocado las habitaciones y mi despacho. Es una casa inmensa, donde el eco resuena con más fuerza.

Empiezo a pensar que soy masoquista. Otro se hubiera ido a un nuevo lugar donde pudiera crear recuerdos nuevos, pero a mí me gusta no olvidar, pensar que todo puede ser diferente.

* * *

Escucho la tele y salgo de mi despacho en la planta baja para ir a ver a Emma. Me gustaría decir que me he concentrado trabajando, pero no, sigo con la imagen de Emma desnuda en mi cabeza.

Maldita Emma.

La encuentro trasteando con mi tele. Pone uno de los canales de series de pago y busca entre las que hay.

—Me cuesta imaginarte viendo series.

—He visto alguna que otra. No vivo solo para trabajar.

—Eso tendré que verlo. ¿Cuál ponemos?

Me tiende el mando y elijo una que me han dicho que está muy bien. Ponemos el primer capítulo... y nos pasamos el día enganchados a la serie. Hace tiempo que no lo hago. Que no saco tiempo para disfrutar de esto. Para no pensar en nada que no sea lo que estoy viendo en la tele.

—Yo creo que el malo es el padre —me dice Emma con la boca llena de palomitas. Son las doce de la noche y hemos comido y cenado ante la tele; y, por sorprendente que parezca, Emma tenía hambre para seguir comiendo, y yo, que afirmaba estar hinchado, he acabado también metiendo la mano en el bol.

—Yo creo que el malo es el protagonista, que les está haciendo creer a todos que le suceden esas cosas, cuando en verdad lo está organizando todo para ir de víctima.

—Pero eso sería muy retorcido. —Me mira seria y luego a la tele. Tras cuatro capítulos más se vuelve y me mira asombrada—. Lo has acertado. ¿Qué serie ponemos ahora?

—Será mejor que nos vayamos a la cama, ¿no?

Hace pucheros y me quedo irremediabilmente mirando sus labios. Perdido en los contornos de su boca y preguntándome, aunque luego lo negaré, a qué saben sus besos.

CAPÍTULO 17

EMMA

—¿Que tal estás, Emma? —Alzo la vista y me encuentro con la madre de Caleb, a la que ni siquiera he escuchado llegar, de lo centrada que estaba en mi trabajo.

—Bien, ya estoy mejor.

—Eso es que mi hijo te cuida bien.

—Yo no necesito que me cuide, y ya estoy viviendo en mi piso.

Me mira como si buscara algo más en mí. Solo pasé en casa de Caleb dos días; luego decidí volver a mi casa y no me contradijo. Tendría ganas de que le dejara solo. Eso sí, por las noches quedamos para cenar en su casa y ver series. De esto hace una semana, y me he aficionado a su compañía.

—Bueno, lo tienes cerca, y seguro que algo tendrá que ver en tu sonrisa.

—Dudo que ahora mismo pueda sonreír con todo el trabajo que me ha mandado tu hijo.

—No te entretengo, en verdad solo estoy aquí para invitarte a una fiesta en mi casa este sábado. Es de etiqueta.

—No me apetece...

—Si es por la ropa, tengo un vestido rojo precioso que te quedará como un guante.

—No es eso...

—Caleb tiene que venir, e irá solo, así la gente pensará al verte con él que ha pasado página en lo referente a su exmujer.

—No creo que me necesite, o me lo pediría él.

—Viene tu ex, con su prometida. ¿Acaso no te gustaría contemplar su cara al aparecer con Caleb y que se dé cuenta de lo poco que te importa ya?

La miro. ¿Qué interés puede tener ella en que yo vaya?

—No tengo ganas de verlo.

—Pero sí de que piense que no lo necesitas.

—Eso sí.

—Vamos, he tenido que invitarlo porque su prometida es amiga de un socio de Caleb, pero no me gusta la idea de tenerlo en mi casa después de lo que te hizo. Quiero que, si viene, sea viendo que no hace daño a mi protegida y que ahora estás con alguien mejor.

—No sé...

—Seguro que a Caleb le parece bien, si es eso lo que te frena.

Lo pienso; la idea de joder a mi ex y que vea que no me importa es muy tentadora. El problema es que no sé si estoy preparada para verlo. Tal vez lo mejor sería ir y pasar página, empezar a ser feliz sin él.

—Bien, pero habla tú con Caleb, por si no quiere —le digo.

—Claro que querrá, o, si no, no entra. Y le interesa hacerlo, por el bien el negocio.

Sonríe pícara y, mientras la veo alejarse hacia el despacho de su hijo, me pregunto dónde me he metido y si es buena idea aceptar ir a esa fiesta.

No puedo hablar con Caleb hasta mi hora de salida. Dejo todo recogido y entro a su despacho tras llamar. Está detrás del ordenador y parece frustrado, pues se pasa la mano por su negro pelo. Se inclina para atrás en su silla y me observa ir hacia él.

Su mirada es la de un depredador. Si no lo conociera, pensaría que trata de intimidarme.

—Tu madre me ha convencido para que vaya a la fiesta de su casa contigo y le haga creer a Orlando que he pasado página. —Me siento ante él.

—Eso me ha contado. No tienes que ir, si no quieres, ni demostrarle nada a ese capullo.

—¿Es que no quieres que vaya contigo?

—No he dicho eso.

—Ya, pero...

—A mí me parece bien que vengas, aunque será aburrido, yo voy a hablar de trabajo. Lo de la fiesta es una excusa para conseguir nuevos clientes.

—Ah, pues tal vez a mi lado no los consigas... La gente sigue pensando que voy a acabar en la cárcel, como mis padres.

—Ya te he demostrado en varias ocasiones lo que pienso de eso.

—Sí, pero...

—Si no quieres ir, no vengas, a mí no me importa ir solo.

Nos miramos a los ojos, esos ojos que cada día me parecen más increíbles y en los que me encanta perderme.

—Iré, cuanto antes lo vea y pase página, mejor.

Asiente y no dice nada antes de volver a su trabajo. Recojo mis cosas y me marcho. Al pasar por la recepción, como siempre, me acerco a hablar con Wendy, que hoy parece distraída.

—Mi madre ya me ha dicho que te ha convencido para ir a la fiesta de casa. —Asiento—. Si quieres nos vestimos juntas en mi cuarto.

—Genial. —Asiente ausente—. ¿Todo bien?

Wendy mira hacia un punto de la recepción antes de asentir como si nada. Sigo su mirada y veo a Lucas con una chica morena. Esta se alza y lo besa antes de irse; debe de ser su prometida.

—¿Sigues molesta con él?

—En verdad me es indiferente. ¿Nos vamos a comer juntas? —Asiento—. Mejor hacerlo rápido antes de que Drew se nos pegue como una lapa.

Me río y, tras recoger sus cosas, nos marchamos. Vamos a comer cerca de la librería de Gwen y se lo comentamos a esta. No tarda en aparecer con gesto cansado. Ya se le nota el embarazo y su forma de andar ha cambiado un poco.

—Estoy agotada y me cuesta controlar mi tripa, y eso que es pequeña. Pero es tan dura que a veces al agacharme me duele.

—Tiene que ser raro eso de pensar que puedes hacerle daño al bebé. Cosa imposible —le dice Wendy.

—Lo sé, pero quiero que esté todo bien, y de mí depende que nazca sano. Es una gran responsabilidad. —Coge la carta y la ojea—. Os prometo que desde que estoy embarazada me he planteado montar un restaurante para preñadas que diga: «Comida pensada para las futuras mamás». Donde el queso siempre esté pasteurizado y la carne curada no exista. —Nos reímos.

Ya nos ha contado la cantidad de cosas que no puede comer o las que tiene que mirar con cuidado. ¡Si hasta una simple lechuga puede ser peligrosa si no está bien lavada!

Pedimos la comida y, mientras nos la sirven, nos ponen algo de picar.

—Ya me ha dicho mi suegra que irás a la fiesta de casa —me dice Gwen.

—Las noticias vuelan.

—No, es que Esme es muy cotilla.

—Ya me he dado cuenta. Parecía muy feliz de que aceptara. —Se miran—. En qué me estoy metiendo...

—Bueno, yo odio las fiestas —dice Wendy—. De hecho, voy por obligación con la empresa, y nada más. Logan y Gwen no van; Logan ha usado el embarazo de Gwen para escaquearse diciendo que no puede pasarse tanto tiempo de pie y que él debe cuidarla. —Gwen se ríe—. Y luego estás tú, que has vivido esto desde niña y pareces la única que tal vez las disfrute como ella.

—Me gustan, pero...

—¡Ves! —dice Wendy—. Ella lo intuía y por eso está feliz, piensa que serás con quien pueda organizar la siguiente fiesta y hablar de cómo hacerlo, y eso le encanta.

—Entiendo. Pero me inquieta lo que puede suponer para vuestra familia que vaya...

—A los que no sepan ver la verdad, que les den —dice Gwen—. Tú no has hecho nada malo, demasiado tienes con lo que estás pasando. —Justo en ese momento, en las noticias hablan otra vez del asunto.

Como la gente está muy atenta al caso, no paran de ponerlo una y otra vez. Dicen que informarán de lo que pasa, pero las noticias también quieren audiencia y este caso, para mi desgracia, se la da; lo mencionan en las noticias y en todos los programas que hay por el estilo. Mi cara sale más de una vez en la tele, con mis padres, en vídeos suyos de fiestas o de eventos a los que íbamos. Estoy deseando que todo termine, pero aún le queda.

Terminamos de comer y vamos a la tienda de Gwen a tomar el postre. No hay nadie y Gwen se sienta con nosotras mientras empiezan a llegar los primeros clientes. Logan está en el despacho y ha salido a saludarnos antes de meterse de nuevo en él.

—Se piensa que soy tonta y no me doy cuenta de lo que hace —nos comenta Gwen.

—¿Y qué hace? —pregunta Wendy.

—Está siguiendo de cerca todo lo que se dice del Gato para asegurarse de que caen todos. Y mi padre igual. A veces viene con una carpeta y se pasan horas ahí, dentro del despacho.

—¿Y qué te dice cuando le preguntas? —indago.

—Que no sea exagerada, que solo hablan de sus cosas.

—Ya, claro, y se piensa que no te das cuenta —dice Wendy—. Hasta que no los cojan a todos, Logan no va a parar, por lo ligado que estuvo su padre a todo esto.

—Sí. —Gwen ya sabe que lo sé todo, que Caleb me lo dijo—. A veces temo que esto nos estalle de nuevo otra vez. Que una vez más nos hayan

engañado, como cuando nos hizo creer que Armando era el cabecilla de todo.

—Pensemos que no, que los que lo movían todo están detenidos y ya está —le dice Wendy a su cuñada para calmarla.

No hablamos más del tema, aunque sé que ninguna de las tres deja de darle vueltas.

CAPÍTULO 18

EMMA

Me preparo para la fiesta en casa de Esme, en el cuarto de Wendy, tras una semana de mucho trabajo durante la cual casi no he visto a Caleb por las tardes, precisamente por esto mismo.

Vienen a peinarnos y maquillarnos y, aunque les digo que no lo necesito, Esme no me hace caso; se nota que disfruta como una enana con todo esto. A mi madre le gustaban las fiestas y arreglarse, pero no era tan feliz como Esme.

Una vez con el vestido puesto, me miro al espejo.

Es rojo intenso, me realza los pechos y la figura. Es un vestido que dice «mírame, que no me importa, yo me pienso comer el mundo», y siento que Esme lo ha elegido así a propósito. Es algo que yo antes no me hubiera puesto y que ahora, viendo lo bien que me queda, me arrepiento de no haberlo hecho. De haber cuidado tanto las formas, total para nada.

Me retoco el pintalabios rojo antes de salir. Salgo y casi me choco con Caleb.

Nos observamos el uno al otro. Siempre lleva traje con corbata, pero hoy, con pajarita, tiene un aire más elegante, y más porque es roja y hace juego con mi vestido. Se la toco y le miro a los ojos.

—Así vestidos parecemos novios. —Sonríe y me quedo absorta mirando sus labios. ¿Siempre fueron así de deseables?

—Es lo que quieres que piense tu ex.

—Sí, aunque no confirmaremos nada, la gente que piense lo que quiera. Estás muy guapo.

—La belleza no lo es todo.

—Puedes decir solo «gracias».

—Gracias, tú tampoco estás mal.

—La belleza no lo es todo —repito su frase y se ríe antes de tenderme el brazo.

—¿Vamos?

—Vamos. —Me cojo de su brazo y lo aprieto con fuerza—. Me pone nerviosa verlo.

—Te entiendo, me encontré con mi ex hace poco y sentí... rabia por querer a alguien así —me confiesa.

—Y por perder tantos años de tu vida con una persona que no merecía la pena.

—Sí. Esta noche demuéstrole lo que se ha perdido y que rabie.

Me gusta su comentario, y más porque sé que Caleb no es de regalar los oídos.

Llegamos a donde se celebra la fiesta. No veo a Orlando por ningún lado y esto no me relaja. Cuanto antes lo vea y me enfrente a tenerlo cerca, mejor.

Caleb me lleva junto a él, sin apartar su mano de mi cintura. Nos juntamos para hablar de negocios con una pareja y, aunque al principio me miran cautelosos, luego acaban por hablar conmigo como si me conocieran de siempre.

A algunas personas sí las conozco, y hay de todo. Los que me ignoran y los que me preguntan cómo estoy. Pero lo que más me gusta de la velada es Caleb, que está todo el rato pendiente de mí. No me deja sola. Y me pide opinión cuando habla de su empresa, como si fuera importante mi punto de vista. Es gratificante no sentirse una mujer florero.

—Acaba de llegar —me dice Caleb al oído.

Su aliento me acaricia y me da escalofríos, hasta el punto de que me cuesta entender lo que me dice hasta que mi mirada se cruza con la de Orlando en la otra punta del salón.

Me viene a la mente cómo me trató la última vez que nos vimos y esto hace que me acerque más a Caleb. Este reacciona, me pasa la mano por la cintura con más firmeza y se acerca para hablarme al oído de nuevo.

—Tú no te has perdido nada, él te ha perdido a ti. No lo olvides.

—¿Eso también te lo dices a ti mismo?

—Estoy aprendiendo a hacerlo gracias a mi secretaria.

—Tiene que ser muy buena. —Se aparta y me sonrío.

Me pierdo en su verde mirada hasta tal punto que cuando escucho la voz de Orlando cerca me cuesta recordar que estaba aquí.

—¿Emma? —Su voz es de nostalgia, y esto me deja desconcertada. Al mirarlo no veo eso en sus ojos, y su prometida está a su lado. Lo debo de haber imaginado.

—¿Orlando? No puedo decir que me alegra volver a verte, nadie se alegra de volver a ver a alguien a quien hubiera preferido no conocer en la vida.

—Has cambiado —me dice Orlando.

—No te imaginas cuánto, algo que no descubrirás. ¿Nos vamos? —le pido a Caleb.

—Claro, preciosa.

Nos alejamos de ellos y Wendy se nos acerca a medio camino antes de llegar a la mesa de bebidas.

—¿Cómo ha ido? —nos pregunta ya junto a ella.

—Bien —le respondo, y es cierto.

Pensaba que ver a Orlando, alguien con quien había pensado casarme y tener hijos, me haría daño, y que todo el amor que había jurado sentir por él regresaría en forma de dolor; no ha sido así, todo lo contrario, no he sentido más que rabia por cómo me trató, y no desolación por un amor perdido.

—La gente estaba pendiente de ver qué sucedía —dice Wendy—. Estamos rodeados de cotillas.

—Déjalos, sus vidas son muy aburridas —le digo.

Caleb, amable, me tiende una copa. Me la tomo de un trago.

—Aún es pronto para emborracharte —me dice él.

—Déjala —dice Drew, que me abraza y me da un beso en la mejilla—. Has estado espectacular. Soy tu fan número uno.

—Se lo merecía, y ahora vayamos a cenar, que ya están entrando al salón donde se sirve la cena —nos informa Wendy.

Vamos hacia allí y, antes de entrar, Caleb me detiene, dejando que sus hermanos entren y nosotros nos quedemos rezagados.

—¿Estás bien? Podemos irnos si quieres —me dice en un susurro.

Me vuelvo para perderme en sus ojos, aunque sé que lo dice de corazón.

—Tienes aún contratos que cerrar, y yo estoy bien. —Asiente no muy convencido—. Cuidado, Caleb, que como sigas siendo una cita tan perfecta te voy a pedir un beso de despedida, y no sería en la cara —bromeo, aunque al decirlo mi corazón da un pequeño vuelco y siento que me sudan las manos.

—No me quejaría —lo dice tan serio que no sé si está de broma.

Sonrío como si sí lo estuviera y me dirijo hacia nuestra mesa para que me siga.

La cena está deliciosa y no paro de notar la mirada de Orlando sobre mí. Alguna que otra vez he caído en la tentación de mirarlo. Pocas, para lo que esperaba que haría. Caleb está hablando con un cliente y yo he participado feliz en la conversación. Al final dice que sí, que hará toda la

publicidad con nosotros, que le hemos convencido, y me siento orgullosa de mí misma. No sabía que este trabajo me iba a gustar tanto.

—Sois tal para cual —dice Drew ya en el baile, donde estamos con los mellizos cerca de la mesa de bebidas—. En el arte de conseguir clientes.

—Es muy estimulante —admito—, nos merecemos un brindis. —Le tiendo mi copa a Caleb. Este duda, pero al final la choca con la mía con lo que parece una sonrisa.

Seguimos bebiendo y ninguno de los hermanos hace amago de bailar. Caleb sobre todo. Yo no paro de moverme con la música. Que, aunque no es mi preferida y está algo pasada de moda, me gusta. Drew es quien se da cuenta y tira de mí hacia la zona de baile.

—No esperes que Caleb te saque a bailar —me dice ya en medio de la pista mientras bailamos una lenta.

—No lo espero.

—Para él estas fiestas son trabajo. Solo bailarías si fuera a conseguir cerrar un nuevo trato.

—No todo en la vida es trabajar.

—Para él, ahora, sí... o, bueno, estar contigo.

—Solo somos amigos.

—Yo no he insinuado otra cosa. —Me guiña un ojo—. Por cierto, dile que te enseñe el lago de la casa. Con todas las luces encendidas está muy bonito, pues se reflejan en el agua.

Termina la música y vamos donde está Wendy junto a su madre.

—Tu ex no deja de mirarte —me dice Wendy.

Lo busco y, efectivamente, está no muy lejos, sin quitarme la vista de encima, y conociéndolo no parece feliz. Debe de ser como esos que no comen ni dejan comer. Me da rabia; todo esto es por su culpa. Yo no elegí dejarlo y empezar a olvidarlo. Yo no decidí vivir otra vida lejos de él. No me merezco esa mirada de pena.

Caleb se acerca y me centro en él. Nota que algo no va bien y pone su mano en mi cintura.

—¿Me enseñas el lago? Drew dice que está muy bonito ahora.

—Claro, vamos.

Salimos hacia el lago y, nada más hacerlo, Caleb se quita su chaqueta y me la pone sobre los hombros; y aunque protesto, no me deja devolvérsela. Su perfume me envuelve. Me encanta cómo huele.

Vamos hacia un banco que está bajo un árbol cerca del lago, que he de admitir que es precioso iluminado por las luces de la casa y con la luna reflejada sobre sus aguas.

Nos sentamos muy cerca y dejo caer mi cabeza sobre su hombro. Caleb me pasa el brazo por encima y quedo aún más abrazada a este hombre que tanto me desconcierta.

—No paras de ganar puntos para el beso, Caleb, te lo advierto.

—Ya te he dicho que no me voy a quejar. —Y otra vez no sé si bromea o no—. Me gustaba jugar aquí con mi hermano. Éramos felices cuando estábamos los dos juntos.

—Intuyo, por lo que dices, que solo estabas a solas con Logan y no con tu madre y tu padrastro, y que era antes de que todo pasara.

—Nosotros éramos pequeños, no sabíamos la verdad de lo que mi madre tuvo que pasar antes de separarse de mi padre; tampoco supimos de nuestro padre hasta algo después de que mi madre se volviera a casar, por eso a los ojos de todos somos hijos de Ernesto. Cuando nuestro padre decidió que era el momento de serlo, mi madre no le privó de vernos. Ante todos, y más ante nosotros, era el mejor. Un hombre al que desgraciadamente admiraba. Al saber quién era mi padre y lo guay que me parecía de niño, me daba rabia que mi madre se hubiera casado con el que era nuestro tío y no haber tenido más a nuestro verdadero padre. Pero eso era algo que me guardaba para mí. Tampoco sabíamos la verdad de lo que ella sufrió ni lo que le supuso verse sola con dos niños tan pequeños.

—Tu madre no quería poneros contra tu padre.

—Lo sé. Odio haber admirado a ese desgraciado.

—Eras solo un niño, Caleb.

—Sí, y no sé cómo volver a ser quien fui. —Alzo la cara y lo miro a los ojos.

—A mí me encanta cómo eres. No cambiaría nada de ti.

Nos miramos a los ojos sin decir nada. Estamos muy cerca, y juro que ahora mismo me muero por besarlo, y fuera ya de tonterías.

—Tu ex nos ha seguido —me suelta de golpe sin apartarse.

—No sé qué pretende. —No me vuelvo, pero la rabia crece en mí—. Me parece que voy a cobrarme mi beso de buenas noches ahora, Caleb, y así me dejará en paz.

—Ya te dije que no me quejaría.

Sus ojos se entrecierran. Me mira la boca y esa caricia de sus ojos me calienta. Observo yo los suyos y no le doy más vueltas. Me acerco y lo beso.

Siento enseguida la calidez de sus labios y este deseo irrefrenable de intensificar la caricia. Lo hago, y acabo acariciando con mi lengua los

contornos de su boca, perdida en su sabor. En él. Olvido que lo beso para dar celos a mi ex, sobre todo cuando Caleb pone sus manos en mi cuello y me gira la cabeza para tener mejor control sobre mí y adentrar su lengua en mi boca.

Juro que me siento morir, y sé que no lo beso por mi ex, lo beso porque, sin saber cómo ni cuándo, dejó de ser mi amigo para pasar a ser el hombre al que deseo.

Nuestras lenguas se entrelazan. Me siento sobre él y meto las manos entre su pelo. Tiro de él presa de la pasión. Lo deseo con una fuerza que me asusta. Por eso me separo y apoyo mi frente sobre la suya, tratando de recuperar el aire y la cordura.

—Ya se ha ido.

—Me da igual mi ex, no te he seguido el beso por eso —le digo sincera.

—¿Y por qué ha sido?

—Puede que beses muy bien. —Sonríe con esa boca que acaba de hacerme acariciar el cielo.

—Solo puede.

—No quiero que te lo creas mucho.

—Todo esto podría complicar las cosas —dice poniendo sus manos en mi cintura.

—Somos adultos. Podemos hacer lo que queramos. Debemos hacer lo que deseamos. Ya hemos pasado demasiado tiempo haciendo lo que otros querían de nosotros. Ahora mandamos nosotros sobre nuestra vida.

—Entonces, ¿ahora qué toca?

—¿En tu casa o en la mía?

Se ríe, y me doy cuenta de que cada vez lo hace con más frecuencia. Una vez más, este lugar que atesoró las risas de este niño herido vuelve a deleitarse con ellas.

CAPÍTULO 19

EMMA

Llegamos a la casa de Caleb sin haber podido dejar de mirarnos en todo el viaje. Sé que Caleb se pregunta si me arrepiento.

—Estoy segura, Caleb —le digo, llevando mis manos al cierre de mi vestido.

Caleb se acerca y me detiene. No entiendo su gesto hasta que habla.

—Esta vez quiero ser yo el que te desnude.

—Me parece bien.

—No hay nada tras el sexo... —me dice frío—. Lo que quiero decir...

—Paso mucho tiempo contigo últimamente, Caleb, me atrevo a decir que ahora mismo soy quien más te conoce, y sé que lo que quieres decir es que no me quieres, que no estás enamorado de mí, que solo me deseas y no quieres complicaciones ni que me haga ilusiones con cosas que nunca llegarán por tu parte, porque estás muy jodido para volver a permitirte el lujo de volver a amar.

—¿Y tú?

—Yo también pienso como tú, pero a mí sí me encantaría un día volver a amar a alguien. No necesariamente a ti...

—Te he entendido. Y te has equivocado en algo, Emma. —Lo miro a la espera—. Estar contigo es siempre una complicación, y esta lo será..., pero no me importa.

—No soy tan rara.

—Lo eres. —Pongo morros y me besa.

Se ha acabado el tiempo para el diálogo.

Me alzo al tiempo que me besa y tiro de su ropa, haciendo que el cierre de su pajarita salte. A ninguno de los dos nos importa dónde va a ir a parar esta. Aplasto mi pecho contra el suyo y lo beso como nunca me he atrevido a besar a nadie por el miedo al qué dirán.

Incluso en mis noches de pasión con Orlando me guardaba una parte de mí misma por miedo a que saliera corriendo. A perderlo, si era demasiado fogosa.

Tiro de su camisa y los botones saltan. Me río y Caleb atrapa mi sonrisa, haciendo que mi lengua se entrelace con la suya, y paso de sonreír a gemir de puro placer entre sus labios.

—¿Solo con una mujer? —le digo cuando se separa para darme la vuelta.

—La experiencia no es un grado, lo es el hombre con el que te acuestes. Quien es un mueble en la cama lo será siempre, por mucho que haya estado con cientos de mujeres.

—Cierto, aunque yo era un poco mueble antes...

—Entonces seré yo el que se mueva dentro de ti. —Me recorre un escalofrío que me deja sin palabras.

Caleb me abre el vestido y deja que caiga al suelo, dejándome solo con las braguitas de encaje negras y un liguero. Pasa sus manos por la tela.

—Te mentí. —Ahora mismo no sé de qué habla—. Sí te imaginé desnuda después de verte.

—Lo sabía.

—No mientas.

—Lo esperaba.

—Eso está mejor.

Me gira y lleva sus manos a mis pechos. Los acaricia lentamente, haciendo que se ericen. Mi pecho baja y sube preso del deseo. Noto como el placer se anida entre mis piernas, donde deseo que se posen sus morenos dedos.

—Eres preciosa, y más cuando no hablas —miente, y lo sé por cómo me mira.

—Te encanto en todos los sentidos, guapito, y ahora demuéstrame lo bueno que eres.

—Eso está hecho.

Me besa antes de alzarme, haciendo que mis piernas se enreden en su cintura. Noto como su dureza golpea mi sexo y gimo entre sus labios. Anda conmigo a tientas hasta caer sobre el sofá. Ninguno de los dos tiene ganas de subir las escaleras que nos separan de su cuarto.

Me siento mejor sobre él y me muevo contoneando las caderas, haciendo que su duro miembro crezca aún más y aumente mi placer. Estoy perdida en esta vorágine de sensaciones.

Me separo para quitarle la camisa. Su pecho es espectacular. Me encanta tal como es: se nota que hace ejercicio, pero no está hinchado

como el de muchos chicos de ahora, que les cuesta hasta cerrar los brazos.

Bajo la cabeza y beso cada centímetro de la piel expuesta.

Acaricio y lamo a este hombre que ha hecho que me olvide de que fuera de este piso el mundo sigue su curso.

Llego hasta el cierre de sus pantalones y tiro de la correa de su cinturón. Caleb me detiene cuando estoy a punto de adentrar mis manos bajo la ropa.

—No quiero acabar pronto. —Se vuelve y me deja a mí sobre el sofá—. Ahora vengo.

—¿Adónde vas?

—A menos que tengas un condón escondido en las bragas, es mejor que vaya a por uno antes de que la cosa se ponga más caliente.

—La cosa ya está ardiendo, Caleb.

Me dejo caer sobre la manta de retales, que ahora siempre está en su piso para cuando vemos series. Caleb no tarda en llegar y solo lleva los bóxers negros puestos. Se me seca la boca al ver a este hombre tan guapo e intenso venir hacia mí.

Le tiendo una mano cuando está cerca. Caleb la coge y se acerca, acomodándose entre mis piernas. Nos besamos mientras nuestros cuerpos se unen, odiando la tela de la ropa interior que les impide sentirse piel con piel. Araño su espalda cuando baja su cabeza por mi cuello y se detiene en un punto sensible cerca de mi oreja.

Sigue su camino hacia mis pechos, que ya lo esperan erguidos y duros. Tanto que me duelen.

Me acaricia lentamente para luego hacerlo con ansias. Me retuerzo y grito cuando se lleva el pezón a la boca y lo succiona con su lengua, haciéndome morir de placer.

Me tortura, hace que le suplique de todas las formas posibles mientras no deja de saborear mis pechos.

Lleva su morena mano al inicio de mi ropa interior y, sin demorarse mucho, la adentra en mi humedad y juega con los pliegues de mi sexo, buscando la entrada a mi ser, que se muere por ser llenada por él.

—Joder —dice cuando nota lo caliente que estoy.

Se separa para quitarse los bóxers y me quedo absorta mirando su dureza mientras la cubre con la transparente protección.

No me quita la ropa interior. Solo la aparta antes de dejar que su miembro acaricie la entrada de mi sexo.

Me mira a los ojos antes de entrar, esperando tal vez ver mi arrepentimiento. No lo encuentra. No recuerdo haber estado más segura de algo en toda mi vida.

Se adentra en mí de una firme estocada y se queda quieto, llenándome por completo. Me muerdo el labio para retener el placer hasta que es él quien lo libera, besándolo y lamiendo los contornos de mi boca.

Entra y sale de mí lentamente, para luego hacerlo con más rapidez. Lo sigo y me muevo con él sin poder quedarme quieta, deseando más que nunca bailar esta danza de los amantes.

Estoy a punto, no sé si puedo aguantar mucho más. Caleb lo debe de notar, porque sus movimientos son más seguidos, haciendo que un potente orgasmo me haga estallar entre sus brazos. Me sigue, arrastrado por los coletazos del mío.

Nos perdemos en este mar de sensaciones antes de caer exhaustos. Me gira para que yo quede sobre él en su sofá. Lo abrazo y busco la manta para taparnos.

—¿Ves como servía para muchas cosas?

—Empiezo a verle el atractivo a esta manta rota. —Me acurruco entre sus brazos.

—Bien, y ahora cállate, que quiero dormir aquí.

—Eres una mandona.

—Y a ti te encanta.

—Lo detesto. —Me río.

Me alzo para besarlo. Acaricio su pelo negro.

—Pienso repetirlo más veces. Sin complicaciones, claro.

—No me voy a quejar.

—Bien. —Acaricio su pecho hasta que reparo en algo—. Al final te has acostado con tu secretaria. Eres muy predecible.

—No lo digas más o me arrepentiré.

—Siempre puedes despedirme.

—Tal vez lo haga.

—No lo harás, porque te encanto, y seguro que encuentras la forma de que nos divirtamos en el trabajo.

—Al trabajo se va a trabajar...

—Sí, sí..., y ahora cállate, no me dejas dormir.

Caleb se ríe. Sonríe feliz. Y lo abrazo con fuerza.

No me gusta, solo es deseo, pero sí tengo claro que, pase lo que pase, lo quiero en mi vida para siempre. No me imagino la vida sin él ahora.

CAPÍTULO 20

CALEB

Observo a Emma enredada con la manta y dormida en mi sofá desde la isleta de la cocina, donde me estoy tomando un café tras la ducha que me he dado.

No sé en qué momento lo que sentía por ella se convirtió en deseo, ni cuándo dejé de pensar para hacer lo que quería.

Tal vez todo sea culpa suya, por desnudarse ante mí y que yo no pudiese olvidar sus curvas. He soñado que las acariciaba más de una vez.

Anoche estaba preciosa. Hasta ayer pensaba que los vestidos solo eran un complemento, no algo que hiciera a una persona tan deseable. Aunque lo que más me sedujo fue su sonrisa y ver como sus ojos dorados relucían cuando cerrábamos un trato. La vi compartiendo conmigo algo que me gusta. No lo hacía por ser mi empleada, sino porque le encanta el juego de decir las palabras adecuadas para seducir a futuros clientes.

Creo que Emma no es consciente de que su vocación no es ser una secretaria, sino que puede aspirar a tener un puesto de más responsabilidad en la empresa. Es muy lista, y su lengua directa hace que los clientes noten seguridad al hablar con ella. Por una vez no me sentí solo al frente del negocio familiar. Me gusta mi trabajo, pero estoy cansado de tirar yo solo del carro. Mis hermanos pequeños aún no están preparados para dirigir, y mi padrastro no quiere meterse mucho desde que me dejó a cargo del negocio. Creo que siente que, de hacerlo, me molestaría y no es así, pero tampoco sé cómo abordar el tema y decírselo.

Emma se remueve en sueños y sus pechos quedan a la vista cuando la manta se cae un poco hacia el suelo.

No me puedo creer que empiece a encontrar atractiva hasta esa manta. Ya no la veo como un objeto roto. Es parte de nuestra relación, se ha colado en ella sin darme cuenta.

Tal vez debería detener esto...; no, por una vez no quiero pensar en nada. No hay nada que pensar, solo es sexo, y cuando se acabe seremos solo amigos.

—Ummm, huele a café —dice Emma con los ojos cerrados—. Quiero dos tazas muy cargadas.

—A ti te gusta con leche y cargado de azúcar. —Cojo el que le he preparado y se lo acerco—. Ten.

Abre los ojos y me sonrío. Se incorpora sin taparse para coger el café. Le da un largo trago y se relame.

—Tengo que irme a trabajar, y tú me estás poniendo fácil el que me quede aquí contigo.

—Me alegro. ¿Quieres que te acompañe?

—No, es algo que tengo que hacer solo. Además, es domingo, si no fuera porque tengo cosas pendientes, no iría.

—Eso lo dudo. Me quedaré, pero pienso asaltar tu baño y meterme en tu bañera de hidromasaje. Tengo agujetas..., ya sabes, la falta de práctica.

Me río, algo que últimamente hago mucho.

—Es todo tuyo.

—Genial. —Se pone de pie en el sofá y me pasa los brazos por el cuello antes de besarme—. Buenos días, y más te vale no tardar, que tenemos pendiente una serie y me muero por ver cómo sigue.

—Lo intentaré.

Me marcho a trabajar sin muchas ganas. Algo raro en mí, ya que desde siempre he encontrado más placer en pasar un día estudiando o trabajando que en otras cosas.

El día de trabajo no sale como yo esperaba; no dejo de recordar la noche pasada con Emma. Desde la fiesta hasta que acabé dentro de ella muriendo de placer. Y lo que de verdad me inquieta es lo que vi en los ojos de su exprometido. Sentí que la seguía queriendo y que a su actual prometida la tenía como un adorno. No me molesta porque yo quiera algo con Emma, sino porque no sé qué quiere de ella y siento que esto no ha acabado, que hay algo que se nos escapa y pronto lo sabremos.

Llego a mi piso y me doy una larga ducha antes de bajar a buscar a Emma.

Al bajar a su piso la encuentro leyendo un libro, tirada en la cama de espaldas, sin parar de mover los pies.

—Cinco minutos y soy toda tuya —me dice sin alzar la mirada. Voy hacia ella y me siento a su lado para ojear lo que está leyendo. En el libro se cuenta como el protagonista, arrepentido, va a buscar a la chica y le dice que la quiere y todo ese rollo de remordimientos. Por supuesto, ella se tira a sus brazos y... fin. No se cuenta nunca qué pasa después de estar

juntos. Casarse no da la felicidad, solo problemas que hay que solucionar en pareja, y que, si no lo haces bien, en vez de unirte te separan irremediabilmente.

—Y si Orlando regresara y te diera una buena razón para haberte humillado, ¿le perdonarías?

Emma cierra el libro y me mira.

—¿Por qué me preguntas eso?

—Ayer noté que no le eras indiferente.

—Yo también noté algo raro. —Se sienta a mi lado—. No sé qué haría, lo que sí sé es que, cuando tomó la decisión de alejarme de él, sabía que podía perderme. Cuando amas a alguien de verdad, la distancia no te separa, pero cuando simplemente lo quieres, es la lejanía la que te hace darte cuenta de que lo que sentías ya no es suficiente.

—¿Y a ti qué te ha pasado?

—¿Lo preguntas porque te mueres por mí y no soportas verme con otro? —bromea y se sienta sobre mí, poniendo una pierna a cada lado mío. Pongo mis manos en su cintura.

—No, sabes que solo me interesas como amiga, y para pasar el rato.

—Tan frío como siempre, querido Caleb. —Sonríe, me relajo—. No lo sé. Solo sé que anoche sentí mucha rabia al verle.

—Algo normal. —Emma se mueve entre mis brazos. Por su sonrisa sé lo que se propone.

—Y ahora sé que te deseo.

Sus ojos se nublan por la pasión. Supongo que son un reflejo de los míos, ya que desde que la vi tirada en la cama me imaginé recorriendo cada centímetro de su cuerpo sin dejar nada por explorar.

—Aquí me tienes.

—Y tú a mí —dice antes de besarme.

Su sabor es adictivo y me hace desear más y más. Me encanta cómo me besa, como si en mi boca encontrara el aire que le falta para respirar. O como si, en vez de un beso más, fuera el miedo de que sea el último.

Disfruto del beso y de este instante robado a la cordura.

Tiro de su sudadera y sonrío cuando descubro que no hay nada bajo esta, salvo unas braguitas de color azul marino. La alzo con mis manos hasta que sus pezones quedan a un suspiro de mis labios, y sin demora me los meto en la boca, degustando estas frutas prohibidas.

Los lamo disfrutando con su sabor y suavidad. Con lo duros que se ponen cuando mis dientes los rozan. Emma se mueve como si estuviera dentro de ella.

Estoy ardiendo.

Emma tira de mi camiseta blanca y me separo para quitármela. Luego tira de mis pantalones de chándal y me los quita junto a mi ropa interior y la suya. Ahora es ella quien busca la protección. Se arrodilla ante mí. Me mira pícaro.

—Quiero probarte, Caleb —dice con la voz ligeramente ronca por el deseo.

—¡Joder, Emma! —Casi me corro de pensarlo. Lidia odiaba hacerlo y nunca la obligué.

—¿Puedo?

—Solo si yo puedo hacer lo mismo.

—Claro, pero otro día. Hoy me toca a mí.

Lo primero que noto es su aliento. Luego sus dedos recorriéndome entero, sin prisa. Me mira un instante con ojos febriles antes de acercarse y poner un beso donde reluce esa perla brillante que evidencia mi deseo por esta mujer.

Me sujeto a la sábana y me cuesta mucho no ceder y dejarme ir.

Su lengua me prueba, me degusta antes de comerme por completo.

—¡Joder! —Se ríe y su risa me acaricia.

Su boca me hace el amor hasta que no puedo más y la alzo para que pare. Cojo el preservativo y me lo pongo antes de colocarla sobre mí. Noto la entrada a su sexo. Empieza a bajar, la presión me hace cerrar los ojos. No tardo mucho en estar por completo dentro de ella. Abro los ojos y me pierdo en su mirada. Me veo en ella y por primera vez mi reflejo no me causa repulsión. En su mirada todo se ve diferente.

Entro y salgo de ella notando como sus músculos se contraen en torno a mi miembro.

Emma me abraza antes de besarme.

Hago lo mismo, como si en vez de amigos fuéramos dos personas que se aman y no pueden estar lejos la una de la otra.

Noto que está cerca y llevo mi mano a su sexo, buscando su clítoris. Se lo acaricio hasta que estalla entre mis brazos, arrastrándome a mí hasta dejarme ir sin control dentro de ella.

Me tiro a la cama con ella encima. Se hace un ovillo a mi lado. Estamos exhaustos.

—Sigo queriendo ver la serie..., cuando descansa un poco —me dice antes de darme un beso y ponerse cómoda para dormir.

No vemos serie ni hacemos nada. Nos quedamos en la cama descansando. Ninguno hace amago por volver a la vida lejos de aquí.

CAPÍTULO 21

EMMA

Me cuesta centrarme en el trabajo tras lo sucedido con Caleb este fin de semana. Tratarlo como si no hubiera pasado nada. Como si solo fuera mi jefe. Me cuesta tanto que, cuando lo tengo delante y estamos solos, no lo hago. Entre los dos aquí ya no somos solo jefe y empleada.

Es muy raro todo esto. Darse cuenta en un instante de que deseas a tu amigo y quedarte desconcertada al no ser capaz de saber desde cuándo. De no saber en qué momento dejaste de llorar y empezaste a desear vivir de nuevo con fuerza.

Queda una hora para que acabe mi jornada de trabajo. He quedado con Gwen para comer.

—Buenos días. —Alzo la vista y me encuentro con una mujer demasiado maquillada y con una cara de acelga amarga que no me da buena espina.

—¿En qué puedo ayudarla?

—Quiero ver al señor Montgomery, mi exmarido —lo dice orgullosa.

—No puede atenderla.

Escribo a Caleb por el ordenador, ignorándola, y le digo por el chat de la empresa que está aquí Lidia y que le acabo de dar largas.

—Claro que puede. No pienso irme de aquí sin hablar con él.

Va hacia la puerta. Salgo de detrás de mi mesa y la freno. La puerta se abre y Caleb sale a ver a su exmujer.

—No te esperaba. Pasa. —Lo miro sin comprender ni entender por qué quiere verla—. Puede irse a casa, señorita Brown.

Me molesta que me diga eso, y más que se encierre con su ex, esa a la que jura odiar. Nada de esto tiene sentido.

Regreso a mi sitio y recojo cabreada. En ese momento me llega un mensaje:

Quiero verte ahora. Ya sabes dónde te espero.

CALEB

—No esperaba que, tras saber que es tu hijo, te fuera tan indiferente todo.

—Sinceramente, no creo que sea mi hijo. No creo que haya alguien tan retorcido para hacer algo así... —Tira algo sobre mi mesa: es un mechón de pelo—. ¿Qué es esto?

—Un mechón de pelo del niño. Haz una prueba de paternidad. —Me quedo pálido—. Siempre hay que tener un plan B, Caleb. Y sé que por ese niño harás lo que te pida. No he corrido riesgos. Llámame cuando te digan que eres su padre y te digo qué quiero a cambio de darte a tu hijo.

Se marcha. Me quedo paralizado viendo el mechón de pelo, sabiendo que si me lo ha dado es porque no tiene dudas de que es mi hijo. De que robó mi semen para hacer esto. Para tener un plan B.

Me siento violado. De ser esto cierto, no quiero creerlo, porque no sé cómo podría vivir con ese peso tan grande sobre mis hombros.

Cojo el mechón de pelo y pienso qué hacer, sobre todo teniendo en cuenta cómo es la desgraciada de mi ex y que, si ha llegado tan lejos, seguramente ha pensado en todo. Hasta en hacer desaparecer al niño si no atiende a sus peticiones.

EMMA

Llego a casa de Gwen mosqueada, pensando en qué podría querer la ex de Caleb y por qué este no parecía sorprendido al verla. Era como si la esperara. Y, bueno, también enfadada por cómo se ha deshecho de mí, dejando claro que no quería que yo pudiera saber qué hablaba con ella, por si la conversación se filtraba entre las paredes.

Gwen me abre y tras hacerlo sale corriendo hacia la cocina.

—¡Se me quema la comida! —la sigo hasta allí.

Aparta del fuego lo que parece un revuelto. Lo sirve en un plato y nos sentamos a comer, ya que solo faltaba eso en la mesa por servir.

—No tienes buena cara —me dice tras empezar la comida.

—Estoy cansada.

—Espero que no tanto como para no contarme qué tal la fiesta del sábado.

Me cuesta un mundo no sonrojarme, no recordar cómo acabó la noche. Me centro en mi enfado con Caleb por lo de hoy y, solo por eso,

consigo que mi gesto al hablar de él sea el de siempre.

—Lo mismo de siempre. Nada nuevo. Lo único positivo fue que Caleb me dejó hablar de la empresa con total libertad y puedo asegurar que algunos tratos se cerraron por mí.

Se ríe por mi forma de decirlo.

—Caleb es un gran tipo y últimamente está... diferente.

—Yo lo veo igual —miento, porque yo también he notado que sonrío más—. Es un cascarrabias.

—Uno muy adorable.

—Dudo que a tu cuñado le guste escuchar que piensas eso de él. ¿Y tú cómo estás?

—Bien... —Noto pesar en su mirada—. Logan se quiere ir a un viaje para investigar algo y ayudar a unos compañeros desde la distancia. Quiere que Caleb le acompañe y su padre vuelva al mando unas semanas. Ya te habrás dado cuenta de que Caleb es muy observador.

—Cuando quiere.

—Sí. A veces es mejor vivir una mentira que tomar decisiones que no estás preparado para tomar.

—¿Y cuándo es el viaje?

—Esta semana, no sé cuándo. Logan iba a ir a hablarlo con Caleb ahora.

—No sé si Caleb podrá dejar el trabajo...

—Si sabe que su padre se queda, lo hará.

Asiento como si no me importara, como si la idea de que Caleb se vaya no me dejara trastocada. Me quedo con Gwen hasta que le toca ir a abrir la tienda. Pienso en irme a mi casa, pero al final me voy a dar un paseo por la playa.

No sé cuánto tiempo ha pasado cuando me suena el móvil. Lo saco del bolso y veo que es Caleb.

—¿Dónde estás?

—¿Ahora sí quieres saber de mí?

—¿Y cuándo no he querido saber?

—Esta mañana me has echado del trabajo.

—Te he dado una hora libre, que te voy a pagar, si eso te preocupa.

—No es eso...

—No tengo tiempo para tonterías, Emma. ¿Puedes venir cuando te dé la gana a mi casa?

—Me lo pensaré.

Cuelga. Parecía de verdad agobiado y me pregunto si es por el viaje. Por dejarlo todo listo, por el tiempo que esté fuera, aunque conociéndolo seguro que donde vaya no deja de trabajar a distancia y su padre solo tendrá que seguir sus órdenes.

Regreso a su piso presa de la curiosidad. Toco a la puerta y me abre descalzo y con la camisa por fuera. No parece él.

Entro y lo miro a los ojos. Y siento dolor por lo que transmite su mirada.

—¿Estás bien? ¿Qué te ha hecho esa zorra? —Su mirada se endurece.

—Ya te lo contaré, pero no ahora, que me tengo que marchar.

—Entonces, ¿te vas con Logan?

—Es eso o dejar que ese idiota siga obsesionado con este caso. No puede dejar que quede ni uno solo de los que han formado parte de esa banda que destrozó nuestra vida. Y menos ahora que va a nacer su hijo. Sé que tiene miedo de que le hagan daño.

—Lo entiendo, y tiene suerte de tenerte. Juntos sois más fuertes. Y ahora dime para qué me necesitas, porque dudo que me hayas llamado porque quieras verme o para decirme que me vas a echar de menos.

—¿Acaso lo harás tú?

—Por supuesto que no. No eres tan bueno en la cama ni tengo tiempo para tonterías como pensar en ti. —Se la devuelvo por lo que me dijo antes.

Asiente y se va hacia su despacho sin replicarme. Que no me diga que aún le quedan días para demostrarme lo contrario o alguna cosa así me molesta. Era lo que esperaba. Está claro que Caleb tiene la cabeza muy lejos de nosotros. Como yo, claro.

—En este tiempo que esté fuera te va a llegar un sobre que va dirigido a ti, pero que es para mí. Lo sabrás porque será azul. No lo abras y no permitas que nadie lo haga. Es importante para mí que lo que contiene nadie lo sepa y yo sea el primero en verlo.

—¿Y no puedo saber de qué se trata?

—No ahora, necesito tiempo para pensar y me marcho mañana...

—¿Mañana? —Asiente—. Gwen dijo que era esta semana, no que fuera ya.

—Al decirle a Logan que sí, no ha querido retrasarlo, para así poder volver cuanto antes. Trabajarás para mi padre.

—Aunque supongo que tú no te quedarás quieto y me darás órdenes desde donde estés.

—Se las daré a mi padre y él a ti.

Su frialdad me deja helada. No hay sonrisa en sus ojos. Ha vuelto a ser el Caleb del principio.

—Si no requiere nada más... —le digo a propósito para dejarle claro que ahora mismo hablo con mi jefe y no con el hombre con el que me acosté. O «acostaba», visto lo visto.

—No, nada más —sé que se ha dado cuenta de por qué le he hablado así; y que le dé igual me enfurece.

—Genial. Te desearía que disfrutaras, pero tú no sabes lo que es eso. Así que adiós. Yo me iré de fiesta con los mellizos, le he encontrado el gusto a eso de dejarse llevar por la pasión...

—No va a funcionar, Emma. No te voy a suplicar que me esperes o que no te vayas con otro. No somos nada, salvo amigos. Y tarde o temprano pasará que nos veamos acostándonos con otras personas. Tenía que llegar.

Me duele tanto que noto el escozor de las lágrimas.

—Mejor pronto que tarde. —Abro la puerta y la cierro al pasar, sin dar el portazo que seguro espera. Porque así le hago creer que no me duele nada el hecho de que yo no le importe un poquito.

No debería molestarme. Yo hace poco estaba pensando en casarme con otro hombre. Esta no es la vida que planifiqué. Tengo muchas complicaciones. No necesito una más. No necesito sentir nada por Caleb.

Porque sé que, de hacerlo, nunca lo tendré.

Me lo ha dejado claro muchas veces con su sinceridad aplastante, esa que en ocasiones duele.

CAPÍTULO 22

CALEB

Borro el mensaje que pensaba enviar a Emma. Uno de tantos que no le he mandado, donde le preguntaba algo tan simple como si estaba bien.

No dejo de ver su mirada dolida y sus ojos brillar por el deseo de que le dijera que no me gustaba imaginarla con otro. La verdad es que la idea de que esté con otro me enfurece. El problema es que ahora mismo no soy la mejor compañía.

Estoy peor que nunca. Solo deseo trabajar y no hablar con nadie.

Llevamos un mes fuera. Logan sí ha vuelto a casa, yo solo he viajado por temas de trabajo, y no a casa. Mi padre lo lleva todo muy bien y yo puedo trabajar a distancia.

Dudo que encontremos lo que desea Logan, porque no he visto nada raro en los informes de la policía. Ni he visto a ningún policía en las comisarías que hemos visitado que parezca estar metido en la banda del Gato. Pero sí creo que algo se nos escapa. Que todo esto no ha acabado. Por eso sigo a su lado hasta que decida regresar y seguir la investigación desde casa.

Ya ha llegado el esperado sobre; me informaron de ello hace días. Me da miedo lo que pueda contener y me aterra también que cuando tenga las pruebas deberé enfrentarme a mi ex. Ella sabe lo que yo deseaba ese niño. Puede ser capaz de pedirme cualquier cosa.

Aunque yo tampoco me voy a quedar de brazos cruzados. Voy a tener cuidado y me voy a mover con cabeza, pero no voy a dejar que esa desgraciada me utilice más. Solo espero jugar mis cartas de la mejor manera para que ese niño no sufra.

Estoy borrando lo que he escrito cuando Emma me escribe:

Emma: He perdido la cuenta de las veces que me sale que me estás escribiendo y no me dices nada. ¿Tanto te cuesta decirme hola? Aún no he mordido a nadie. Pensé que ante todo éramos amigos. Me he cansado de esperar.

Caleb: Supongo que he quedado como un idiota.

Emma: Como siempre que abres la boca. Pero, tranquilo, estoy vacunada contra tus tonterías. ¿Qué tal estás? Ya tengo el sobre misterioso.

Caleb: Estoy bien. ¿Sigue cerrado?

Emma: Claro que sigue cerrado, cumplo lo que prometo.

Caleb: Cuando vuelva te lo contaré.

Emma: No sé si creérmelo, cuando has pasado de mí todo este tiempo y te ha dado igual cómo he estado. Ahora mismo me debato entre mis deseos de saber de ti y mi necesidad de mandarte a la mierda con estilo.

Caleb: Supongo que lo sabré cuando acabe la conversación.

Emma: Por supuesto, ya lo sabrás. ¿Qué tal tu día a día lejos de aquí? Yo genial, anoche me fui de fiesta con los mellizos..., lo pasé muy bien.

Sonrío porque una vez más trata de sacarme que no soportaría verla con otro. Que lo haga me relaja, porque me confirma que no ha estado con nadie y que, como yo, sigue pensando en ese deseo que nos consume a los dos cuando estamos juntos.

Decido ser sincero. No quiero estropearlo otra vez con ella y la he echado terriblemente de menos:

Caleb: En verdad puede que sí me molestaría que te liaras con otro. Pero solo un poco...

Emma: ¿Por qué tienes que poner ese «puede» y repetir lo de «solo un poco»? ¿Tanto te cuesta admitir que no puedes vivir sin mí?

Sonrío divertido. Ella, sin saberlo, no para de robarme sonrisas que la vida me había silenciado.

Caleb: Si has estado con alguien lo entendería, pero lo detestaría. ¿Mejor así?

Emma: Mucho mejor, y tranquilo, no ha habido nadie. ¿Y por tu parte? Lo entendería y eso...

Caleb: No he estado con nadie, si es eso lo que te preocupa.

Emma: No me preocupa para nada. Ni un poquito.

Caleb: Vaya, entonces tendré que salir esta noche...

Emma: O mejor te quedas en donde sea que estés y piensas en regresar. Lo digo por tu empresa. La gente va a creer que no te importan.

Caleb: Seguramente regrese pronto.

Emma: Mejor, así no se te dispersan los empleados.

Me río por su forma de decirme que me echa de menos y de sacarme que voy a regresar pronto.

Caleb: ¿Dónde estás?

Emma: Voy de camino a comprar la mejor tarta de zanahoria que he probado en mi vida, después de la de Gwen, pero en su pastelería solo la tienen de vez en cuando.

Caleb: No la he probado, lo haré a la vuelta.

Emma: Te compré un trozo de la de Gwen y te portaste como siempre, y no te la di.

Caleb: Vaya. Espero que cuando nos volvamos a ver me invites a esa tarta tan famosa que dices.

Lo lee y no responde, y eso en ella es raro. Tan extraño que cuando pasan diez minutos estoy de lo más inquieto. Logan entra en el piso que compartimos y me ve ir de un lado a otro.

—¿Te pasa algo?

—Siento que a Emma le ha pasado algo.

—¿Eres brujo y no lo sabía?

—No seas idiota, estaba hablando con ella por WhatsApp y ha dejado de responder. Ella no es así, siempre le gusta decir la última palabra y replicarme.

—Se puede haber quedado sin batería.

—Sí, el problema es que ella también tiene la costumbre de informarme si ve que eso va a pasar, para que no piense que me deja de hablar sin motivo.

—La conoces bien.

—Sí, por eso sé que no es normal. Tienes que llamar a Armando, iba a comprar un trozo de tarta cerca de su casa. No puede ser en otro lugar que en la pastelería La Abuelita. He escuchado que hace las mejores tartas de zanahoria y *red velvet*.

—Menos cuando nosotros la ponemos como tarta del día, sí. Voy a llamarlo.

Lo llama. No dejo de mirar el móvil. Tengo un mal presentimiento.

—Va a ir hacia la pastelería a la que seguramente habrá ido Emma. Seguro que está allí con el móvil, haciéndote sufrir por haber pasado de ella todo este mes.

—Tú qué sabrás.

—Lo sé porque cuando hablas con ella no tienes ese gesto de perdonavidas. Ella te relaja, y este mes tu gesto ha ido en aumento cada día que pasaba. Yo también veo cosas.

—Solo somos amigos. No voy a jugar a las casitas con ella ni a formar una familia. Ya lo intenté una vez y no funcionó.

—Porque no era la adecuada. Sinceramente, creo que siempre supiste que ese matrimonio sería así, y lo querías para así regodearte en la pena de que no estamos hechos para ser felices. Lo sé porque yo estaba con Fani por eso. —Le suena el móvil justo cuando lo iba a mandar a la mierda—. ¿Estás seguro?... Vale, infórmanos de todo. Vamos para allí.

Que Logan le responda eso a Armando no pinta bien.

—¿Qué le ha pasado?

—No lo sabe, ha encontrado su bolso tirado en el suelo y el móvil roto por la caída no muy lejos, cerca del bosquecillo que hay antes de llegar a

la pastelería. Va a ir a buscarla. Ha pedido refuerzos.

Recojo las llaves del coche. Logan me las quita dejando claro que no me va a dejar conducir en este estado. Estamos a dos horas de casa. Solo espero que se sepa algo positivo antes de llegar.

CAPÍTULO 23

EMMA

Me arrastra por esta arboleda espesa llena de matorrales. Noto como las ramas secas me penetran las medias y me cortan. Me asaltó cuando pensaba decirle a Caleb que aceptaría nuestra cita de amigos encantada. Aunque en verdad pensaba invitarlo yo. Estaba tan absorta en nuestra conversación y tan feliz de que todo fuera como antes que no vi venir el golpe que me dio este animal de casi dos metros en la cabeza, haciendo que el móvil se me cayera al suelo junto a mi bolso.

Aún aturdida, me arrastró al bosquecillo. Empecé a gritar hasta que sacó una pistola y me apuntó con ella. Desde entonces estoy estudiando cuál es el mejor momento para soltarme de su agarre y marcharme corriendo. Tal vez solo tenga una oportunidad, y quiero hacerlo bien.

—Ya estamos casi llegando. —Alzo la vista y veo una furgoneta plateada.

Mierda, no puedo esperar más.

—Vaya mierda de furgoneta. Si es tuya, tienes un gusto pésimo.

—Cállate.

—No pienso hacerlo. Espero que huela bien, o me dará por vomitar y ponerte todo perdido. Aunque, claro, llevando una pistola te dará igual dispararme y que todo se quede manchado de sangre.

—Cállate.

—No lo voy a hacer, tendrás que taparme la boca, y aun así dudo que lo haga. —Se detiene y coge el pañuelo rojo que he visto que tiene guardado en el bolsillo tras meter su pistola en él para poder amordazarme sin que le moleste en la mano.

Se acerca para taparme la boca. Le dejo que se aproxime... y le arreo un cabezazo en toda la nariz, notando como se rompe.

—¡Serás zorra! —Se lleva la mano a la nariz, que le ha empezado a sangrar y sé que le dolerá mucho.

Eso me dijo mi profesor de defensa personal. Le doy una fuerte patada en sus partes, como me han enseñado en las clases, que lo tira de rodillas al suelo. Del golpe, que no se esperaba, se le cae la pistola del

bolsillo. No lo me lo pienso dos veces y la cojo para evitar que me dispare en mi huida. Corro con ella en la mano como si quemara. Le escucho gritarme y seguirme a duras penas.

He tenido suerte de que saliera bien mi plan. A este desgraciado le habían mandado que me llevara a algún sitio. Lo sé porque se notaba que no era más que un matón que recibía órdenes de alguien. Ahora me inquieta de quién, y si esa persona está detrás de las amenazas que no he dejado de recibir y que empiezo a no tomarme a broma.

Me choco con alguien y, sin mirar, alzo el arma.

—Suéltame o te disparo.

—Dudo que pudieras hacerlo con el seguro puesto. —Reconozco la voz de Armando y me echo a sus brazos temblando—. Pequeña, ¿qué te han hecho?

—Me estaba siguiendo. —Me separo sabiendo que irá tras él.

No me suelta, pero sí da órdenes a un par de agentes que andaban cerca y a los que no había visto hasta ahora.

—Vamos a que te vea un médico.

—Estoy bien.

—Me quedará más tranquilo cuando lo diga él.

Me acompaña a urgencias y el médico le dice lo que yo ya sabía, que no tengo nada salvo unos rasguños. Armando me lleva luego a la comisaría, donde me devuelve mi bolso y mi móvil roto. Pienso si pedir un teléfono para avisar a Caleb. No lo hago, porque dudo que esté intranquilo; seguro que está trabajando o liado con lo de Logan.

—¿Por qué no nos dijiste lo de los anónimos, Emma? —me dice Armando. Uno de sus compañeros me está tomando declaración.

—Pensaba que no eran más que tonterías para asustarme y no les quería dar el gusto.

—Si tienes alguna de esas notas, me gustaría analizarla.

—Las he tirado todas... Bueno, esta mañana me llegó una y la tiré a la papelera que hay bajo mi mesa. No sé si la señora de la limpieza habrá pasado ya por mi planta. Suele ser siempre la última que limpian debido a que Caleb se pasa media vida allí y no quieren molestarlo.

Lllaman al padre de Caleb y este les dice que se hará cargo de todo. Me siguen haciendo preguntas y les digo todo lo que sé. No vi la matrícula de la furgoneta, pero sí me fijé en el golpe que tenía sobre la rueda, con pintura roja. Como si se hubiera chocado con un coche de ese color.

—Gracias, señorita, y cualquier cosa, nos lo dice. No olvide que ha estado a punto de ser secuestrada.

Me levanto y siento que me falta el aire. Que necesito salir de aquí. Yo no pedí esta vida e ignoro por qué me acosan cuando mis padres ya están pagando por sus propios pecados en la cárcel. Nada de esto tiene sentido.

Ando hacia la salida sin mirar por dónde voy, necesitando el aire como el vivir. Tanto es así que al salir me choco con alguien. No alzo la vista hasta que mis fosas nasales aspiran ese aroma que tan bien reconozco.

—Caleb. —Lo miro sin creerme que sea él de verdad.

«Es él, aunque no lo parece», pienso cuando me abraza él a mí primero, sin que yo dé el paso de acunarme entre sus brazos. Tiembla, y sé que es por el miedo que ha pasado ante lo que me ha sucedido.

—Estoy bien.

—No lo creo. Estás blanca como un puñetero papel. —Me río sobre su pecho y lo abrazo fuerte.

—No quiero interrumpir —dice la madre de Caleb—, pero queremos saber si Emma está bien y llevamos un rato esperando a ver si os soltáis.

Me separo un poco de Caleb y veo no muy lejos a toda su familia. Me pongo roja como un tomate. Caleb se separa, pero no aparta su mano de mi cintura.

—¿Cómo estás, niña? —me dice Esme angustiada.

—Bien, mi padre me apuntó de niña a clases de defensa personal. Siempre he sabido defenderme, y tengo la cabeza muy dura.

—Sea como sea, ya no te vamos a dejar sola... —dice Esme—. Y esta noche, si no te quedas con Caleb, te vienes a casa.

—Tenemos mucho que hablar... —dice Caleb.

—Ya, claro, ahora se le llama hablar... —le interrumpe Drew, que me separa de Caleb para abrazarme.

—Como sea, ahora venís todos a casa hasta que Emma tenga asignado a su guardaespaldas.

—No necesito un guardaespaldas —le respondo a Esme muy seria—. De verdad, solo quiero estar en mi casa un momento sola. Os agradezco todo esto..., pero necesito... —noto que me falta el aire—, necesito aire...

Caleb me sujeta antes de que me desmaye y escucho antes de perderme en esta negrura cómo regaña a su familia por atosigarme.

CAPÍTULO 24

CALEB

Observo a Emma dormir. El médico le aconsejó descansar tras el ataque de ansiedad que le dio. Lleva desde entonces dormida. La traje a mi casa y, como ya imaginaba, nadie puso pegas. En mi familia se piensan que soy tonto y no me doy cuenta de que tratan de liarme con Emma. Los dejo hacer, porque así nos dejan en paz mientras creen que actuando de esa manera nos unen más.

Emma abre los ojos y se levanta desorientada. Veo en su mirada el miedo, hasta que me ve. Sonríe como si fuera ella la que debiera tranquilizarme y no al revés.

—Tu cama es muy cómoda —dice tirándose sobre los almohadones de nuevo.

Voy hacia ella con un vaso de agua.

—¿Por qué no me dijiste lo de los anónimos?

—Qué raro que hayas esperado a que me levantara y no me hayas despertado para preguntarme... —Coge el agua que tengo en la mano y le da un largo trago—. Gracias, y no te lo dije porque me parecieron tonterías. Hasta ahora no me han hecho nada. Y han tenido ocasiones. Que ahora me ataquen es raro.

—Lo es, sí. Daremos con el cabrón que ha mandado hacer esto. Mientras tanto no estarás nunca sola. —A Emma la recorre un escalofrío. Su respiración se acelera—. ¿Qué tienes en contra de los guardaespaldas?

—Que te privan de libertad. ¿Te parece poco?

—Te cuidan, Emma. Han estado a punto de secuestrarte, quién sabe para qué. Si quieres seguir con tu vida y no estar encerrada hasta que demos con el que quiere tu secuestro, no hay otra forma de hacerlo.

—Lo sé, pero eso no hace que lo deteste menos.

—¿Tuviste una mala experiencia?

—Pues sí... Mi padre no era querido por todos y tuvo problemas con un hombre, y antes de que me preguntes su nombre, por si fuera él quien va tras de mí, te adelanto que está en la cárcel desde hace años; lo sé

porque mi padre contrató a un buen detective privado..., a Orlando, y lo pudieron detener. Así fue como lo conocí.

—Que se sepa, Orlando solo es el jefe de una empresa de electrodomésticos.

—Sí..., pero su abuelo era detective privado y Orlando, cuando puede, ejerce también de detective. Ser jefe es, aparte de su herencia, su tapadera.

—Qué buen partido entonces.

—No le cuentes a nadie esto. Te lo he dicho porque sé que no pararías hasta atar cabos.

—Y haciendo ese trabajo para tu padre, se enamoró de ti.

—Bueno, eso dice, igual yo también era su tapadera para poder seguir pareciendo el rico empresario.

—Seguramente —le digo sin más.

—Sea como sea, ya da igual. Y me gustaría saber por qué me atacan ahora y tratan de hacerme daño de repente...

Caigo en algo a lo que he dado varias vueltas y voy hacia mi despacho. Emma viene detrás casi corriendo para poder seguirme. Me pongo ante el ordenador. Ella se sienta en mis piernas y le paso una mano por la cintura, acariciando su piel bajo la camiseta. Me da igual tener que valerme con una mano.

—¿Qué buscas?

—Nunca me cuadró del todo que se te cayeran los archivadores. Los he mirado varias veces tras tu caída y no es nada fácil que se vuelquen. Nunca se me ocurrió mirar las cámaras de seguridad porque hasta ahora pensaba que no había otra explicación aparte de que fuese un accidente desafortunado. No sabía lo de los anónimos, ni que te habían atacado. — Busco la grabación de ese día y esa hora. Paso un poco y ambos contenemos la respiración cuando vemos entrar a un hombre todo vestido de negro. No se le ve la cara, pero está claro qué hace ahí.

Sigo la imagen por las diferentes cámaras y se ve como espera a Emma, que no tarda en entrar. Se sube a la escalera que usamos para llegar a los archivadores más altos... y empuja la estantería de forma que parezca que ha sido ella. No se va hasta que el edificio está cerrado. Busco la imagen para saber desde cuándo está dentro de la empresa. No lo podemos saber. Sale del ascensor, donde no hay cámaras, ya con esa ropa, y evita mirar hacia las cámaras que se va encontrando, para que no se le vea la cara, y hasta esa cámara hay cientos de empleados que entran y salen por el ascensor, ya que aprovechó una de las horas de descanso,

donde hay más trasiego de trabajadores de un lado a otro del edificio. Me apuesto cualquier cosa a que en la mesa de Emma hay un micro y, aunque la he mandado a los archivadores muchas otras veces, buscó el instante perfecto para pasar desapercibido. Pudo ser cualquiera, o cualquiera de los clientes.

Hago una copia de las imágenes y se las mando al policía que lleva el caso, que es amigo de Logan y Armando.

—¿Y por qué no habían vuelto a atacarme desde entonces? No tiene sentido. —Emma se frota los brazos como si tuviera frío.

—Eso es lo que desconocemos. Pero te juro que pienso averiguarlo. Ahora será mejor que sigas durmiendo.

—Acuéstate conmigo —me pide buscando mi mirada—. Te he echado de menos. No quiero pensar en todo esto ahora... Solo quiero...

—¿Qué quieres, Emma?

—¿Puedes hacerme el amor como si fuera cierto?

—¿Por qué?

—Porque esta noche más que nunca necesito sentir que alguien me quiere, aunque sea mentira.

No le digo que sí. No hace falta. La cojo en brazos y la llevo a mi cama. Le quito la ropa con calma y hago lo mismo con la mía. La beso y la acaricio por todo el cuerpo. Le hago el amor como si fuera la mujer que más quiero. Me adentro en ella sin prisas. Disfrutando del placer de volver a estar con ella. Entro y salgo de su cuerpo, torturándome, hasta que juntos estallamos presos del placer.

La abrazo contra mi pecho y nos tapo, noto como se va quedando dormida y, mientras el sueño me atrapa, me pregunto si de verdad he fingido que le hacía el amor o se lo he hecho de verdad.

CAPÍTULO 25

EMMA

A primera hora de la mañana Caleb me presenta a mi guardaespaldas. Creo que sabe que tengo intención de ir a trabajar. Es viernes y no me voy a quedar en casa descansando. Estoy perfectamente. Por suerte todo quedó en un susto.

Voy a mi casa a darme una ducha. Antes el guardaespaldas lo examina todo y, como ya imaginaba, no se marcha de mi piso. Se queda en el salón mientras me ducho.

No soporto esto, me siento encarcelada.

Me recuerda a lo mal que lo pasé en la universidad siendo la rara, la que tenía siempre a alguien tras ella. Nadie se me quería acercar. Ni mucho menos invitarme a una fiesta o estar cerca de mí si iba a una.

Yo era una adolescente que deseaba vivir en libertad y experimentar lo que era ser una más. Cuando fui libre me costó, pero al final tuve unos instantes de felicidad. Odio tener que pasar por esto otra vez. Aunque prefiero aguantarlo que ser secuestrada o algo peor...

Voy al trabajo seguida de mi guardaespaldas, que, aunque le digo que puede caminar a mi lado, no lo hace. Se queda detrás, dejando claro que va a ser mi sombra, no mi amigo.

Al llegar al trabajo, unos ni siquiera me miran, a la espera de que me detengan, y otros se acercan y se interesan por mi estado. La noticia ha saltado a los medios y no dejan de poner imágenes mías de cuando estuve en la comisaría y tras ser rescatada. De hecho, no tengo muy lejos a la prensa y sé que me han estado grabando mientras venía. Mi abrazo con Caleb se vio de pasada. Eso no les interesa. Solo quieren el morbo de que alguien haya intentado secuestrarme.

Algunos programas hacen sus hipótesis. Lo he estado ojeando un poco por encima mientras me cambiaba. Llego a mi puesto algo saturada. Antes de sentarme, como ya suponía, mi guardaespaldas lo revisa todo como le han ordenado.

Caleb sale cuando está revisando el teléfono fijo por dentro.

Se acerca a mí y, aunque no hace amago de abrazarme, ni yo lo espero en el trabajo, su presencia me calma, y más cuando me acaricia la mano con disimulo.

—¿Cómo estás?

—Bien. Tengo ganas de trabajar.

—Lo imaginaba.

—¿Por eso no me dices que debería estar en la cama y todas esas cosas?

—Sí, porque te conozco y sé que no lo harás, así que no me apetece perder el tiempo tratando de convencerte.

—Aquí hay un micro. —Caleb se pone tenso y va hacia donde le indica el guardaespaldas.

—Voy a llamar a la policía. Emma, hoy trabajas desde la mesa que hay en mi despacho. Lo han estado revisando desde primera hora y no hay nada sospechoso.

—¿Y por qué no has revisado el mío primero, que es a quien atacan?

—¿La verdad? —Asiento—. Porque ibas a trabajar ahí de todos modos. He dicho que esperaba que volvieras al trabajo, no que dejara que te quedas aquí sola. Podrías desmayarte de nuevo.

—Tengo una sombra que no me deja sola.

—Ya..., pero me fío más de mí mismo.

No puedo negar que me gusta que quiera tenerme cerca. Entramos en su despacho y empezamos a trabajar. Cuando el detective que lleva mi caso llega, Caleb sale a hablar con él sobre el micro. Está claro que quien lo puso estaba esperando cómo hacerme daño y usó el hecho de que fuera a la sala de los archivadores para atacar. No soy tan tonta como para no darme cuenta de que quien va tras de mí trabaja aquí. El detective nos informa de que no han encontrado nada en la nota que cogieron de la papelera.

Estoy a punto de acabar mi jornada de trabajo cuando tocan a la puerta. Caleb ha salido un momento. Estoy sola y digo que pasen.

Espero a ver de quién se trata; no es la primera persona que he recibido aquí. Mi guardaespaldas está en mi puesto de trabajo, fuera, y ha estado haciendo de secretario, cogiendo el teléfono y pasándome las llamadas, o diciendo a las personas dónde encontrarme.

La puerta se abre y me quedo petrificada al ver a Orlando pasar por ella.

—Emma... —Por un momento parece el de siempre, hasta que recuerda dónde está y se queda quieto—. Tengo que hablar contigo...,

necesito explicarte cosas. —No se acerca, solo deja una tarjeta en una mesa que hay cerca—. Por favor, te espero allí cuando salgas de trabajar. Puede venir tu guardaespaldas, me alegro de que lo tengas.

Se marcha. Todo ha sido tan raro que me acerco a por la tarjeta. No queda lejos de aquí, es un hotel tranquilo a las afueras. La puerta se abre de nuevo y entra Caleb.

—¿Acabo de ver a tu ex entrar en los ascensores?

—Sí, quiere hablar conmigo en cuanto acabe. Parecía triste.

—Igual quiere volver contigo —lo dice con una frialdad que me deja helada. Y creo que se refleja en mis ojos, por cómo me mira—. No estamos juntos, Emma. Si quieres volver con tu ex, me preocuparé por ti como amigo, pero es tu decisión.

—No espero que me digas que me amas, Caleb, pero...

—Solo es sexo, Emma, que no me guste que te acuestes con otros mientras lo mantenemos no nos hace tener una relación. —Le doy una bofetada. Por idiota y porque me duele mucho su frialdad.

Me ha hecho daño, mucho, y me hace ser consciente de lo mucho que empieza a importarme este hombre. Aunque no quiera. Aunque quiera creer que solo es sexo, para mí ha dejado de serlo en algún punto de esta historia.

—Si no te importa, me marchó ya. Tengo ganas de saber qué quiere mi ex.

Solo asiente y no dice nada mientras recojo mis cosas. Tal vez porque sabe que, si abre su boca, solo estropearía las cosas.

Mi querida sombra me lleva al lugar indicado y me sigue hasta el restaurante. Orlando sonrío al verme y nos informa de que ha pedido un reservado. Antes de entrar, mi guardaespaldas lo revisa todo. Lo llamaría por su nombre, pero ni siquiera me lo ha dicho, no quiere que confraternicemos. Es tan meticuloso como frío. Me pone de los nervios.

—Todo está en orden —nos informa, y se queda en la puerta del reservado por si lo necesitara.

Entro y Orlando cierra la puerta. Se me hace raro estar de nuevo a solas con él. Al mirarlo lo veo como siempre; sé que una parte de mí siempre será suya, pero que esa parte ya no es la más importante.

—Lo siento, Emma..., no te imaginas cuánto me dolió tener que alejarme de ti.

—Se nota, por tu futura prometida y eso. Y por tratarme como si fuera una mierda... —La rabia vuelve a instalarse en mí al recordarlo—.

No puedo perdonarte. Solo he venido a escucharte porque siento curiosidad.

—Tan curiosa como siempre.

—Yo no he cambiado...

—Lo has hecho, Emma, aunque no te des cuenta. Sentémonos a comer. —Me separa la silla de la mesa, como hacía siempre. Me siento y le doy las gracias—. Gracias por venir, de todos modos. No podría estar más alejado de ti... Y saber que tienes a alguien que te cuida y que la gente piensa que estás a su lado, me ha hecho decidirme a venir... O, bueno, los celos.

—Ya, claro, ahora estás celoso por lo mío con Caleb. No me lo creo...

—Emma, me alejé de ti porque me amenazaron con matarte si no lo hacía.

Me quedo si palabras. Petrificada, y por sus ojos sé que dice la verdad.

Esto no lo esperaba.

CAPÍTULO 26

CALEB

—¿Quién crees que puede ser? ¿Caleb? —Me vuelvo a mirar a mi hermano—. Pareces distraído.

—Estoy bien. Y no tengo ni idea de quién puede ser.

Estamos en mi despacho revisando los currículums de todos mis empleados. Logan, Armando y yo. Viendo quiénes podrían tener algo que ver con el Gato, o con Emma, porque hayan vivido en su ciudad. Sabemos que es como buscar una aguja en un pajar.

No dejo de ver la mirada de dolor de Emma tras mis desafortunadas palabras. Fueron dichas por los celos, por la rabia de que ese idiota esté de vuelta. No soy tan tonto como para no ver que quiere algo de ella. Tal vez venderle la moto de que quiere volver a su lado; y, si soy sincero, la idea de que se marche con él me enfurece. Me desconcierta sentir esto. Saber que Emma no me es tan indiferente y que ni aun así me atrevo a pedirle nada más por miedo a que todo se vaya a la mierda.

Sé que ni siquiera le voy a pedir perdón, y me dolió más su mirada triste que la bofetada.

—¿Dejamos esto para luego? —me dice mi hermano.

—No, vamos a seguir —le respondo—. Quiero dar con quien esté detrás cuanto antes.

Los mellizos se suman a la búsqueda en cuanto acaban el trabajo y ayudan a investigar quién podría ser. Miro el reloj inquieto, sabiendo que Emma está con él y temiendo qué puede ser lo que me cuente cuando la vuelva a ver.

EMMA

Me cuesta asimilar lo que me ha confesado Orlando. Lo miro atónita.

—Sabes que por mi trabajo me he ganado muchos enemigos. —Asiento—. Pues uno de ellos me dijo que me iba a quitar lo que más quería. Y ahí entraste tú. Me empecé a alejar de ti para ver si así te dejaba en paz y buscaba otro objetivo. Si pensaba que no me importabas tal vez

te dejaría tranquila. Quería que creyera que me casaba contigo por tener una tapadera y no porque te quisiera.

—Por eso cancelaste la boda. —Asiente—. ¿Y por qué no me lo dijiste?

—Porque tú hubieras dicho que no te importaba y no te hubieras alejado de mí. Solo te marchaste porque creíste que me dabas igual, Emma. Te conozco, eres muy cabezota y un poco temeraria. Por lo que he investigado, te han llegado anónimos, y ni eso te ha hecho cambiar tu forma de vida.

—¿Tienes gente que te informa en la comisaría? —Asiente.

—Tengo amigos en todos lados. Ya lo sabes.

—Lo sé..., todo esto es difícil de asumir.

—No he estado lejos de ti, Emma. Si Gwen no te hubiera acogido, habría encontrado la forma de cuidarte.

—Tenías que haberme dicho la verdad. Te he odiado de la misma forma que un día te quise.

—Hablas en pasado —dice con tristeza—. Sabía que esto podía pasar, que me olvidarás, o que llegara otro. Y no sabes cómo me dolió verte besándote con Caleb. Pero peor sería que te hicieran algo...

Aparta la mirada afectado. Cojo su mano.

—¿Y tu prometida?

—Ella sí es una tapadera. Sabe lo de mi trabajo y ha aceptado hacerse pasar por mi futura esposa para hacerme ese favor.

—Por lo que intuyo, le da igual traicionarme como amiga. —No me contradice—. Orlando, no sé qué decir, ni qué siento por ti. Ni nada. Ni qué siento por Caleb. —No le engaño, no serviría de nada.

—Lo entiendo, Emma, y me gustaría contarle esto a él, y al detective que lleva tu caso. Quiero ayudar a que pillen al que va a por ti, y quizá sea la persona que me ha estado amenazando.

—Si quieres podemos ir ahora.

—Mejor después de comer. Al menos, por una vez más, en esta comida sé solo mía.

Acepto.

Me pregunta cómo me ha ido todo. Le hablo de mi trabajo. Todo parece como antes..., o casi todo. Ya no siento esas mariposas ni lo miro como si lo fuera todo para mí. Ya no ansío sus besos ni me muero por sus brazos. De hecho, en toda la comida no dejo de pensar en Caleb. Y eso me hace sentir culpable. Sé que Orlando esperaba que lo nuestro fuera tan fuerte que, aunque la posibilidad de perderme existiera, no acabara

siendo así. Me duele que esto haya pasado. Me siento una falsa, porque el tiempo ha demostrado que no lo quería tanto como le decía. Que mi «para siempre» se me ha escapado de las manos.

Llamo a Logan para decirle que Orlando quiere hablar con ellos. Sé que le sorprende que no llame a Caleb.

—Su exprometido quiere hablar con nosotros —le dice Logan a Caleb.

—Pueden venir a mi despacho cuando quieran —escucho la voz de Caleb, es dura.

—No tardaremos en ir.

Me despido de Logan y le informo a Orlando de dónde nos esperan. Nos tomamos el postre y recogemos nuestras cosas para irnos.

—Emma —me vuelvo a mirar a Orlando. Está muy cerca. Acaricia mi mejilla como siempre—, te he extrañado tanto...

Me abraza. Todo es igual. Su perfume. La manera en la que encajo entre sus brazos. Todo..., salvo lo que yo siento. Ahora solo encuentro alivio en otro sitio. Y lo triste es que creo que es incluso más de lo que sentí jamás con Orlando.

¿Cómo podía jurarle amor eterno, creer que sería el padre de mis hijos y que una persona de un plumazo haya destruido todas mis creencias?

¿Eran sinceros mis «te quiero»? ¿Y cómo saber si cuando dices que amarás a alguien para siempre será cierto?

Me siento triste por no poder ser la que era ante Orlando. Por ser la causante del dolor de su mirada.

* * *

Llegamos a la empresa de Caleb. Hemos venido en el coche de Orlando, con mi querida sombra en el asiento trasero. Eso sí, antes lo ha inspeccionado todo.

Toco la puerta y entro tras Orlando cuando nos dan paso. Me fijo en Caleb, que está cerca, y le tiende la mano a mi ex. Se me hace raro este momento y sé que para Orlando no debe de ser fácil; aun así, se la tiende ocultando lo mucho que le duele.

En el despacho están Drew, Logan y su padre junto a Armando.

—Os pido que esto no salga de aquí; de ello depende la seguridad de Emma.

—Si quieres redactamos un documento de confidencialidad —dice Caleb, que se acaba de apoyar en la mesa tan frío como siempre.

—Confío en la palabra que me dan —le dice Orlando, demostrando más clase que Caleb. Nos sentamos alrededor de la mesa alargada que tiene Caleb para las reuniones en el despacho y Orlando les cuenta todo, y les da datos sobre quién es la persona que le amenazó.

—Lo tengo vigilado por uno de mis hombres y he pagado lo que me pidió para evitar que Emma sufriera. Aun así, no lo descarto, es ahora mismo el único sospechoso.

—Creemos que quien atacó a Emma tiene a alguien infiltrado en mi empresa. Tal vez tú puedas identificarlo.

Caleb le tiende una gran carpeta con los datos de sus empleados. Orlando los revisa uno a uno y veo en él al detective que es. No he estado mucho a su lado cuando ha investigado, pero sí lo suficiente para saber que es un profesional.

—Este me suena. —Señala a uno de los cámaras. Le pide a Caleb un ordenador y se pone a trabajar—. Sí, este ha sido investigado por nosotros. Se vende al mejor postor por dinero. Nunca hemos encontrado pruebas que lo acusen. Seguramente ya no esté aquí después del ataque de Emma. Siempre huye cuando las cosas se ponen feas.

—Yo lo conozco —dice Drew—. Voy a ir a su casa usando la empresa como excusa a ver si estuviera.

Caleb asiente y Logan se marcha con él, por mucho que su hermano pequeño proteste. Siguen hablando Caleb y Orlando como si fueran muy buenos amigos. Cansada de esto, les digo que me marchó. Ninguno de los dos me hace ni puñetero caso. O eso creo, hasta que Orlando me sigue y me detiene antes de entrar al ascensor.

—Me voy a quedar, Emma. No quiero estar lejos ahora que corres peligro. Lo entiendes, ¿verdad?

—Si es lo que quieres...

—Lo que quiero es salir de esta pesadilla donde para poder protegerte te estoy perdiendo. Nunca he odiado mi trabajo tanto como ahora mismo. Si solo hubiera sido empresario, ahora mismo seguramente estaríamos casados...; no voy a rendirme y tampoco voy a meterme en lo que tú decidas.

Asiento. Orlando se queda con ganas de darme un beso, lo veo en sus ojos. Entro en el ascensor, una vez más encontrándome fatal por no sentir lo mismo.

CAPÍTULO 27

EMMA

Llego a mi casa cansada y agobiada. Al entrar veo a Gwen y a Wendy.

—Te estábamos esperando —me dice Gwen—. Wendy me dijo que Orlando había vuelto y pensamos que necesitarías tarde de chicas.

—Yo lo que necesito, aparte de eso, es un trago de algo fuerte.

—A eso me apunto —dice Wendy—. Lo siento, Gwen.

—No os preocupéis, yo sigo asaltando tu despensa y disfrutando de tu chocolate. —Veo en la mesita del comedor varios envoltorios de bombones.

—Espero que no te moleste que estemos en tu casa —me dice Wendy—. Gwen aún conserva las llaves del ático, y queríamos estar cuando llegaras.

—No os preocupéis, me ha gustado. Y lo necesitaba.

Wendy sube a casa de su hermano por la escalerilla y al poco baja con una botella de las que guarda Caleb en su mueble bar.

—Mi padre siempre dice que este ron es de los mejores. Tendremos que probarlo.

—No sé si a tu hermano le hará gracia —dice Gwen.

—Seguro que sí —dice sonriente Wendy.

Abrimos la botella y nos echamos un dedo, para probarlo, en unos vasos sencillos de cocina que seguro que desentonan con lo que cuesta una botella de este ron.

Le doy un trago y he de admitir que está muy bueno. Enseguida me pongo otro. Hoy lo necesito más que nunca.

—Bueno, y ¿qué tal con Orlando? ¿Vas a volver con ese idiota? —me pregunta Wendy—. Drew me ha dicho que parecía arrepentido y que no dejaba de mirarte como si se le fuera la vida en cada suspiro que está sin ti.

—Tu hermano es un poco exagerado —le respondo. Wendy se ríe.

—Drew también me ha contado que lo hizo para protegerte.

—¿Y aun así lo llamas idiota? —le dice su cuñada.

—Sí, no me cae bien, por mucho que sea un caballero y todo eso.

—Será mejor que os cuente mi versión. —Asienten, y eso hago—. La verdad es que no esperaba algo así —les digo cuando ya les he contado lo que me ha dicho Orlando hoy.

—¿Y qué sientes ahora por él? —me pregunta Gwen.

—No siento lo mismo. Y me duele, porque él sí. Me siento una falsa por decirle tantas veces que lo quería para toda la vida y por creer que sería así y que ahora todo se haya quedado en nada.

—No pienses eso —me dice Gwen—. También es cierto que tú dejaste de quererlo porque lo odiabas y te dolió lo que te hizo. Y cuando le decías «te quiero» era de verdad. Que ahora sea diferente no cambia esos sentimientos.

—Me duele verlo triste y ser yo la culpable —les admito—. Y más porque hizo todo esto por mí...

—Lo hizo porque su trabajo es peligroso y se expone a estas cosas —puntualiza Wendy—. Él sabía que esto podría pasar. Si te he de ser sincera, ahora me cae un poco mejor.

—Eso es por todo lo que hemos bebido ya —le digo chocando mi vaso con el suyo antes de dar un trago.

—Aunque me cae mejor Caleb y, además, ya estoy cansada de hacerme la tonta y no preguntarte qué sientes por mi hermano ahora que os acostáis juntos. —Tiro el contenido de la copa sobre la mesa.

—¡Wendy! Se suponía que íbamos a mantenernos al margen.

—Ya sé que mi madre piensa que así se juntarán, pero estoy cansada de hacer como si no supiéramos nada.

Las miro atónita sin dar crédito a lo que dicen de que todos saben que hay algo entre Caleb y yo, y que además parece que lo tenían todo estudiado.

—Y ¿qué?, ¿has dejado de sentir por Orlando porque te atrae mi hermano?

Miro a mis amigas, que están a la espera de una respuesta.

—Caleb no quiere nada con nadie. No siente nada que no sea una pequeña amistad por mí, y le da igual si vuelvo con Orlando. Tendríais que haberles visto, parecían amigos.

—Lo hacían porque estaban preocupados por tu seguridad —apunta Gwen—. Y no creo que Caleb no sienta nada por nadie. Creo que siente demasiado cuando ama y le da miedo dejarse llevar y que todo le salga mal.

—Bueno, pero así es la vida —les digo antes de dar un trago largo a mi bebida—. No sé si lo quiero o qué. Solo sé que al mirar a Orlando no

podía dejar de pensar en Caleb.

—Es mi hermano, y sé que es complicado y a veces dan ganas de estrujarlo hasta que exprese lo que siente. Porque sentir, siente, y mucho, por todo el mundo. Mi madre me contó que de niño era muy cariñoso. Que adoraba a su padre y lo quería mucho. Su padre aniquiló todo eso. Es complicado vivir después de que la persona a la que quieres y que jura quererte trate de matarte. Y más si es tu padre.

—Lo sé. Es complicado.

—Mucho. Solo te pediría que, si te gusta, luches por él; y que, si es para darle celos a Orlando, que mejor te alejes. Caleb puede que no exprese lo que siente por ti, pero eso no quiere decir que no lo sienta —me dice Wendy—. Y te ha contado lo que pasó con su padre —dice con una sonrisa, pues me ha sacado que lo sé sin darme cuenta—. Caleb nunca había hablado de esto con nadie. Algo le debes de importar.

—Solo es sexo —le digo sin más. Por cómo agrandan los ojos, no esperaban mi respuesta—. No haber preguntado.

Gwen se ríe. Wendy se pone roja.

—No me creo que solo sea eso —dice Gwen—. Pero, hasta que lo descubráis, a nadie le amarga un dulce. Y más si es tan bueno en la cama como su hermano Logan.

—¡Que estáis hablando de mis hermanos! —Gwen y yo nos reímos—. Esto es lo malo de que tus amigas estén liadas con tus hermanos, que escuchas cosas que no deberías.

—No seas exagerada. Seguro que Drew ya te ha contado las suficientes cosas de sus líos como para que estés inmunizada —le dice su cuñada.

—Eso es cierto. Drew se piensa que me interesa todo lo que hace. Esto de ser mellizos a veces es un rollo. Pero bueno, esta noche es noche de chicas. ¿Cena y luego baile en el *pub*?

—Me apunto —le digo ya con el puntillo de la bebida.

—Yo también, alguien tendrá que vigilaros —dice Gwen con una sonrisa.

Lo que me recuerda a mi guardaespaldas, que tras examinar la casa se ha quedado fuera, cerca de la puerta, por si lo necesitara. Al menos en mi piso me deja intimidad, si no es estrictamente necesario tenerlo dentro por algún motivo.

* * *

Me lo estoy pasando realmente bien. Tal vez se deba a la gran ingesta de chupitos que llevo. Por una noche no quiero pensar en nada. Wendy y yo estamos bailando en la pista. O más bien yo tiro de ella. No le gusta mucho bailar delante de la gente; creo que solo me ha seguido por el empujón que le ha dado lo que ha bebido.

No he sabido nada de Caleb desde esta tarde. Del que sí he sabido algo es de Orlando, que me ha dicho dónde se va a alojar, por si necesitara algo. Se me hace raro tenerlo cerca, y una parte de mí quiere ir a verlo y que todo sea como siempre. Era mi puerto seguro. La otra parte sabe que todo ha cambiado y que no servirá de nada.

—Tu guardaespaldas es muy seco —me dice Wendy mirando a mi querida sombra.

—Demasiado —lo saludo y ni se inmuta. Me entra la risa—. Es como un mueble.

—Más bien como un armario. Menudos músculos. —Wendy se ríe—. Creo que llevo demasiados años sin nadie.

—Eso es porque no olvidas a Lucas. Y es normal, es muy guapo.

—Es tonto. Con esa sonrisa perfecta y sus ojos azul verdoso..., no lo soporto. Ahora le ha dado por saludarme todos los días.

—¡Dios! ¡Cómo se le ocurre saludar a la recepcionista de su lugar de trabajo!

—Ja, ja. Me saluda con una sonrisa.

—Ahora sí me he perdido... Es amable, Wendy.

—Yo no le respondo con sonrisas, se lo digo con frialdad, y eso parece que le gusta, porque al día siguiente me saluda más enérgicamente. Me pone de los nervios.

—Ya, claro, será eso, y no que te molesta que tenga novia...

—No me gusta tanto.

—Mejor entonces.

—Pues sí. ¿Vamos a por otra copa?

—¡Me apunto!

Me vuelvo para ir hacia la barra cuando me choco con alguien que me sujeta por los hombros. Me separo, no me deja, alzo la vista y me encuentro con la mirada preocupada de Caleb.

Me recorre un escalofrío y noto como mi corazón da un vuelco ante su presencia.

—¿No creéis que habéis bebido suficiente las dos? —nos dice mirando a una y a otra.

—No —le responde Wendy riéndose, y se va hacia la barra.

Yo me quedo en la pista de baile con él. No sé qué hace aquí, y me molesta que mi corazón no pare de latir como un loco y apreciar lo guapo que está con esa ropa informal.

—¿Qué haces aquí? —Miro hacia la mesa donde estábamos y veo a Logan con su mujer—. O, bueno, ya lo sé. Logan te ha pedido que le acompañes y tú has aceptado como buen hermano que eres. Estamos perfectamente.

—Logan me ha dicho que venía a tomar algo aquí, que Gwen le había dicho que se pasara, y yo me he apuntado.

—Me extraña. Tú eres un soso.

—Soy muchas cosas, sí. —Lo miro a la espera de algo más.

—¿Qué haces aquí, Caleb? Quiero la verdad.

—La verdad es que no dejo de ver tu mirada dolida por lo que te dije esta mañana.

—Nada que no sientas. No te preocupes, estoy vacunada contra ti, ya lo sabes.

—Emma... —Lo miro a los ojos esperando que diga algo más. Estamos muy cerca para poder oírnos. Mis labios ansían su boca y me muero por abrazarlo.

Lo aparto de mí.

—Me voy a por otra copa. —No doy ni dos pasos antes de que Caleb me sujete.

Se acerca a mi oído.

—No me gusta pensar que puedes volver con él —admite al fin—, pero lo aceptaré, y tampoco quiero nada más, Emma. Esa es la verdad.

—¿Por qué?

—Porque solo se estropearía todo. Ya no creo en las relaciones. No te puedo dar más de lo que hay entre los dos. —Noto dolor en su voz.

Me vuelvo a mirarlo. Sus ojos verdes parecen más tristes que nunca. Alzo la mano y acaricio su mejilla.

—¿Quién te ha dicho que quiera poner etiquetas? Pero recuerda, Caleb, las etiquetas no estropean las cosas, son las personas. Y ahora, baila conmigo.

—Yo no bailo.

—Pero yo sí. —Bailo para él. Me muevo como si no estuviera quieto. Pongo sus manos en mi cintura para que note mis movimientos.

—¿No quieres que sigamos esto en mi casa?

—No, esta noche voy a dormir sola. Estoy demasiado borracha y no sabría lo que hago. —Sonríe, y lo beso aquí, ante todos. Caleb no se niega; no parece importarle que los demás nos vean así—. Ves, no sé lo que hago. Acabo de besarte ante todos.

—¿Y te importa?

—No, eres tú el de las etiquetas.

Nos vamos donde están sus hermanos y bebemos la última con ellos. Ninguno se extraña cuando nos vamos juntos. Aunque, sabiendo que están planeando unirnos y que todos se lo imaginaban, no me extraña. No sabía que eran tan cotillas.

No acabo durmiendo en la cama de Caleb, sino que él se queda conmigo, alegando que no me quiere dejar sola en este estado.

Me abraza y, antes de dormirme, ahora que la razón me abandonó en la primera copa, mi corazón no puede evitar gritar en silencio que amo a este hombre de ojos tristes, un corazón que está deseando latir de nuevo por amor.

CAPÍTULO 28

CALEB

—Me duele mucho la cabeza —me dice Emma remolona entre mis brazos.

—A eso se le llama resaca. —Se ríe y luego se queja del dolor de cabeza.

—Te robamos una botella de ron. Estaba muy rico.

—Sí, por cómo os fue la noche, debía de estar muy bueno... —Se ríe y se alza.

Me besa en los labios con lentitud. Se separa y apoya sus brazos en mi pecho para poner la cabeza sobre ellos. Aparto un mechón rubio de su cara y le pregunto lo que tanto me atormenta.

—Te quiere. ¿Tú no?

—¿Te importa? —Me prueba, aunque sé, por su mirada sonriente, que sabe que sí.

—Un poco. —Se ríe.

—Vamos mejorando. —Me acaricia la mejilla, donde ya me crece una barba incipiente—. Quise quererlo como siempre. Sentir lo mismo, y más al saber la verdad, pero solo sentí dolor, porque nada era lo mismo. Y también me hizo preguntarme si mis «te quiero» eran falsos...

—No lo creo. Yo le dije pocas veces a Lidia que la quería... Bueno, siendo sincero, nunca se lo dije, pero creía quererla. Pensaba que soportaba todo eso porque estaba enamorado de ella. O al menos de quien era cuando la conocí.

—Y ahora, ¿qué piensas?

—Que sabía que lo mío con ella iría mal y por eso me aferraba a ella. Me pasaba como a Logan, tenía miedo de amar a alguien de verdad y perder.

—¿Y lo sigues teniendo?

—Puede que un poco. —Se alza y me besa—. Y esto me recuerda algo, aunque reconozco que no puedo dejar de pensar en ello. ¿Dónde tienes el sobre?

Sale de la cama y va hacia el armario. Se ha tomado en serio lo de esconderlo y está dentro de una caja envuelto por una manta.

—No hacía falta tanto secretismo.

—Me ha costado no caer en la tentación de abrirlo, la verdad.

Me lo tiende y siento que me quema entre las manos. Si he retrasado esto ha sido por miedo a lo que supondría que fuera que sí. No por criar a ese niño, porque no pienso dejarlo con Lidia, sino por tener que aceptar que mi intimidad ha sido violada. Que se ha abusado de mí.

—Creo que te debo contar qué hay detrás de este sobre.

—Solo si quieres, Caleb, he visto en tus ojos que te duele mucho lo que pueda contener...

—Es una prueba de paternidad —le digo sin paños calientes, una vez más olvidando que tengo que ser menos bruto.

—Ahora sí necesito que me lo cuentes todo.

—Lidia, como sabes, me hizo creer que estaba en estado. —Asiente—. Yo descubrí su engaño y pagué un dinero a la madre del niño para que ese pequeño estuviera bien cuidado y no le faltara nada. Y cada mes desde que nació le he pasado una cantidad para sus gastos. No podía desentenderme del que podría haber sido mi hijo.

—Te entiendo, y dice mucho de ti.

—No me hagas un santo, aún no.

—Vale, puedes seguir y ya decidiré yo lo que pienso de ti.

—El caso es que no quería ver más a ese niño, más allá de conocerlo cuando nació. Pero Lidia me estuvo escribiendo para que fuera a visitarlo, que me iba a sorprender. Al final fui a la casa donde se suponía que estaba viviendo el pequeño con su madre, pero no fue a esa mujer a quien me encontré allí; en su lugar estaba mi exmujer con el niño. La madre del pequeño, tal y como tenía pensado hacer, se fue con el dinero y le dejó el niño a Lidia. Me habían contado una historia de que ella no quería al niño, porque sus padres no la apoyaban económicamente y no tenía ayuda de nadie con el pequeño, y todo era mentira, por lo que me dijo Lidia.

—Qué triste, pobre niño.

—Sí, no me dejé tocarlo, solo mirarlo, para que viera el parecido que tenía conmigo; y se reía mientras me insistía para que buscara fotos de cuando yo era pequeño. Ya viste que lo hice, y ese niño es un calco mío o de Logan. Fuera como fuese, se notaba que ese pequeño bien podría ser mi hijo.

—Tú solo te acostaste con Lidia... ¿Qué hizo esa zorra?

—Al parecer drogarme, para dejarme sin sentido, robar mi esperma y que así ese niño fuera mío. O al menos a esa conclusión he llegado. Ya era malo cuando ella me dijo que estaba en estado tras acostarnos un día que me emborrachó. Yo no recordaba nada y me sentía como si me hubiera quitado mi capacidad de decidir si quería o no algo con ella. Lo que resulta raro, porque sabes que no me sube mucho el alcohol, pero lo dejé estar. Deseaba mucho tener ese niño, por eso no le di más vueltas. Al destapar todas sus mentiras y ante el hecho de que ahora el niño pueda ser mío, solo queda por pensar eso, que violó mi intimidad de alguna manera, cuando yo no era consciente, para satisfacer sus propios deseos. A saber si esa mujer no se acostó conmigo mientras no tenía poder de decisión...

—Eso es una violación —dice temblando.

—Sí, de ser mi hijo. Y lo más triste es que creo a Lidia capaz. Fingió quererme para que me casara con ella. No tiene escrúpulos ni moral.

—Por eso estás tardando en abrir el sobre..., y no digo solo ahora.

—Sí, y lo peor es que me siento un desgraciado, porque mientras yo tardo en asimilar toda esta mierda, un niño está en manos de esa mujer. Y si es mi hijo...

—Caleb —se sienta sobre mí con una pierna a cada lado—, no sé qué haría en tu lugar... Saber que fuiste privado de tu capacidad de decisión y violado no es algo fácil de digerir. —Se le escapa una lágrima que recojo entre mis dedos.

—Estoy hecho de tantos pedazos que no sé si podré recomponerlos todos para ser el hombre que merece amarte —le digo sincero por primera vez en mi vida. Nuevas lágrimas caen por su mejilla y las atrapo sabiendo que, de poder, yo también transformaría mi dolor en agua salada.

—Pues entonces déjame amar cada pedacito de ti y acabar uniéndolos.

No le digo nada; ahora mismo no me salen las palabras. Me pierdo en sus ojos dorados y trato de reunir la fuerza necesaria para abrir este sobre. Emma lo nota y pone mi mano sobre la suya antes de llevarla al cierre. Lo rompemos juntos. Saca los papeles y los lee.

Yo no puedo hacer lo mismo; se me cruzan las letras, preso de la ansiedad y del miedo.

—Caleb —me dice Emma posando su mano en mi mejilla—, no es tu hijo.

Siento alivio, sabiendo que, de haberlo sido, no sé si podría haber soportado esa vejación, si ese dolor me hubiera permitido un día amar a alguien. «Amarla a ella», pienso al mirar a Emma a los ojos.

Me fijo en que parece contrariada y cojo los papeles. No es mi hijo, pero sí compartimos sangre.

—Es mi hermano —le digo incrédulo—. No me puedo creer que haya sido capaz de pedirle algo así a mi padre.

—Has dicho que es rastrera. Y esto lo demuestra, pero también que es muy tonta, pues ella creía que iba a salir que compartís sangre y que por eso daría positivo en la prueba de paternidad. ¿Tu ex no se ha informado de algo tan básico?

—Seguramente sí, pero me conoce, Emma. Y conoce a mi familia. Nunca abandonamos a ningún Montgomery. De tonta no tiene un pelo, te lo aseguro. Lidia ha conseguido lo que quería, hacerme daño con la idea de ser violado y ahora que negocie un precio por ese pequeño. Que no sea mi hijo solo cambia que yo no me hunda más en el fango, no que no luche por mi hermano.

—¿Y ahora qué?

—Ahora toca ser más listos que ella.

—Con poco le ganamos. Te perdió... —me dice pasando sus brazos por mi cuello—. Y eso demuestra su grado de inteligencia.

Sonrío pese a todo. Y, si soy sincero, lo hago con felicidad. Ahora mismo no querría estar en otro lugar, y me aterra que ella un día descubra que sigue amando a su ex. Por eso no me decido a reconocer lo mucho que me importa. Por eso no quiero dar nombre a lo nuestro.

CAPÍTULO 29

EMMA

Como ya suponía Caleb, ninguno de su familia quiere desentenderse del pequeño. Logan, que va a ser padre pronto, entra en cólera por lo rastrera que ha sido Lidia y por que haya llegado tan lejos. Hemos estado investigando y tuvo varios encuentros en la cárcel con el padre de Logan y Caleb. No sabemos qué acordaron, pero tras estos encuentros fue a verlo varias veces la mujer que luego se quedaría en estado del falso hijo de Caleb. Luego hemos sabido que al parecer era una joven prostituta a la que Lidia pagó.

Hemos empezado a tirar del hilo y todo ha salido.

Lidia ha hecho todo de un modo muy rebuscado, pero así se garantizaba un buen seguro...

Si algo he escuchado en las reuniones de la familia Montgomery a las que he acudido es que son capaces de todo por ese niño. Lidia puede pedirles lo que quiera.

Es triste usar a un niño para eso. Yo no dejo de pensar en ese pequeño, solo, sin nadie que lo quiera. Tal vez nadie se preocupe de darle todos los abrazos que necesita. Gwen está muy sensible con el tema y cuando hablamos del niño se le llenan los ojos de lágrimas y se lleva las manos a la tripa.

Caleb dice que van a tratar de ser más listos, pero yo no veo cómo, si están pillados.

Espero que lo solucionen pronto.

Solo ha pasado un día desde que supimos todo esto. Después de abrir el sobre nos duchamos y fuimos a casa de los padres de Caleb tras llamar previamente a Logan para que estuviera allí con Gwen. Debería haberme sentido fuera de lugar hablando de temas de la familia Montgomery, pero no fue así. Sentía que mi lugar era estar al lado de Caleb.

Ahora está en su despacho, junto con su padre y sus hermanos, esperando a Lidia. La han citado a la hora de la comida.

La espero en mi puesto y Caleb me ha dicho que me vaya cuando llegue, que luego me lo contará todo. No quiero hacerlo, pero entiendo

que esto es algo que deben decidir en familia.

Escucho el ascensor abrirse en mi planta. Miro hacia donde está y veo salir a Lidia seguida de un hombre muy alto y robusto que se nota que es su guardaespaldas. Camina con la seguridad de saber que tiene el mundo a sus pies. Me cuesta encontrar qué vio Caleb en ella o cuánto debió fingir en la universidad para que pareciera ser algo más que una cara bonita.

—Tengo cita con el señor Montgomery. —No me dice su nombre, da por hecho que lo sé de la otra vez.

Descuelgo el teléfono y marco la extensión de Caleb.

—¿Sí?

—La zorra está aquí —le digo sonriente. Lidia no se inmuta, lo que me hace pensar que está acostumbrada a que la llamen por ese nombre. Yo, por mi parte, he tenido mi pequeño triunfo.

—Dile que pase, y puedes irte, luego te veo en mi casa.

—Como quieras. —Cuelgo y la miro, al tiempo que se abren de nuevo las puertas del ascensor—. El señor Montgomery la espera.

—¿No me acompañas?

—No, me consta que te sabes el camino muy bien, y puede que te hagas la tonta, pero las dos sabemos que no lo eres.

Se ríe.

—Nunca pensé que Caleb me cambiaría por una traficante de drogas que está claro que acabará en la cárcel junto a sus padres. —La miro enrabiada—. Yo seré una zorra, pero al menos no pesa sobre mi conciencia la muerte por sobredosis de nadie, como seguro que ha pasado con la droga que han financiado tus padres. Y ahora sí me marchó. Adiós, bonita.

La miro enfadada y no se me ocurre nada que decirle. Es mala. Muy mala. Caleb lo tiene jodido.

La puerta del despacho de Caleb se abre y aparece él mismo. Mira detrás de mí y saluda a alguien. No tiene buena cara y pienso que es por Lidia, hasta que me vuelvo, veo a Orlando y me pregunto si siente una pizca de celos.

—No le hagas caso. Es mala. Siempre lo he sabido —me dice Orlando refiriéndose a Lidia.

—No sabía que la conocías —le respondo.

—Por mi trabajo de detective me he tenido que mover en muchos círculos sociales. Y todo se sabe en este mundillo. —Asiento—. He venido a invitarte a comer. ¿Te apetece?

—Claro —le digo que sí porque me sigo sintiendo tremendamente culpable por no sentir nada.

No puedo hacer otra cosa. Y tal vez no lo ame, pero sí lo quiero como amigo.

Vamos a un restaurante cercano seguidos de mi sombra, que se sienta no muy lejos de nosotros. La tele está puesta y, por la hora que es, están dando los informativos y, cómo no, hablan de los avances que están teniendo con la banda del Gato y toda la gente que estaba metida en este negocio de la droga. Hay muchos ricos que han aportado fondos a la causa o que están involucrados en esto.

Recuerdo las palabras de Lidia y me enfurece que esa desgraciada tenga razón.

—No le hagas caso, tú no tenías la culpa de lo que hayan hecho tus padres. —Orlando, atento, coge mi mano sobre la mesa y me la acaricia—. Cuando me enteré de todo lo que pasó con tus padres iba a ir a verte, pero me mandaron fotos tuyas en tu casa, afectada, y me dijeron que siempre andaban cerca de ti, que era un buen momento para dejarte marchar y así salvarte la vida...; no sabes las pesadillas que he tenido al recordar tu cara de dolor y cómo tuve que despreciarte de esa manera. Estaba deseando que todo acabara y poder contarte la verdad.

—¿Y cuándo va a acabar?

—Estoy casi seguro de que está muy metido en la banda del Gato. Que financia con sus fondos su causa... Lo estoy investigando, Emma. Y cuando lo tenga iré a la policía y pagará por todo.

—¿Y no me puedes decir quién es?

—No, pero lo conoces. Solo te puedo decir eso.

—¿Y que tú estés aquí no me pone en peligro?

—Cree que estás con Caleb tras tu aparición pública con él y el beso que os disteis. —Aparta la mirada—. No solo lo vi yo.

—Lo siento...

—No es tu culpa, Emma. Ni tampoco que te estés enamorando de él —dice con tristeza.

Se me hace un nudo en la garganta.

—Voy al aseo.

Asiente y me marcho, no sabiendo cómo lidiar con su dolor y con la culpa que siento por no haber seguido amándole a él. Va a ser difícil tenerlo como amigo, y me pregunto si es posible cuando existe amor por parte de uno de los dos.

Tal vez pida un imposible.

CALEB

Me centro en Lidia, olvidando que Emma, tal y como me ha informado su guardaespaldas por un mensaje, se ha ido a comer con su ex.

Lidia está sentada ante nosotros. Llevamos un rato mirándonos sin decir nada. Ella lleva una carpeta que lanza sobre la mesa, delante de mí.

—Es el parte médico del pequeño, para que veáis que lo estoy cuidando bien. Ese niño vale mucho dinero.

—No es mi hijo. —Se ríe.

—No, pero es un Montgomery y vosotros nunca dejáis atrás a uno de los vuestros. Menos aún a un niño...

—¿Cómo puedes ser tan zorra? —le dice Wendy.

—Una hace lo necesario para sobrevivir.

—Pero no a costa de un niño inocente —le dice Drew.

—Hay personas que contratan vientres de alquiler. Yo no he hecho nada ilegal. Le di a vuestro padre mucho dinero para poder comprar en esa mugrosa cárcel y además el placer de acostarse con una mujer guapa. No veo qué hay de malo. —En sus ojos veo el triunfo, lo que me confirma que ella ya sabía que saldría que yo era el hermano de ese pequeño.

—Dinos qué quieres y acabemos con esto —le digo—. Cuanto antes esté ese niño lejos de ti, mejor.

—Lo que quiero es muy sencillo de dar, y más con todos vosotros aquí.

—¿Y es? —le dice Logan cuando Lidia se calla para añadir más dramatismo a su petición.

—La mitad de las acciones de esta empresa. Os dejo la mayoría, del cincuenta y uno por ciento, pero el resto quiero que sea mío.

—¡No me puedo creer que pidas algo así! —le dice Wendy.

—Yo sí —le digo—. De ti me creo ya cualquier cosa. La respuesta es no.

—Piensa en el niño. No va a haber otra petición. Quiero eso y punto. La mitad de esta empresa tenía que ser mía, por ser tu mujer. Por si todo salía mal y no creías que era tu hijo, tenía que tener un plan B, y no pienso pensarme otra propuesta. —Se levanta—. Os dejo que le deis una vuelta. Es eso o lo dejo en un centro de acogida. Solo he estado

cuidándolo porque me podía generar dinero; si no lo queréis, me desharé de ese estorbo de niño. Y sé que me creéis muy capaz de hacerlo.

Se marcha seguida de su guardaespaldas, que nos mira a todos de forma amenazadora. La puerta se cierra y Wendy estalla.

—¡No podemos dejar que ese niño sea criado por otros! ¡Es nuestro hermano pequeño! —Tiene los ojos grises llenos de lágrimas. Drew la abraza por detrás.

—Cálmate, Wen, todo saldrá bien.

—Pues no sé cómo —le responde a su mellizo y me mira—. Dime que tienes un plan.

—Tengo un plan.

—¿Cuál?

—Ya lo sabrás.

—No sé por qué me lo ocultáis. Me da que lo sabéis todos menos yo —se enfada Wendy.

—Solo lo saben Logan y Caleb —dice nuestro padre—. Y es por miedo a que se filtre. Cuanta menos gente lo sepa, mejor, hija.

—Tenemos que recuperar a ese niño. Nadie se mete con un Montgomery —dice Wendy con firmeza.

Se van todos menos Logan.

—¿Crees que saldrá bien? —me pregunta inquieto.

—Eso espero. Si no, le daremos lo que pide.

—Sí, estoy deseando que esto acabe. No soporto sentir que ese niño está sufriendo.

—Te entiendo. Ese niño iba a ser mi hijo..., yo lo quería. Lo quiero, aunque no es mi hijo, pero es nuestro hermano pequeño.

—Sí. A nuestra edad, un hermano... —Sonríe—. Va a llevarse poco con su sobrina.

Miro a Logan.

—¿Una niña? —Asiente—. ¿Y cuándo nos lo pensabais decir?

—Gwen quiere hacer de postre una tarta pintada de color rosa por dentro, para que se descubra al partirla. Me está costando hacerme a la idea de que voy a tener una princesita. Pienso apuntarla a defensa personal desde niña.

—Pobre del que se acerque a tu niña. No me gustaría estar en su pellejo —bromeo con él.

—Es lo que le ha tocado. —Sonríe, sabiendo que disfrutará metiendo miedo a las parejas de su hija—. Todo saldrá bien.

—Espero.

—Y con Emma también.

—Eso no lo sé.

—Yo sí, y soy el más listo de los dos —bromea—. Me marchó, Gwen estará deseando saber qué ha pasado. Tú deberías buscar a Emma para contárselo...

—Está comiendo con Orlando.

—Ah, pues preséntate en la comida así en plan novio celoso.

—No es mi novia, Logan, y no quiero que lo sea —le digo muy serio.

—Lástima que sigas negándote a ser feliz.

—No me lo niego yo, es la vida. ¿Acaso no has visto lo que ha hecho mi exmujer?

—Sigo pensando lo mismo, Caleb, no te cierres a lo bueno que te pasa. De eso sí tienes tú la culpa.

Lo veo irse y sé que tiene razón, y me recuerda a lo que me dice Emma muchas veces. Y pese a eso, en vez de buscar a Emma, me quedo trabajando hasta muy tarde. Al llegar a mi casa, sobre mi almohada, hay una nota de Emma:

Ya sabes dónde puedes encontrarme.

Emma.

No la busco, no voy a su habitación. Aunque no dejo de añorar su compañía durante toda la noche.

CAPÍTULO 30

EMMA

Observo a Caleb dormir. Son las seis y media de la mañana y, si estoy aquí a su lado, es porque él ha decidido alejarse. Seguramente por culpa de lo vivido con su ex y esa necesidad que tiene de protegerse para no sufrir.

Ni durmiendo está tranquilo. Su cara muestra tensión.

Tal vez porque está reviviendo su pesadilla. Así es, pienso, cuando se despierta y veo sus ojos verdes plagados de miedo, hasta que me ve y me hace un gesto para que me acerque.

Me abraza y hago lo mismo.

—No pude ir a buscarte —admite.

—Lo sé, por eso te he dado tiempo.

—Hasta que no has podido más con la curiosidad —me dice aún con la voz ronca por el sueño. Tira de mí hasta que acabo metida en su cama, abrazada a este hombre que ha puesto mi vida patas arriba y que, sin saberlo, ha sanado cada una de mis heridas.

Me pregunto si yo tendré la capacidad de hacer lo mismo con las tuyas, porque de no tenerla, sé que nunca estará del todo a mi lado y lo nuestro será imposible.

—¿Qué quería tu ex?

—A cambio del niño quiere el cuarenta y nueve por ciento de las acciones de la empresa.

—¡Pero será desgraciada! ¡¿Cómo puede pedirnos algo así?!

—Porque ella siempre quiso un puesto en mi empresa y yo no se lo di. Ahora me la está devolviendo.

—¿Crees que tu plan saldrá bien? —le pregunto sabiendo que tienen algo pensado él y Logan.

—Espero, y si no, se lo daremos. Todo con tal de no dejar a ese niño cuidado por unos extraños. —Me da un beso y sale de la cama—. ¿Y qué tal tu comida con Orlando?

—Bien, pero tal vez no es eso lo que en verdad me quieres preguntar... —Duda, pero al final habla con su sinceridad hiriente y me

siento tonta por no haberme estado callada.

—No me creo que no lo sigas queriendo, Emma. Creo que lo odiaste tanto cuando te hizo daño que una parte de ti teme que te haga lo mismo, y por eso lo alejas de ti, por miedo.

—¿Y eso lo has pensado tú solito? Yo sé muy bien lo que siento. No soy yo la que tiene dudas de lo que hay entre los dos.

—No hay más de lo que ves entre nosotros, Emma. Y tal vez nunca lo haya. No puedo darte más.

—No quieres darme más. ¿Sabes? Nadie te puede sanar, eso de que llega alguien a tu vida y te sana no es cierto. No funciona así. Para curarse uno tiene que desearlo. Si no, solo arrastrarás a todos a tu mierda de vida. Y me estoy empezando a plantear si quiero eso. Porque ¿sabes qué pasa? Que tal vez en lo poco que hay entre los dos no haya motivos suficientes para que lo intente siquiera; yo me pasé años viviendo con la esperanza de ser algo más, hasta que llegue la persona que te haga desear curarte y todo mi esfuerzo no haya servido para nada, pues yo me quedaré viendo cómo en un segundo otra persona logra lo que yo no pude hacer en años. Tal vez Orlando tenía una razón para alejarme, pero, aun así, la sensación de que perdí el tiempo con él para nada fue horrible. No voy a perderlo también contigo, que parece que te doy igual. —Caleb me mira sin decir nada—. Yo sí sé lo que siento por él y lo que siento por ti, y si no te lo digo es porque seguramente te perdería. Eres tan listo para verlo todo de las cosas de los demás que me parece increíble que para tu vida privada seas tan tonto y te cueste tanto ver la verdad.

Empiezo a irme.

—Emma...

—¿Qué se me ha olvidado? Porque dudo que me llames para decirme algo amable. —Caleb se acerca y me besa.

Lo hace con decisión y seguridad. Me deja atontada y me cuesta recordar que estoy enfadada con este bocazas.

—Me importas mucho, y sí estoy cambiando, porque tú haces que quiera hacerlo.

—¿Ves? No era tan difícil decir que no puedes vivir sin mí. —Se ríe y me cuelgo de su cuello—. Sé lo que siento.

—Yo aún no..., pero eso no te hace menos importante en mi vida. ¿Mejor?

—Sí. Y ahora será mejor que nos preparemos para ir a trabajar. No paras de entretenerme y mi jefe seguro que me echa la bronca por llegar tarde.

—Seguro que sí.

Caleb no me deja ir y acabamos dándonos una lenta ducha. Y, entre besos y caricias, él entra en mí, haciéndome temblar y arder hasta el punto de creer que el agua que cae sobre mi cuerpo se evapora por el calor de mi piel.

CALEB

Wendy entra en mi despacho a media mañana hecha una furia.

—¡Tienes que despedirlo!

—¿A quién? Si el de la cámara que creemos que va tras Emma ya sabes que ha desaparecido...

—A ese no, a Lucas.

—¿Y por qué tengo que despedirlo? ¿Qué ha hecho?

—Nada, pero sé que oculta algo, Caleb, así lo siento.

—Wendy, no creo que oculte nada, son tus celos por verlo con su novia cuando te sigue gustando.

—Sé muy bien lo que son los celos y no es eso...

—En esto no eres objetiva, Wendy. Lucas me parece un gran tipo y es muy buen amigo de Drew. No lo voy a despedir.

—Haz lo que quieras, espero que tu imprudencia no te estalle otra vez en la cara. No es la primera vez que te advierto de algo así.

Wendy se va cerrando la puerta de un portazo. En verdad creo que son celos y cuando llamo a Drew y se lo cuento me dice que Lucas ha puesto fecha a su boda, así que todo encaja.

Es cierto que mi hermana fue la primera en decirme que Lidia no le daba buena espina, que no me casara. Pero también sé que desde el instituto no ha olvidado a Lucas, aunque este nunca la correspondió de la misma forma. Sé que lo que más desea Wendy es tener a Lucas lejos. Tal vez lo mejor sería moverla a ella y que cambie de zona de trabajo para no verlo todos los días.

Estoy pensando en cómo hacerlo cuando Emma entra en mi despacho sin llamar y con el rostro pálido. Preocupado voy hacia ella.

—Me ha llamado el abogado de mi padre; le han atacado en la cárcel. Dice que está bien, pero ha pedido verme, algo que no ha querido en todo este tiempo, ni tampoco mi madre...

—Y no sabes si quieres ir.

—Voy a ir, porque quiero saber cómo está y porque quiero mirarlo a los ojos y que me diga por qué.

—Seguramente no tenga respuesta.

—¿Tú hiciste lo mismo con el tuyo?

—Cuando era niño, al poco de salir del hospital. Me puse ante mi padre y le pregunté por qué. No me respondió y yo no pude mirarlo a los ojos. No lo he vuelto a ver desde entonces.

—Tal vez deberías hacerlo, mirarlo con los ojos de un hombre fuerte, no los de un niño asustado.

—No lo voy a hacer. ¿Cuándo quieres ir a ver a tu padre?

—Esta tarde, he quedado con Gwen para comer, iré después.

—Te acompaño, quiero ir contigo. —Sonríe y noto alivio en su mirada, por no tener que afrontar esto sola.

—Nos vemos luego.

Se va a trabajar y me quedo pensando en lo que me ha dicho. El problema es que no quiero volver a ver a ese desgraciado. Temo que, si lo hiciera, la poca felicidad que estoy teniendo ahora se la llevara de un plumazo. Por el bien de mi relación con Emma es mejor que no tiente a la suerte.

Algunas veces no conviene remover el pasado.

CAPÍTULO 31

EMMA

Salgo de la librería de Gwen. Tras la comida hemos venido aquí a tomar el café y el postre. Estoy inquieta por volver a ver a mi padre y por lo que me quiera decir.

Como era de esperar, la prensa se ha hecho eco de la noticia; no sé cómo lo hacen. Aparte de mi sombra, me persigue siempre un cámara de vídeo que no ha dejado de tomarme planos en toda la comida. Es un asco ser observada por tanta gente y saber que mi vida es pública porque los asuntos delictivos y escabrosos venden.

A la gente le gusta el morbo.

Estamos andando hacia el coche de mi guardaespaldas cuando este se lanza sobre mí y me tira al suelo. Al segundo escucho la detonación de un disparo que da en la pared frente a la que segundos antes estaba yo.

La gente grita.

Mi guardaespaldas se levanta y me tiende una mano. No se la cojo; no puedo dejar de mirar el disparo incrustado en la pared, sabiendo que, de no ser por su rapidez, ahora estaría en el suelo desangrándome.

—Vamos, señorita Brown, no te derrumbes ahora. —Miro su mano y la cojo como si de un salvavidas se tratara.

—¡Emma! —Gwen sale y me abraza cuando estoy ya en pie—. Volvamos a mi librería.

Entra y pide a todo el mundo que se marche, que es una emergencia, y que mañana les invitará a un trozo de tarta y un café por las molestias. Cierra la librería. Mi salvador registra toda la tienda mientras Gwen me prepara una tila. Yo sigo viendo la bala chafada, pensando en dónde me habría dado y si ahora estaría viva de haber acertado.

No soy capaz de reponerme; esto ya me supera. ¡Yo no he hecho nunca nada malo a nadie en mi vida!

Me cuesta dejar de temblar. Estoy asustada y temo que un día, cuando menos lo espere, ese disparo me alcance de lleno, acabando con mi vida. Me siento como un juguete bajo los deseos de vete a saber quién.

—¡Emma! —me llama Caleb inclinado ante mí.

Parece, por su mirada, que lleva tiempo tratando de que le haga caso y deje de estar perdida en mis pensamientos. Está aterrado, lo veo en sus ojos. Tanto como yo. Me lanzo a sus brazos y casi nos tiro a los dos al suelo.

No sé quién tiembla más ahora mismo, si él o yo.

—Me quieren matar.

—No lo vamos a consentir —me dice sin dejar de acariciarme la espalda.

—No quiero ver a mi padre. No soy tan valiente, todo esto es su culpa. Por su ambición estoy en esto.

—No tienes que verlo. No les debes nada.

—¿Crees que acabará esto o solo lo hará para mí cuando me maten?

—No digas eso ni en broma. —Se separa de mí para atrapar mi mirada—. Eso nunca va a pasar. ¿Me oyes?

—No está en tu mano, Caleb, tú mejor que nadie sabes que no somos dueños de quién decide apretar el gatillo contra alguien.

Le recorre un escalofrío.

—No te va a pasar nada y punto.

Se levanta, poniéndome en pie. Gwen me trae la tila y me la tomo casi de un trago.

—¡Emma! —Orlando entra asustado y me abraza—. ¿Estás bien? No paras de salir en las noticias. De hecho, hay varios periodistas en la puerta esperando saber de ti.

Me agobio. Me aparto de él por respeto a Caleb, que no anda muy lejos y sé que teme que me siga gustando mi ex, y dentro de este caos lo necesito más que nunca.

—Estoy bien, solo quiero estar tranquila.

—Claro, te puedo acompañar a casa, si lo deseas...

—No te preocupes, me lleva Caleb —digo, dando unos pasos hacia donde está el nombrado—. Muchas gracias a todos, pero necesito tranquilidad.

Caleb nota que estoy temblando. No necesita más para recoger mis cosas y salir conmigo por la parte trasera de la librería, seguidos de mi salvador y guardaespaldas. Entramos en un coche negro que nos espera y vamos directos al garaje de nuestra casa para subir al ático de Caleb.

Nada más entrar en su piso y cerrar la puerta me abraza con fuerza. Me pierdo entre sus brazos y ambos temblamos de miedo por lo que podía haber pasado.

—No sé qué hubiera hecho si te llega a pasar algo.

—Me quieren matar... —digo en un susurro—. ¿Por qué?
—Lo descubriremos. —Coge mi cara entre sus manos y limpia los restos de mis lágrimas.
—No quiero tener miedo.
—Lo sé, pero en ocasiones no se puede evitar.
—Quiero que acabe esta pesadilla.
—La policía está recabando pruebas y Logan les está ayudando junto con Armando. Me consta que pronto sabremos algo más.
Asiento, aun sabiendo que Caleb tiene dudas de que sea así.
—Gracias por traerme. Necesito un baño, voy a asaltar tu aseo...
—Siéntate en el sofá, yo te lo preparo. —Me voy hacia el sofá y me siento, mirando por los amplios ventanales—. ¿Por qué lo has hecho?
No hace falta que me diga más, yo sé leer entre líneas con Caleb y dar voz a sus pensamientos.
—Porque te necesitaba a ti. —Me vuelvo y veo alivio en su mirada, antes de subir las escaleras para preparar mi baño.
Miro por la ventana tratando de olvidar el ruido del disparo y los gritos, que no dejan de repetirse una y otra vez en mi mente. No lo soporto. Odio este miedo que me está haciendo sentir débil. Este pánico que me cierra la garganta y este temor de que la próxima vez pueda no tener tanta suerte.
Al poco aparece Caleb y, sin mediar palabra, me coge en brazos y me lleva arriba. Me quita la ropa con presteza y se quita la suya para meterse conmigo en este baño caliente lleno de espuma. Se tumba y me pone sobre él, abrazándome, haciendo que mi espalda encaje en su pecho. Me rodea con sus brazos fuertes y noto como, entre el agua caliente y él, poco a poco van descongelando el frío que se ha quedado instalado en mi pecho tras el incidente.
Ninguno de los dos hablamos. Ahora solo queremos sentirnos el uno al otro.

* * *

Bajo al salón sabiendo que Caleb se habrá ido a trabajar. Tras el largo baño nos acostamos. Me costó conciliar el sueño y solo he dormido entre pesadillas. Hoy me encuentro un poco mejor. Quiero seguir con mi vida. No quiero que me anulen. Odio sentir miedo.

Voy hacia la cocina y escucho unos pasos. Me vuelvo pensando que será mi guardaespaldas, pero no es él, es Caleb.

Va ya con el traje puesto. Le queda como un guante. Lo observo venir hacia mí. Me pierdo en sus ojos verdes, en lo que este hombre me transmite y en lo que siento a su lado.

Tal vez no sea el mejor momento para reconocerlo, pero sin saber cómo he acabado enamorándome de este hombre hecho pedacitos.

—Buenos días —me dice antes de darme un dulce beso—. Ten, esto es para ti. —Me tiende un collar precioso de plata con una esmeralda en forma de corazón rodeada de pequeños diamantes.

—No lo quiero..., es muy caro...

—Tiene un chip de seguimiento oculto. —Lo gira y toca la parte robusta de plata que hay tras el corazón—. No te lo quites nunca y si..., bueno, pase lo que pase sabremos dónde estás.

—Logan también le dio a Gwen uno igual. Y luego era su regalo de compromiso. ¿Lo has elegido para que crean que estamos juntos y ver si así me dejan en paz al desvincularme de mi familia y mi pasado?

—Sí.

—Entonces no es un regalo, es un préstamo hasta que todo acabe...

—Es para ti, Emma. No lo quiero de vuelta. Luego le puedes quitar el chip y quedártelo de recuerdo.

—Claro.

No lo miro, no puedo. En sus palabras he leído una clara despedida. Era más feliz cuando ignoraba cuánto me ha llegado a importar este hombre.

—No me quiero volver a casar... Y ahora me voy a trabajar.

—Me voy contigo. No quiero quedarme...

—No...

—Sí. Tú no mandas en mi vida, solo somos amigos. Y aunque fueras algo más, da igual, soy dueña de mi vida. Solo yo.

Caleb abre la boca para discutir. Ahora mismo me da igual lo que me diga. Ha dejado claro todo con este regalo envenenado. Solo representamos una función para ayudarme en este lío. Solo somos amigos que se acuestan.

Estoy registrando mi armario en busca de qué ponerme cuando escucho sus pasos en la escalera.

—Emma —detengo mi búsqueda, pero no me vuelvo a mirarlo—, me importas mucho y por eso no me atrevo a darle otro nombre a lo nuestro. No quiero estropearlo... ¡Joder!

Me vuelvo y lo veo revolviéndose el pelo. Parece perdido. Herido.
Me acerco hacia él y pongo mi mano en su mejilla.

—No quiero ser solo tu amiga, Caleb. Pero entiendo que no puedas llamar de otra forma a lo nuestro. Siento que en el fondo no lo haces porque temes que me vaya de nuevo con Orlando.

—Lo vuestro aún no tiene puesto el punto final, Emma. Por mucho que tú no lo veas. Seguramente acabes con él y no quiero estas migajas, no las quiero... y, sin embargo, como un idiota me aferro a ti.

—Eres idiota, sí, pero por no darte cuenta de que Orlando ya no me importa.

—No te creo.

—Un día alguien dijo que solo el tiempo pondría las cosas en su sitio. Tal vez no tardes mucho en ver que a mí me ha puesto a tu lado.

CAPÍTULO 32

EMMA

Necesito verte ahora, ya sabes dónde.

* * *

Hace tres días que pasó lo de mi disparo. Me cuesta centrarme en el trabajo y hacer como si nada. Ahora mismo desconfío de todos mis compañeros. Todo el mundo por la calle me parece peligroso. El de la empresa que parecía sospechoso, como me contó Caleb, ha desaparecido y no se sabe nada de él. Y no tenemos a nadie más en el punto de mira, por mucho que dudemos ahora de todos.

Intento hacer una vida normal. Olvidar el ruido del disparo, creer que no hay nadie que quiera matarme. Algo difícil de conseguir, teniendo ahora tres guardaespaldas que no me dejan ni a sol ni a sombra. Y lo peor es que ni siquiera eso me da seguridad.

Siento que quien anda detrás de mí está jugando conmigo y que, cuando quiera de verdad herirme, lo hará.

Entro en el ascensor tras llevar a cada departamento una carta informativa de parte de Caleb. En él está Lucas. No me extraña que a Wendy le guste; diga ella lo que diga, es muy guapo.

—Buenas, Emma. ¿Todo bien? —me pregunta sin mirarme.

—Genial.

—Todo acabará pasando.

—Sí, lo sé.

Nos miramos un segundo antes de que salga. Su mirada me dice mucho más de lo que han transmitido sus palabras.

Regreso a mi puesto y veo una nota de Caleb que me pide que nada más llegar vaya a su despacho.

Lo hago. Está hablando por teléfono. Al verme sonrío y cuelga. Se quita la chaqueta y la deja en el respaldo de la silla.

—Cierra la puerta, Emma, y ven.

—¿Caleb? —Hago lo que me pide mientras observo como se quita los gemelos—. ¿Me estás proponiendo sexo en la oficina?

—Malpensada... —Sonríe de medio lado—. O tal vez no...

—¿Qué sucede? —le digo yendo hacia él.

—Luego, ahora te necesito a ti.

Sus palabras me calientan. En estos días él es el único que hace que el frío que siento debido al miedo se disipe. Me quedo a dormir en su casa y a trabajar a su lado. No nos hemos separado más que lo imprescindible, y siento que es algo que ambos necesitamos.

Me alzo en busca de su boca y me pierdo en el sabor de sus labios.

Nunca tengo suficiente, siempre quiero más y más.

Es adictivo.

El beso cada vez se torna más intenso. La pasión se desata entre los dos y ahora mismo da igual que estemos en su despacho, donde los gemidos se pueden colar tras las paredes. En este espacio solo estamos él y yo, y el resto del mundo puede esperar.

Tiro de su camisa al tiempo que me alza y me sienta en su mesa repleta de notas y trabajo por hacer.

Me abre la camisa en busca de mis pechos. Los toca, al tiempo que su lengua lame los contornos de mi boca. Se aleja de ellos para perderse en mi cuello. Observo como su morena cabeza baja hacia mis pechos y como su mano baja los bordes de mi sujetador, dejándolos expuestos a sus deseos.

Cuando se mete el duro pezón en la boca casi me caigo de la mesa.

—¡Joder!

—No grites, alguien podría oírnos —me dice sonriente dando el mismo mimo al otro.

—Te fastidias, por asaltarme en el trabajo. —Lleva sus manos hasta mis piernas y me las abre más, para colarse mejor entre ellas.

Me tortura. No gritar me excita mucho. Se separa y se arrodilla ante mí. «No será capaz...», pienso antes de notar sus dedos jugando con mi mojado sexo.

Me besa el interior de los muslos. Están muy sensibles ahora mismo y más ante la anticipación de lo que está por venir.

Mete un par de dedos dentro de mí y me hace al amor con ellos. No dejo de mirarlo, de ver cómo se acerca a ese punto que se muere por ser probado por él.

Cuando su lengua toca mi sexo, se me escapa un gemido, y me da igual quién lo escuche, ahora mismo es lo que menos me importa.

Me lame mientras sus dedos me torturan. Me echo hacia atrás en la mesa, no pudiendo aguantar esta agonía.

Cuando estoy casi a punto y hasta mareada por el placer, escucho la cremallera de sus pantalones y, antes de que pueda alzarme, ya está dentro de mí..., sin protección alguna.

Lo miro a los ojos, sintiendo que este momento lo cambia todo entre los dos. Este hombre nunca hace nada al azar. No es un olvido ni un descuido. Es su manera de decirme que me quiere para siempre y que quiere vivir de nuevo. O eso leo yo entre líneas.

Me mira a los ojos y se queda quieto, dejándome elegir, sabiendo que esto puede traer un desenlace para toda la vida.

Lo abrazo con fuerza, feliz.

Entra y sale de mí sin prisas. Lo beso diciéndole sin palabras cuánto me importa. Nos movemos hasta que exploto en un potente orgasmo. Él hace lo mismo, saliendo un poco antes de derramarse dentro de mí.

Aunque no lo haya hecho, no somos tontos, y sabemos que esto es jugar con fuego. Y que Caleb quiera jugar así, de esta forma, es un gran paso entre los dos.

Lo abrazo y me devuelve el gesto.

Hace años que sueño con ser madre, pero en mis sueños mis hijos eran iguales a Orlando. Debería resultarme más raro imaginarme con un niño de Caleb, al que apenas conozco. Del que casi no sé nada, por todos los silencios que tengo que llenar con mis intuiciones; y, sin embargo, la idea de tener un hijo suyo me llena de dicha.

CALEB

Emma entra en mi despacho seguida de Lidia. Por su cara sé que sabe por qué he tenido este arrebatado de pasión aquí.

Está todo preparado para que Lidia firme los papeles y se quede con parte de nuestra empresa. Solo estoy yo hoy aquí. Emma me observa sin comprender nada. No se lo he contado, aunque sé que debería.

En sus ojos veo cientos de preguntas; una de ellas es por qué he ido tan lejos con ella jugando con fuego si no le cuento de qué va todo esto.

En el fondo sé por qué lo he hecho. Porque lo necesitaba.

Emma se sienta detrás de mí en la mesa que tiene allí, dejando claro que no piensa irse.

—¿Por qué no están los demás? —dice Lidia sentándose frente a mí.

—Porque nadie quiere ver cómo esta empresa pasa a ser tuya.

—Me van a ver todos los días, no pienso perderme ni un día de trabajo, aunque solo sea para joder.

—No me cabe duda de que lo harás.

Saco los papeles y los ojeo para ver que todo esté correcto y ganar tiempo también.

—Vamos, no le des vueltas. En cuanto lo resolvamos te diré dónde está ese mocoso.

—No es fácil para mí saber que lo que tanto esfuerzo nos ha costado a todos los Montgomery se lo va a llevar alguien como tú.

—Yo también fui una de los vuestros.

—No, nunca quise que llevaras mi apellido. —Lidia me mira con rabia; ella siempre lo quiso, pero no le dejé.

Mi móvil se enciende con un mensaje. Sonrío y le tiendo los papeles.

—Deberías leerlos, por si te estoy haciendo firmar otra cosa —le aconsejo.

—Me fío de ti, no creo que seas tan tonto de poner en peligro a ese niño.

—Una vez me digas dónde está, iremos a por él.

—De aquí me voy a ver a mi abogado, y no está cerca el pequeño. Puedo dar la orden de que se lo lleven antes de que lo tengas. No me la juegues, Caleb, o te juro que lo llevaré a un orfanato perdido de la mano de Dios.

—Yo no soy el que no quiere leerlos. —Me echo hacia atrás en la silla.

—Tú lo que quieres es que pierda el tiempo leyendo esto y así ver si ocurre un milagro.

—A veces los milagros existen.

—Ya, claro. —Pasa a la última página y los firma sin leer. Como yo esperaba—. Listo. Espero que me digas dónde está mi despacho.

Miro mi ordenador y sonrío.

—Ahora alguien te enseñará dónde está.

La puerta se abre. Lidia mira hacia ella con esa expresión de superioridad que tiene. Su mirada se torna oscura cuando ve pasar a la policía.

—¿Qué es esto, Caleb?

Un policía la esposa, aunque se resiste.

—Queda detenida por el secuestro del hijo del señor Montgomery. Cualquier cosa que diga podrá ser utilizada en su contra...

—¡Eso es mentira! —Tiran de ella hacia fuera—. ¿Qué acabo de firmar?

—Tu confesión —le digo, viendo cómo se la llevan de aquí gritando que es inocente.

—Cuéntame qué me he perdido —me pide Emma poniéndose ante mí.

—Logan y yo sospechamos que había registrado a ese niño como mío. Para chantajearme, y así fue. Teníamos que saber dónde estaba el pequeño, para ponerlo a salvo, y la seguimos, aunque ella dio muchas vueltas para, en caso de que fuera así, perdernos; pero no lo logró, porque Logan sabía a qué amigo pedirle ese rastreo. Presenté una denuncia por el robo del niño y la acusé. Cuando vimos que salía hacia aquí y dejaba al niño solo, Logan avisó a sus amigos de más confianza en la policía y les dijo que le habían dado el chivatazo de que allí estaba su sobrino. Y entraron en la casa, recuperando al niño y poniéndolo a salvo. No lo hemos hecho antes porque queríamos tener su confesión firmada y porque necesitábamos tenerlo todo bien atado, pero desde que sabemos dónde está el niño, ha estado vigilado.

—Y en los papeles lo confiesa todo.

—Exacto, aunque dudo que hagan falta. La policía ha encontrado pruebas suficientes de que es culpable, por lo que me ha dicho Logan. Me avisó con un mensaje.

—Qué suerte que todo haya acabado bien... Ahora tienes un hijo. —Me mira—. Porque supongo que no negarás que es tuyo, así será tu palabra contra la suya, y Lidia pagará por lo que ha hecho.

—Sí. Figuro en el registro, junto con la mujer que contrató. Y es casi seguro que Lidia le hiciera firmar un papel renunciando al niño. Un papel que encontraremos y donde deja claro que el niño es solo mío y que Lidia lo tenía sin mi consentimiento.

Se pone ante mí y me abraza.

—Señor Montgomery, tiene usted una forma un poco retorcida y rara de saber si me quedaría contigo de haber un niño de por medio. Porque no soy tonta y sé que lo de antes era una prueba porque no sabías cómo preguntarme si seguiría a tu lado con el pequeño.

—¿En serio he hecho yo eso? —Sonrío. Me abraza. No niego sus palabras porque los dos sabemos que en el fondo lo hice por eso.

—Estoy a tu lado, Caleb, un día espero que lo aceptes.

Me besa lentamente, le devuelvo el beso y espero de verdad que siga aquí en cada nuevo amanecer.

CAPÍTULO 33

EMMA

Me despierta una voz susurrada. Abro los ojos y veo a Caleb sentado en una silla cerca de la cuna del niño, dándole su biberón.

La escena me conmueve y me llena los ojos de lágrimas.

—Perdóname, pequeño, por no haberte traído antes a casa —le susurra mientras lo acaricia—. Siempre te he querido. Desde que supe de ti. Quiero hacerlo bien..., quiero ser mejor de lo que lo fue mi padre conmigo.

Se me parte el alma por este hombre tan roto y por ese niño que pasó de reír a odiar al ser humano.

Desde que detuvieron a Lidia todo ha sido un no parar. Logan trajo al niño tras la revisión de la casa, y lo llevó a la de sus padres. Caleb tuvo que ir al cuartel a prestar declaración. Por supuesto la versión de Lidia es otra, pero también le interesa callar muchas cosas, porque decir la verdad agravaría su condena.

Yo estuve al lado de Caleb en la comisaría, sabiendo que me necesitaría cuando llegara el momento de ir a casa de sus padres a ver al niño.

Al llegar a su casa todos estaban en el salón con el pequeño. Caleb se quedó en la puerta mirando a ese pequeño de pelo negro que sonreía a algo que le decía su hermana Wendy.

Al fin estaba en casa el nuevo Montgomery.

Se acercó a él, el niño alzó la vista y lo miró, y entonces le sonrió como si lo reconociera o como si le dijera que todo estaba bien.

Me pareció tan increíble que alguien tan pequeño tuviera tanta fuerza, tanto por enseñarnos, que acabé con lágrimas en los ojos por la intensidad del momento.

Caleb lo cogió y lo abrazó. El pequeño se dejó caer en su pecho.

Escuché que alguien más estaba igual que yo por este momento tan intenso y miré a la madre de Caleb, que veía como su hijo se iba curando poco a poco y por fin, tras tantos años, había vuelto a abrazar a alguien y a demostrar cariño públicamente sin miedo. El primer abrazo me lo dio a

mí, y ahora a ese pequeño, y espero que un día no muy lejano acepte el abrazo que su madre está deseando darle.

Caleb intentaba mantenerse fuerte ante las nuevas emociones, pero en realidad estaba hecho un flan.

Nos quedamos en la casa hasta que la madre de Caleb bañó al niño y nos dio miles de consejos. En todos me miraba, dando por hecho que yo iba a estar al lado de su hijo en el cuidado de este niño.

Como Caleb ya sabía que el niño vendría, tarde o temprano, le había encargado a su madre comprar todo lo necesario para el pequeño y tenerlo limpio para cuando llegara.

Al llegar a casa fuimos a dejar al niño en su cuna, al lado de nuestra cama, y ambos nos quedamos mirándolo, absortos en su sueño.

—Todo va a cambiar en mi vida —me dijo acariciando la mano del pequeño.

—Lo sé. Los cambios son parte de vivir. —Acaricié su mano y dejé caer la cabeza en su hombro.

Ignoro el tiempo que nos quedamos ahí los tres quietos.

* * *

Caleb deja al niño de vuelta en su cuna y, tras depositar el biberón en la cómoda, se acerca a la cama. Se sienta. Lo abraza por detrás.

—Tal vez no me creas..., seguramente no lo hagas, quizás un día aceptes que me he enamorado de todos los pedacitos de ti.

No dice nada, un «gracias» solo me haría daño y mentir con un «te quiero» falso me dañaría. Deja que el tiempo corra y sé que es porque tiene la esperanza de creerme.

Espero que un día de verdad lo haga, porque lo que siento por él es tan intenso que nunca lo he sentido por nadie, y eso que creía amar con todo mi ser a Orlando.

Es increíble como piensas algo con firmeza y en un instante conoces a alguien que lo cambia todo y te demuestra que hay diferentes formas de amar. Hay varios tipos de «te quiero», y una misma expresión tiene diversos grados de amor.

* * *

Me he despertado temprano y he cogido al niño, al pequeño Ander. Así es como le puso Lidia, y no lo hemos cambiado porque nos gustó a todos.

El niño me mira mientras le doy el biberón y, aunque sé que no me comprende, le cuento cientos de cosas. Sonríe y yo hago lo mismo.

Al acabar el biberón lo ayudo a eructar y luego lo abrazo, disfrutando de este gesto tan puro. La gente dice que si abrazas mucho a un niño lo malcrías. Es mentira. Un niño no se malcría por el exceso de cariño, un niño sufre por la falta de este y yo lo sé mejor que nadie.

De niña mis padres no me cogían, no tengo recuerdos de cuando era un bebé, pero, conforme fui creciendo y adquiriendo un sinfín de estos, en ellos nunca estaba el cariño de mis padres y lo peor era que me había resignado a no recibir nada, como si no lo mereciera. Como si supiera que, aunque lo pidiera, nunca tendría ese abrazo.

Con los años la gente de la casa me contó que cuando yo nací mis padres contrataron a una mujer para que me atendiera día y noche. Ellos querían un bebé, pero no con todas las complicaciones que supone tener uno.

Ander me toca la cara. Le aparto la mano suavemente y nos miramos a los ojos. Aún no se sabe de qué color serán exactamente, pero todo apunta más a que serán verdes, como los de Caleb, que azules, como los de Logan; aparte de eso, el niño es igual a sus dos hermanos mayores, por lo que hemos visto en fotos. Es increíble como el padre de estos hace hijos tan iguales. Logan y Caleb parecerían gemelos, si no fuera por los ojos y porque cada uno viste de una forma completamente diferente.

Escucho pasos detrás de mí. Me vuelvo y veo acercarse a Caleb, haciéndose el nudo de la corbata. Tiene cara de sueño, por las veces que nos hemos levantado a dar de comer al niño, y eso que este pequeño suele dormir mucho.

—Bienvenido a tu nueva vida —le digo levantándome.

—Estoy agotado —me dice sonriente.

Nunca he visto a Caleb tan feliz. Sus ojos relucen con una vida que me encanta. Da un beso al niño y otro a mí. Y sé que, aunque ha estado lejos del pequeño, no soportaba esta lejanía; ahora siente que al fin todo está en su sitio.

—Mi madre vendrá a por el pequeño. Quería contratar a alguien para que se quedara con él mientras trabajo, pero no ha dejado que lo haga. —Tocan al timbre—. Debe de ser ella, adelantándose a la hora que le dije para cotillear.

Le doy al pequeño.

—Pues será mejor que no me pille con tu camiseta de dormir o pensará que estamos haciendo otro nieto.

—Créeme, a mi madre no se le escapa nada.

—A ninguno de vosotros. —Le lanzo un beso y me pierdo en su cuarto, a donde poco a poco he ido subiendo mi ropa.

Cuando bajo, lista para el nuevo día, veo a Esme con el niño, haciéndole reír, y a Caleb no muy lejos, al teléfono.

Me despido del niño. Caleb hace lo mismo antes de irnos. Su madre se va a quedar aquí porque van a traer cosas para el nuevo cuarto de Ander.

Trabajar se me hace raro, estoy distraída pensando en el niño. Lo bueno es que así no pienso en que han tratado de matarme. Me llega un mensaje:

¿Nos vemos?

Miro hacia la puerta de Caleb y le escribo que voy a tomarme un descanso. Lo busco donde hemos quedado: está tan guapo como siempre. Le sonrío feliz de verlo, como cada vez que nos encontramos.

Sé que, pase lo que pase, nada cambiará entre los dos y cada día lo querré más...

* * *

—Me voy contigo... cuando tú quieras.

—No pienso dejarte sola —me dice Orlando—. Eres lo más importante para mí.

CALEB

Termino una reunión por la *webcam*. No sé nada de Emma desde que me dijo hace un par de horas que se iba a tomar un descanso. Salgo y veo a sus guardaespaldas sin ella. Me inquieto. Algo no va bien.

—¿Y Emma?

—Ella ya no nos necesita —me dice uno de ellos, y me tiende un sobre—. Aquí se lo explica todo.

Lo cojo sin comprender nada.

—¿Quién la cuida?

—Orlando. Él le ha puesto a sus propios guardaespaldas. Nos dijo que tú estabas al tanto y sabías que él se la llevaba a un lugar seguro.

—Te dije que le debíamos preguntar primero —le reprende otro de ellos.

Los ignoro, notando que la carta que tengo en mis manos me quema. Entro en mi despacho y abro el sobre. Deseando descubrir que todo esto no es más que una pesadilla. Que no es real:

Querido Caleb:

Anoche, cuando te dije que me había enamorado de ti y di voz a lo que creía sentir, me di cuenta de que no era así.

De que te quería, pero no te amaba, porque en verdad seguía pensando en mi ex.

Tener a Ander me ha recordado la vida que yo quería al lado de Orlando. A esos niños que me imaginé como él...

Espero que un día no muy lejano volvamos a encontrarnos. A veces solo hace falta mirar a tu alrededor y darte cuenta de que no estamos solos, de que si lo necesitamos siempre habrá alguien velando por nosotros. No lo olvides nunca.

Lo siento, de verdad que lo siento... Espero que no me amaras. Que sigas sonriendo gracias a Ander y que encuentres a alguien que te ame como te mereces.

Emma.

Arrugo la nota enfadado, herido y sabiendo que si estoy así es porque la amo más de lo que quería aceptar. ¿Cómo ha podido hacerme esto?

Me encierro en el despacho y solo la llamada de mi madre para decirme cómo está el pequeño me hace salir de esta oscuridad. Me hace recordar que ahora no soy solo Caleb y que, aun con dolor en la mirada, debo sonreír a este niño que no tiene la culpa.

Cuesta mucho no dejarlo todo e irme. Me cuesta abrazar al niño y no romperme ante él.

—¿Y Emma? —me pregunta mi madre al ver que he llegado solo y que esta no aparece pasado un rato.

—Se ha ido con su ex. Ha vuelto a su vida anterior.

—Oh..., pero eso no es posible. Se nota que ella te quiere...

—No más que a él. Déjalo, no quiero volver a hablar de ella nunca más.

—Caleb. Eres muy observador y muy listo. Y me temo que en este caso te equivocas. No me cuadra lo que me dices...

Le tiendo la nota arrugada. La lee.

—No lo entiendo.

—No hay mucho que comprender.

—Emma no se iría así.

—Seguramente vuelva para despedirse de vosotros cuando ya no corra peligro. Yo, por mi parte, no la quiero volver a ver en la vida.

—Hijo...

—Queremos estar solos —le digo, sabiendo que el «quiero estar solo» desde que decidí quedarme con Ander se ha acabado.

—Estoy cerca, hijo. Siempre lo estaré para mi pequeño. —Mi madre me da un ligero abrazo con lágrimas en los ojos y sé que, como siempre, espera que la busque para darle uno de los abrazos que siendo niños compartíamos a todas horas cuando éramos cómplices del amor entre una madre y su hijo.

Lágrimas que yo derramaría si pudiera. No recuerdo haber estado tan herido nunca. Tan perdido. Lo peor es que ya veía mi vida con Emma y Ander. Y era feliz, más feliz de lo que había sido nunca.

Al fin pensaba que yo también merecía serlo.

CAPÍTULO 34

CALEB

Esta última semana ha sido horrible. Mi hermana es mi nueva secretaria. Algo complicado, por cómo me encuentro y porque pago con mis órdenes mi dolor y mi frustración. Pero Wendy sabe cómo llevarme y ha sacado su genio más de una vez para decirme «basta».

Ahora está tomando notas de lo que le pido. Quería que cambiara de trabajo en la empresa, yo la habría puesto en otro lugar y fue ella la que se ofreció para ser mi secretaria antes de que decidiera dónde encajaría mejor. Me dijo que así aprendería muchas más cosas que en la recepción o en otro puesto. Sé que en realidad es porque tiene miedo de que me rompa. De que vuelva a ser el de antes.

Si no lo he hecho es por Ander. Él me da fuerzas para no pasarme el día trabajando.

Ese niño ocupa todo mi mundo. Sabía que lo querría, pero no era consciente de cuánto se puede querer a un niño pequeño que te ve como un padre.

De Emma no sabe nadie nada. Llamo a Gwen para decirle lo que a mí me dijo de que Orlando la estaba protegiendo y que ya regresaría cuando todo pasara.

Siento que una vez más he vivido una mentira. Hubiera sido más fácil si esa última noche no me hubiera dicho que estaba enamorada de mí, porque la creí, no necesitaba más días para creerla, solo tiempo para poder confesarle que yo también estaba enamorado de ella.

—¿Algo más? —me pregunta mi hermana justo cuando tocan a la puerta.

—No, nada más. Mira a ver quién es.

Asiente y se va hacia la puerta.

—Caleb, es el abogado de los padres de Emma, quiere hablar contigo.

—Por favor... —me pide el hombre mayor. Asiento y pasa.

—¿Me necesitas? —me pregunta Wendy.

—No, luego hablamos. —Asiente y se marcha cerrando la puerta.

—Por favor, siéntese —le digo al hombre.

—Mi nombre es Gustavo, y soy el abogado de la familia Brown desde hace muchos años.

—La señorita Brown no está aquí, ya no sé en qué puedo ayudarle.

—Quería saber si sabía algo de su paradero. He tratado de llamarla, porque su padre está en coma por un nuevo ataque que recibió en la cárcel. Quería decírselo.

—Emma no quiere saber nada de sus padres.

—Lo entiendo, pero no dejan de serlo.

—Se marchó con su ex, tal vez él sepa algo.

—Qué raro...

—¿Por qué?

—Más que nada porque la vida de Emma no ha dejado de ser noticia y no sabía nada de esto. —No le digo que es por la seguridad de Emma el motivo por el que no se sabe nada—. Le llamaré para ver qué me cuenta. Gracias por todo.

—De nada.

Se marcha. Busco información de Emma y lo último que sale de ella es el intento de asesinato. Nada más. Orlando ha sabido cómo protegerla, alejando a todos esos periodistas de ella. Algo que yo no supe hacer.

O la está protegiendo para que quien vaya tras él y quiera hacerle daño por medio de ella no sepa la verdad.

Me cuesta continuar con el trabajo sin pensar si estará bien. Hasta que me doy cuenta de que eso ya no es problema mío...

* * *

—No tienes buena cara —me dice Logan, que ha venido con Gwen a mi casa a ver al pequeño.

—Ya serás padre y te darás cuenta de que descansar está fuera de la lista.

—Tú antes trabajabas hasta casi matarte..., no cuela. Esto es por Emma.

—No quiero hablar de ella.

—Bueno, pues hablaré yo.

—Prefiero que no lo hagas conmigo. Hazlo con Gwen, seguro que le encanta hablar de su gran amiga.

—Gwen cree que a Emma le pasa algo. No es normal que se vaya así, y dice que, si de verdad quería que Orlando la protegiera, nos lo hubiera

comentado antes.

—Ya, pero si tenemos en cuenta que volver con Orlando la pone en peligro, es normal que este quiera protegerla y que nadie sepa dónde está hasta que se resuelva todo y que no nos cuente nada.

—Entonces el bueno de Orlando la está protegiendo...

—Eso parece.

—Algo no me cuadra en todo esto, sigo creyendo que Emma nos lo hubiera dicho. Sabe que hubiéramos guardado el secreto por ella. Tal vez se haya ido con él, no porque lo quiera, sino por miedo a que al hacerle daño a ella hieran a Ander o a ti. Tal vez ver al niño le hizo temer que le hicieran algo a él de rebote por estar a su lado.

—De ser así no me hubiera escrito esa carta. Con que me hubiera dicho que se iba por ese motivo hubiera sido suficiente. Entiendo que se puede haber ido para proteger a Ander, pero si quería ocultarse nosotros la podíamos haber protegido. Lo sabía y sin embargo acudió a él, para que solo él estuviera a su lado, y más sabiendo que todo esto le puede estar pasando por su prometido. Está claro que le da igual todo con tal de volver a su lado.

—No sé qué pensar —me dice siendo el detective que nunca dejará de ser, por mucho que ahora trabaje en la librería.

—Deja de buscar algo que no existe. Emma volverá cuando no esté en peligro a hablar con Gwen.

—¿Y contigo?

—Conociéndola, querrá saber si estoy mejor, pero nada más.

—Os he visto miraros a los dos, Caleb, y Emma estaba enamorada de ti, no de él...

—Emma, al principio, no le había perdonado por lo que le hizo. Por la humillación que pasó. Eso es lo que viste; tenía miedo de que le pasara de nuevo estando a su lado. Y dejemos de hablar de ella.

—Como quieras, pero algo no me cuadra.

—Piensa lo que quieras, Logan. En esta historia no hay más de lo que ves.

Se calla y por suerte lo deja, porque no puedo seguir recordándola. Cada día es peor porque la extraño más de lo que desearía. No me había dado cuenta de lo mucho que se había colado en mi vida. Si hasta su manta sigue por aquí dando vueltas..., y cada vez que la veo extraño que ella no esté cerca.

Odio que apareciera en mi vida para enseñarme a querer y para saber cómo duele perder a quien de verdad amas.

CAPÍTULO 35

CALEB

Ha pasado un mes desde que Emma se fue. Me gustaría creer que ya no la echo tanto de menos, pero no es así. Ander cada día está más grande, y tenerlo me ayuda. He aprendido a reír a su lado, aunque por dentro esté hecho una mierda.

De Emma no sabemos nada. Por lo que sé, su padre ha salido del coma, pero sigue grave. La paliza que le dieron casi lo mató. De esto no se ha enterado la prensa. Es el abogado de Emma quien me informa. Le pregunté si sabía algo de ella y solo me dijo que Orlando la estaba protegiendo. Que este aseguraba que estaba perfectamente.

Se lo dije a Gwen y ella me dijo que era raro que Emma pudiera hablar con Orlando para informarle de lo bien que estaba y sin embargo no pudiera comunicarse con ella para interesarse por cómo iba su embarazo. Que le extrañaba que Emma no quisiera saber de ella en su estado.

Esto fue hace una semana y desde entonces no dejo de pensarlo. Por eso he llamado a uno de sus guardaespaldas, para hablar con él del último día de Emma aquí.

Todos me han metido en la cabeza la idea de que se me escapa algo. De que pasó algo ese día que a Emma le hizo huir y esconderse.

Tocan a la puerta y se abre. Aparece Wendy.

—Caleb, Pol está aquí.

—Hazlo pasar.

Wendy abre la puerta del todo y entra Pol, el guardaespaldas de Emma, aquel que nunca quiso decirle su nombre porque sabía que de hacerlo dejaría de ser su trabajo para convertirse en algo personal.

—Esperaba tu llamada —me dice sentándose ante mí—. No me imaginé que tardarías un mes.

—¿Y por qué la esperabas?

—Porque aceptaste sin más que ella se fuera con él sin preguntar qué había pasado ese día que lo modificara todo. Por la mañana rebosaba felicidad y ¿te crees que sin más se va a ir con su ex? A mí nunca me ha

cuadrado, pero como no sabía si mientras tanto os habíais enfadado, no me quise meter. Pensaba que, de no ser así, me buscarías.

—Me dejó una nota.

—Ya, la vi escribiéndola mientras lloraba —me dice sin dejar de mirarme con los ojos oscuros clavados en mí—. ¿Tú le dijiste algo para que acabara así? —Niego con la cabeza—. Pues lo dicho, no me cuadra nada. He estado con esa mujer las suficientes horas como para conocerla un poco y, si tú no fuiste el detonante de su partida, tuvo que ser otro. Eso lo tengo claro.

—¿Qué pasó ese día? —le pregunto al fin, algo molesto, con él por no contarme sus sospechas y conmigo porque tampoco quise ver la verdad hasta ahora y buscar una explicación.

—En verdad todo iba como siempre. Mucho trabajo que no la dejaba parar. Eres un jefe horrible.

—No te pago para que me digas cómo soy como jefe.

—Ya no me tienes contratado, puedo decirte lo que quiera. —Sonríe—. Bueno, como decía, iba normal. Luego subimos a la cafetería y se sentó como otras veces al lado de ese chico... ¿cómo se llama? Ah, sí, Lucas. Se sentó al lado de Lucas.

—¿Como otras veces? Por lo que sé no son amigos, solo compañeros de trabajo.

—No sé, pero no es la primera vez que esto pasa. No creo que sea casualidad, más de una vez se han sentado cerca y hablan sin mirarse. Suele ser siempre tras un mensaje al móvil. Cree que no me he dado cuenta, pero dos veces es coincidencia, tres ya no. Ignoro qué se dicen, pero que él es quien le escribe antes de verse, eso te lo puedo asegurar. Y se reúnen y hablan como si no fuera importante lo que dicen. Ese último día ella lo miró a los ojos y vi que Lucas le importaba más de lo que nos quería mostrar. Él se levantó y se fue. No sé qué hablarían ni qué hizo que ella lo mirara así.

—¿Y no te pareció importante decírmelo?

—Es su vida privada. Tú me pediste que te informara si corría peligro, y no vi peligro alguno.

Pienso en lo que me dijo Wendy de Lucas, que escondía algo... Empiezo a temer que ocultara algo de verdad.

—¿Qué más pasó?

—Estaba a punto de regresar a su puesto de trabajo; yo iba mirando que estuviera todo en orden y, cuando la volví a mirar a ella, Orlando salía de los ascensores y Emma lo abrazó. Nos pidió privacidad para

hablar con él. No dejaron de abrazarse en todo momento. Ella acabó llorando en sus brazos mientras él le acariciaba la espalda y, sin dejar de llorar, escribió esa carta. Orlando fue el que nos informó de que él cuidaría de ella a partir de ese instante. Los seguimos al coche y vimos que estaban rodeados de escolta, muy bien protegidos. No es la primera vez que Orlando sale a pasear con escolta, y no nos pareció tampoco raro que estuvieran allí. Todo era normal salvo la mirada triste de Emma.

—No debiste dejarla ir...

—Ella nos lo pidió. Aun así, la seguimos sin que lo supieran y fueron a casa de Orlando. Al salir de la casa iba con escolta y todo con mucho cuidado. Se notaba que eran profesionales y velaban por su seguridad. Le hemos cogido cariño y no queríamos dejarla desamparada. Tú tampoco fuiste a buscarla y pensamos que dejabas su seguridad en manos de su exprometido. No tengo nada más que contarte, ahora te toca a ti decidir qué hacer.

Se marcha y me quedo pensando en todo esto; me siento molesto por darme cuenta de que ellos, al seguirlos y velar por Emma, cuidaron más de ella que yo. Llamo al departamento donde está trabajando Lucas y me dicen que no está. Que se fue de viaje hace un mes. El mismo día que Emma se marchó.

Llamo a Drew.

—Drew, necesito que subas a mi despacho ya.

Mi hermano no tarda en subir y, al entrar, lo sigue Wendy. Les cuento lo que sé a los dos.

—¡Te dije que ocultaba algo!

—Lucas es un buen tipo, uno de mis mejores amigos. No oculta nada malo, si es lo que planteas, Wendy —le dice Drew—. Seguro que hay una explicación para todo esto.

—¿Sabes dónde está ahora?

—Sí, ha pedido una excedencia para viajar en busca de las mejores puestas de sol. Algunas las utilizaremos en campañas de publicidad. Ayer me mandó la foto que hizo. No está lejos de aquí.

—Bien, vamos a hablar con él —les digo a los mellizos.

—Yo me quedo —dice Wendy—. Hay mucho trabajo.

Se sienta tras mi mesa de trabajo y la miramos los dos asombrados.

—¿Te vas a quedar como jefa? —le dice Drew divertido.

—Llevo un mes siendo la sombra de Caleb, he aprendido a marchas forzadas. Puedo con esto. Id tranquilos.

La seguridad que veo en mi hermana me gusta. Wendy vale mucho y parece que empieza a darse cuenta de ello. Nos marchamos en busca de Lucas, queriendo saber qué pinta él en la vida de Emma. Tal vez, como dijo Pol, solo eran compañeros de trabajo.

Quedamos con Lucas a una hora de aquí. Nos espera en una cafetería cerca de la playa.

—¿En qué puedo ayudaros? Drew me dijo que queríais hablar de algo importante.

—Es sobre Emma y tu relación con ella. —Algo cambia en sus ojos azules cuando le hablo directo, tal vez porque no puedo ocultar los celos que siento.

—Somos compañeros de trabajo.

—Pol, su guardaespaldas —aclara Drew—, dice que os visteis alguna que otra vez en la cafetería.

—Supongo que igual que se habrá encontrado con otros trabajadores. No sé por qué el verme a mí es diferente —dice un poco a la defensiva.

—Pol está casi seguro de que, antes de ir a verte, tú le mandas un mensaje para quedar.

—No tenéis pruebas de eso, ¿no? Sigo diciendo que no ha hecho nada conmigo que no haga con otros trabajadores; sigo sin entender por qué habéis venido.

—Porque te vio antes de irse. Y hay algo que no nos cuadra —le dice Drew.

Noto como la mirada de Lucas cambia.

—¿Le ha pasado algo? —Su preocupación es sincera y me parece que siente más de lo que cuenta.

—No, está con Orlando, la está protegiendo.

Lucas asiente y me mira.

—Esa mujer ya ha sufrido suficiente. No tengo más que deciros.

Se va, dejándome mosqueado.

—Ocultas algo, Drew —le digo a mi hermano.

—Yo también lo he notado —me dice muy serio—. A ver si al final Wendy iba a tener razón...

—Sería la segunda vez que me advierte de algo y yo no la escucho.

—Te perdonará, seguro. ¿Qué vas a hacer ahora?

—No lo sé. Todo parece muy normal, y eso es lo que más me inquieta conforme pasan los días.

Volvemos a nuestras casas. Al llegar a la mía mi madre me informa de que el pequeño está dormido en su cuna. Se despide y me quedo solo

con el niño.

Lo veo dormir plácidamente y recuerdo esa última noche con Emma. Cuando me abrazó con fuerza y dijo que amaba cada pedazo de mí. La miré a los ojos... y la creí. Hubiera puesto la mano en el fuego por asegurar que decía la verdad.

Bajo a la casa de Emma, algo que no he hecho desde que se fue, incapaz de ver sus cosas y no ahogarme con la angustia de saber que la he perdido.

La casa está recogida y la comida que se iba a poner mala se la llevó mi madre. Me contó que se notaba que la casa era de alguien que pensaba regresar y seguir con su vida en ella o en la mía. No de alguien que pensara marcharse para siempre.

Me cuesta mucho estar aquí, su perfume es más intenso. En mi casa, al ser más grande y también por el pequeño, se ha perdido. Ahora solo huele a colonias de bebé.

Voy hacia el armario de Emma. Está todo lo que se ha ido comprando y lo que trajo. No parece que se llevara nada. Veo una caja de metal que llama mi atención. La cojo y me siento en la cama con ella. Son retales y hay una nota encima:

Conseguir más retales de la casa de Caleb y de la ropa de Ander cuando se le vaya quedando pequeña.

Veo que hay un trozo de un traje que se me estropeó. Así como un pedazo de una falda suya sobre la que se tiró un bote de tinta mientras cambiaba la impresora y no pudo recuperarla.

Pensaba formar otra manta de los tres.

Cierro la caja con el corazón encogido, preguntándome qué pasó para que todo cambiara tan de repente. Regreso a mi casa y, tras mirar al niño, voy a mi despacho. Y hago lo que hasta ahora había estado evitando. Buscar su ubicación.

Al hacerlo el ordenador me dice que el chip fue apagado hace un mes, al día siguiente de irse de aquí. Busco la última señal y me aparece cerca de una cabaña en la montaña. Un lugar perfecto para esconderse, y más si Orlando le ha puesto buenos guardas de seguridad.

Todo encaja con su partida. Que se ha ido con Orlando y que no quiere saber de mí.

Me siento estúpido por haber estado buscando una razón para querer localizarla.

CAPÍTULO 36

CALEB

—¡No puedes entrar! —El tono de voz elevado de Wendy me pone alerta.

—Tengo que hablar con él, es urgente —le dice el que parece que es Lucas.

—No tienes cita. Pide una.

Voy hacia la puerta y abro. Wendy está tras esta, sin dejar pasar a Lucas. A mí tampoco es que me caiga bien ahora mismo.

—Tengo que hablar contigo de Emma. Es importante —me pide y noto en su mirada que así es.

—Pasa. Wendy, no me pases llamadas. —Mi hermana asiente y se va hacia su puesto.

Entramos y cierro la puerta. Lucas parece nervioso y preocupado.

—Puedes hablar.

—Quiero que me jures que lo que te voy a decir no saldrá de aquí.

—Tienes mi palabra.

—Bien. —Lucas se sienta frente a mi mesa cuando yo tomo asiento delante de él—. Sé que algo no va bien con Emma. Nos enfadamos y no la había llamado hasta ahora.

—Entonces la conoces.

—Sí, la conozco mejor que tú —me dice sincero—, y sé que le pasa algo. No sabía que se había ido hasta que fuisteis a verme. Como estaba mosqueada, le di tiempo para que se le pasara antes de volver a vernos. La prensa la había dejado en paz y pensé que era porque tú hacías muy bien tu trabajo de protegerla.

—Al parecer no tan bien como Orlando.

—Puede ser, pero si solo la estuviera protegiendo no le prohibiría recibir llamadas. Emma nunca dejaría de cogerme el teléfono. Y menos a mí, sabiendo que estoy de viaje. Sufre mucho cuando me marcho sin rumbo y se me va el tiempo haciendo fotos, tanto que a veces me cuesta fijarme en lo que me rodea, hasta el punto de no pensar mucho en mi

seguridad. Ella siempre responde a mis mensajes —dice confirmando que lo que Pol pensaba era cierto y se mensajeaban.

—Qué bien.

Lucas duda; yo ya he empezado a pensar que estos dos son algo más que amigos. Que durante este tiempo nos han estado engañando a todos.

—Emma quería contarte la verdad, no quería tener secretos contigo. Le dije que no y por eso discutimos.

—Quería decirme que estaba liada contigo... —le digo—. Ahora mismo preferiría no saberlo.

—Si no estuviera tan preocupado, me reiría, pero es normal que pienses eso cuando sientes que los celos te matan.

—No vayas de listo conmigo.

—No lo hago. Sé que te importa Emma, que la quieres, igual que ella a ti, por eso no me cuadra el que haya vuelto con Orlando. Siempre pensé que no lo quería. Que solo estaba con él porque se había dejado llevar tras tantos años juntos. Cuando empezó contigo es cuando la vi realmente feliz.

—No entiendo nada, Lucas.

—Me cuesta decirte esto. Prometí a la mujer a la que le debo la vida que no lo contaría.

—Intuyo que te refieres a tu madre. —Asiente—. No se lo voy a decir a nadie, pero entiende que ahora mismo, con lo poco que me dices, solo tengo más dudas de todo y no sé qué pensar.

—¿No te basta con que te diga que Emma tiene que estar en peligro para no responder a mis llamadas? ¿Que si ha dejado de usar el móvil es por una razón muy importante?

—No, y menos cuando me has dicho que estáis enfadados. Ella podría no querer saber de ti.

Lucas mira por la ventana.

—Emma es mi hermana mayor, nos llevamos un año —confiesa al fin, y me quedo mudo; no había esperado algo así—. Mi madre tuvo un lío con el padre de Emma cuando trabajaba en su empresa. Él estaba casado y su hija era recién nacida; por eso, cuando mi madre supo que se había quedado embarazada, y dado que el padre de Emma la había despedido de mala manera, se lo ocultó a todos. A sus padres les dijo que fue fruto de una noche de pasión con un extraño, a nadie le contó la verdad. Se casó y, como sabes, tengo un hermanastro. —Asiento—. Nunca me he llevado bien con ese capullo y, tras lo que le hizo a tu hermana, fue peor; no soporto ver a alguien que se aprovecha de una persona tan inocente y

le roba su primera vez para grabarla y que lo vean sus amigos para ganar esa mierda de apuesta —me dice, dejando claro que está del lado de Wendy—. Estaba enfadado porque lo más parecido que tenía a un hermano fuera alguien así; fue entonces cuando mi madre me contestó al fin la pregunta que durante tantos años le había hecho: me dijo quién era mi padre y que tenía una hermanastra. Pero me hizo jurar que solo se lo diría a ella y que nadie sabría de esto. Como te puedes imaginar, después de que metieran en la cárcel a su ex amante, ahora menos que nunca quiere que esto salga a la luz. La señalarían con el dedo, y a mí igual. Me importa bien poco que se metan conmigo, pero no soportaría que mi madre fuera criticada. No se lo merece.

Asimilo su historia y ahora, al fijarme mejor sabiendo que es hermano de Emma, veo similitudes entre los dos. Sobre todo en cómo miran a los ojos, con esa fuerza y esa determinación.

—Siempre escribo a Emma cuando estoy cerca de donde está y le digo dónde puede verme. Ahora, con la prensa persiguiéndola y con sus guardaespaldas, nos hemos visto como si solo fuéramos compañeros de trabajo.

—¿Fue casualidad que Emma viniera aquí?

—No, le dije que yo trabajaba aquí y que también estaba su amiga Gwen. Cuando me llamó tras lo sucedido, no pude dejarla sola y le pedí que viniera a mi casa, que ya hablaría yo con mi madre para hacérselo entender. No quiso, pero sí aceptó venir aquí. Por Gwen y por mí. No ha sido fácil para ella guardarte el secreto. El último día antes de irse me dijo que te amaba y que no podía tener secretos contigo. Le dije que no podía contártelo y se enfadó, porque odiaba estar entre la espada y la pared con este tema. ¿Crees que si no le importaras hubiera reaccionado así? —Niego con la cabeza—. Emma siempre responde a mis mensajes. Es lo único que tenemos. Soy la única familia que tiene ahora. No dejaría de cogerme el teléfono, Caleb. Emma no es rencorosa, y menos todavía querría preocuparme.

Pienso en sus palabras, en todo lo que sé ahora y en lo que llevo sintiendo desde que se fue, lo que no me encaja en toda esta historia. Lo que me evita que la odie o que me haga seguir como si nada: que de verdad sentí que ella me amaba.

—Voy a comprobar la grabación de ese día.

—Me gustaría mirar. —Asiento, y Lucas se pone detrás de mí mientras busco ese día y el momento en que Lucas quedó con ella.

Como dijo Pol, parecen dos conocidos hasta que Emma lo mira con lágrimas en los ojos y afectada. Lucas niega con la cabeza y se marcha. Emma se repone y se seca con disimulo una lágrima solitaria. Camina hacia los ascensores mientras Pol y sus hombres revisan todo sin mirarla a ella. Le llega un mensaje al móvil. Emma se detiene un instante. Sonríe y, por esa forma de hacerlo, sé que piensa que soy yo quien le escribe. Pierde la sonrisa al leer lo que dice. Agrando la imagen, pero no veo nada. Mira asustada a todos lados. Luego lee otra vez el móvil, pálida como el papel, y mira hacia los ascensores. Aparece Orlando, al que se abraza y le dice algo al oído. Este asiente desconcertado, pero la abraza sintiendo que le pasa algo grave.

Se van por el ascensor y pierdo su imagen cuando salen de mis oficinas.

—¿No tienes acceso a los mensajes internos?

—No era el móvil de la empresa, es el suyo. A ese no tengo forma de acceder —le respondo—. Me voy a hablar con Orlando. Él sabe dónde está y si está bien.

—Me voy contigo.

—Si no quieres que te relacionen con ella...

—Soy empleado tuyo, puedo ir contigo.

—Bien.

Nos marchamos sin comentar nada a nadie. Ambos aterrados, pensando en qué pudo contener ese mensaje. No dejo de pensar en lo descubierto y en la certeza de que ella se alejó de mí por algo. No me creo ya que fuera porque quiere a Orlando.

Ya no. He dejado de autoconvencerme de que no podía ser cierto que me quisiera porque a mí no me pasaban cosas buenas. Como ella dice siempre, es culpa nuestra estropear lo bueno que nos pasa.

Llegamos a la casa de Orlando. Nos recibe en el salón.

—¿Qué ha pasado? —nos dice nada más entrar.

—Tú sabes dónde está Emma —le digo sin más.

—Claro, me dijo que tú lo sabías. Está protegida por mis hombres.

—¿Y qué te dijo para que lo hicieras? No me creo que hayas vuelto con ella.

—¿Te dijo eso en la nota? —Asiento—. Ignoraba lo que te había escrito. A mí solo me dijo que no quería poner en peligro la vida de Ander, que si la atacaban a ella el niño podría salir herido. Que por favor la protegiera. Que seguro que yo tenía un lugar donde podría ocultarla hasta que todo pasara.

—Recibió un mensaje justo antes de decirte eso y, por los vídeos que hemos visto, ese mensaje parecía muy grave.

Orlando asiente y llama a uno de sus hombres por videoconferencia. Le dice que quiere ver a Emma y este nos la muestra. Ella está mirando por la ventana. Ha perdido peso y se le ven las ojeras de no dormir.

—Emma —la llama Orlando, y ella mira a la cámara. En la pantalla no se me ve a mí—. ¿Va todo bien?

—Sí.

—No tienes buena cara.

—Sabes que no duermo bien últimamente, tanto silencio me altera.

—Orlando sonrío y ella le devuelve el gesto—. ¿Quieres algo más?

Orlando me mira y niego con la cabeza para que no le diga lo del mensaje. Se despide de ella y nos mira tras colgar.

—Está bien. ¿Por qué os iba a engañar? La estoy protegiendo, no la ataca quien yo creía. Es otra persona. Pero no sé quién.

—¿Estás seguro?

—Sí, lo que no sé es de quién se trata. Estoy investigando y haciendo lo posible para que siga con su vida. Para que vuelva contigo, como ella desea. Ella te quiere a ti. —Orlando aparta la mirada, triste.

—Gracias por cuidarla.

—De nada. Si necesitas algo más, ya sabes cómo localizarme. O si quieres que le diga algo de tu parte, se lo haré llegar, o también puedes llamarla tú.

—No tiene su móvil.

—No, me lo dejó a mí. —Abre un cajón y me lo tiende—. No quería caer en la tentación de llamaros hasta que todo acabara. Cualquier cosa, ya sabes dónde estoy.

—Claro. —Le tiendo la mano y me la estrecha con fuerza.

Nos vamos de la casa y, ya en el coche, Lucas dice lo que piensa.

—Me creo la versión de Orlando, pero Emma no está bien.

—Yo también lo he visto. —Pongo el coche en marcha.

—¿A dónde vamos?

—A buscarla. Creo a Orlando, pero necesito verla sin que él esté presente. —No hace falta que le diga que es porque me molesta que él la esté cuidando—. Sigue en la cabaña donde el localizador retransmitió la señal por última vez. Tengo que verla y sacarla de allí; si quiere protección, nosotros se la daremos.

—¿Le pusiste un localizador? —Asiento—. Espero que Emma lo supiera, o se enfadará.

—Lo sabía, por eso lo ha roto. Para que no sepa dónde está. Emma supo qué decirme en esa carta para que yo no la buscara y mucho menos para que viniera a preguntarle a Orlando por ella. Emma se ha ido por una razón y siento que no era solo por proteger a Ander, sino para protegernos a los dos. Ahora falta saber de quién, pero te juro que hoy mismo lo vamos a descubrir.

CAPÍTULO 37

CALEB

He llamado a Logan de camino y, como ya imaginaba, viene hacia aquí junto a su suegro y unos amigos de la comisaría.

No dejo de pensar en la nota de Emma. Ahora veo que ella quería que, cuando todo esto acabara, volviéramos a encontrarnos. Que este no fuera el final. Pero me mosquea que no rompiera el localizador hasta estar en la cabaña. Lo hizo una vez instalada aquí. Puede que fuese porque no esperaba que la siguiera o porque temió que la encontrara y por eso lo rompió, pensando que así me alejaría de ella.

Llegamos a la cabaña. No hay escolta fuera como yo esperaba. Cualquiera puede acercarse a la casa. Aparco el coche y salgo seguido de Lucas.

—Espera aquí —le pido al llegar a la puerta.

Toco y, como nadie me responde, entro.

Siento nada más cruzar el umbral de la puerta que algo no va bien.

Lo primero que veo es al guardaespaldas de Emma tirado en el suelo rodeado de sangre. Me agacho sin hacer ruido. Sigue vivo.

Lucas lo ve y saca el móvil para pedir ayuda.

Me aterro por lo que esto pueda significar, por haber llegado tarde, y todo por mi estúpida idea de que la felicidad no está a mi alcance.

Aterrado como nunca busco a Emma entre las paredes de esta vieja casa.

No se escucha nada.

Voy cuarto por cuarto, temiendo encontrarla herida... o algo peor.

¿En qué pensaba Orlando cuando le puso tan poca seguridad? Nunca me cayó bien ese estirado. Ahora mucho menos.

Me parece escuchar un gemido de dolor y voy hacia la cocina. Antes de entrar algo me golpea el pecho. Es Emma y está viva, y ya no puedo pensar en nada más.

Me tiemblan las piernas por encontrarla así.

—¡Vámonos, Caleb! —me apremia tirando de mí, pero recuerdo al guardaespaldas herido.

—Sal, Lucas está fuera.

—¡Vámonos los dos! —me dice aterrada tirando de mi mano.

—Lucas —le digo a su hermano, que está cerca, sin hacer caso a lo que le dije—. Sácala de la casa.

—¡No! —Lucas tira de ella. Emma patalea mientras me meto en la cocina—. ¡No puedes entrar! ¡Vámonos los tres! —Emma trata de escapar. Yo la ignoro, decidido a acabar con todo esto de una vez. Solo pienso en saber quién es el desgraciado que la está atacando, que estoy seguro la ha hecho huir de mí. Doy un paso más y Emma grita aterrada, desvelando al fin quién es el que la ha alejado de su entorno—. ¡Es tu padre!

Lo dice justo antes de que un disparo surque el aire. Me muevo, pero desconozco si ha sido suficiente cuando noto la bala atravesarme.

—Al fin puedo cumplir mi venganza —dice mi padre con esa voz que ha sido causante de mis pesadillas.

EMMA

Mi hermano tira de mí hacia la puerta. Grito a Caleb mientras intento soltarme. No puedo decirle quién me ataca, quién ha estado jugando conmigo, porque irá tras él. Lo hago cuando veo que, de todos modos, va a enfrentarse a él. Que de nada sirve ya callar para proteger su vida.

Un disparo silencia la casa segundos después.

—¡Noooooo! —grito aterrada, con un dolor como nunca he sentido.

Y mientras trato de soltarme de Lucas, que ahora me agarra con más fuerza, recuerdo cómo empezó esta pesadilla.

Le había pedido a Lucas que me permitiera contarle solo a Caleb la verdad. No quería secretos con la persona a la que había empezado a amar. A Orlando nunca se lo dije, tal vez por su vena de detective, no lo sé bien, pero con Caleb sentía que las cosas solo podían ir bien entre nosotros si era totalmente transparente con él, y no podía serlo si no le contaba algo tan importante para mí.

He guardado este secreto por la madre de Lucas. Y más ahora, con todo lo que rodea a mi familia. Si alguien se enterara de que es mi hermano, lo acosarían. Además, mi madre quiere a mi padre, y no me parecía bien meterme donde no me llaman y contarle que hace años tuvo una aventura.

Estaba bajando a mi puesto de trabajo cuando me llegó un mensaje y pensé que era Caleb que me «regañaba» por llegar tarde. Fue entonces cuando vi el mensaje del padre de este. Que me decía que había salido de la cárcel por ayudar a la policía a pillar a los que estaban ligados a la banda, entre ellos, cómo no, mis padres. Que yo le debía el que estuvieran entre rejas. Y que gracias a eso se había reducido su condena y por fin era libre, y que le había pedido a la policía, a cambio de su ayuda, que nadie lo supiera. Y que me lo contaba porque estaba en sus manos.

Me dijo que se había cansado de acosarme en silencio y que quería destruir a su hijo. Que, si no me alejaba de él, lo mataría como hace años no pudo hacer.

Lo ignoré hasta que me mandó una foto de Ander paseando con Esme. Y me dijo que, si no podía con Caleb, iría a por el niño. Me empezó a mandar más fotos de diferentes días, dejando claro que nos había estado siguiendo. Incluso una del momento en el que me dispararon, en la que yo estaba tirada en el suelo, cubierta por mi guardaespaldas.

Fue entonces cuando me dijo que le pidiera a Orlando que me cuidara él y alejara a Caleb de mí, que el irme con mi ex jodería a su hijo. Que seguro que sabría qué decirle en una carta para que pensara que me había ido con él.

Me dijo que lo había visto subir. Nos tenía vigilados y se había estado moviendo sin ser visto, hilando su venganza hasta que encontrara el momento perfecto para ir a hacer daño.

Fue entonces cuando vi a Orlando. No era la primera vez que se pasaba por la cafetería a tomar algo y me escribía para ver si podía escaparme. En cuanto me vio supo que me pasaba algo. Lo abracé y le dije que Ander corría peligro si me quedaba allí. Que necesitaba que él me protegiera hasta que todo acabara.

No dudó y me trajo aquí para que estuviera segura con dos de sus hombres, que se iban turnando. Por supuesto las indicaciones del padre de Caleb incluían que dejara el móvil lejos para que no pudieran seguirme ni estuviera tentada de delatarlo. Estando ya aquí recordé el collar y lo abrí para sacarle el chip y destruirlo, por miedo a que Caleb me encontrara y su padre anduviera cerca y lo matara.

Hasta hoy mi estancia estaba siendo tranquila. Triste, pero sin novedades.

Entonces apareció el padre de Caleb y me dijo:

—Mi hijo está de camino. Tú lo has traído hasta aquí..., como yo sabía que pasaría. No esperaba que tardara tanto en buscarte, la verdad.

Pero sí tenía claro que tú lo atraerías a este paraje perdido de la mano de Dios sin nadie que lo proteja.

Se rio y lo comprendí todo. Había estado jugando conmigo para atraer a Caleb a este lugar y matarlo sin que nadie pudiera ayudarlo esta vez, como pasó con Logan cuando, gracias a la presteza de los médicos y la rapidez con la que fue atendido, salvó la vida. Él sabía que con el miedo en el cuerpo yo me escondería en un lugar alejado de todo.

Grité, pero era tarde, ya había disparado a mi guardaespaldas. Estaba sola y no podía salvar a Caleb. Era mi culpa que hubiera acabado metido en ese lío.

Y ahora le ha disparado, y tal vez al fin haya acabado su cruel venganza...

* * *

Empujo a Lucas y voy hacia el lugar donde Caleb se ha quedado con su padre y su peor pesadilla desde que era un niño.

Entro en la sala pensando que estará en el suelo, herido. Lleno de sangre.

Estoy a punto de llorar por el terror que me da perderlo.

No es esa escena la que encuentro ante mí. Sí está herido y la sangre mancha su brazo. Aun así, Caleb apunta a su padre con una pistola. Ha debido de ir hacia él tras el disparo. Y lo tiene acorralado.

Caleb lo mira a los ojos, esos ojos que le han atormentado durante tantos años.

Noto su dilema, su pesar. Y cómo al mirar a ese hombre se da cuenta de que la pesadilla se disipa, que ya no le teme. Que no es como él. Se aparta y le golpea con la culata de la pistola para dejarlo inconsciente, sin matarlo.

—Yo no soy como tú. Nunca lo he sido.

Sonríó orgullosa y me lanzo a sus brazos. Duda un instante. Recuerdo la carta.

Abro la boca para hablar, pero sus labios me dejan sin palabras. O tal vez expresan todo lo que no sabría decir de otra manera.

Lo beso, deleitándome con su sabor. Pensé que no lo volvería a hacer y que, de hacerlo, no creería nada de lo que le contaba o que, de creerlo, ya no sentiría nada por mí. Me sentía como Orlando, que por salvar mi vida me perdió.

Mis lágrimas se cuelan en el beso. Lo abrazo con más fuerza, hasta que se queja.

—¡Estás sangrando!

—Es superficial —me calma.

—¡Caleb! —grita Logan y noto el miedo en su voz.

—Estamos aquí.

Al poco aparece Logan y, solo cuando ve a su hermano, su gesto preocupado se suaviza. Lo hace hasta que Caleb le señala a su padre en el suelo.

—¿Quién es?

—Nuestro padre. Lo recordaba más alto, más musculoso..., pero no es más que un despojo de huesos y piel.

Es cierto. El padre de Caleb se ve delgado y mucho más bajo que sus hijos. El pelo se le ha teñido todo de blanco y tiene la cara llena de arrugas, seguramente por el tabaco y el alcohol que ha comprado en la cárcel.

Al mirarlo solo veo a un hombre mayor herido. Uno capaz de disparar por dos veces a su propio hijo.

Logan lo levanta y se lo lleva fuera. Lo seguimos. Lo mete en uno de los coches patrulla y cierra la puerta con fuerza.

—Tenéis mucho que contarme.

—Sobre todo ella. —Caleb se lleva la mano al brazo. La sangre no deja de salir.

—¡Tienes que curarte esa herida!

—Es solo un rasguño. —Se quita la chaqueta y la tira lejos. Luego la camisa, y rompe la manga. Veo la herida..., no es solo un rasguño. Se hace una venda y se pone el resto de la camisa.

—Tenemos que ir a asegurarnos de que este desgraciado no sale de la cárcel —le dice a su hermano Logan.

Se miran a los ojos. Dos hombres tan iguales y tan unidos desde esa fatídica noche. Logan asiente, sabiendo que Caleb no va a ir a curarse a un hospital.

—Caleb...

—Tenemos mucho que hablar, Emma. Pero no hoy. Hoy tengo que encerrar a mi padre entre rejas.

—Tengo que contar mi versión.

—Armando te tomará declaración.

Se monta en el coche donde está su padre, al lado de Logan. Los tres juntos de nuevo. Ambos tienen que cerrar esta pesadilla para siempre.

Los dos necesitan llevar a su padre de nuevo a la cárcel. Estar con él y dejar que el miedo y el sufrimiento vivido este tiempo se anulen.

—Vamos, Emma. —Me vuelvo hacia Lucas, mi hermano pequeño, aunque me saca una cabeza.

Lucas me pasa una mano por los hombros. Lo abrazo y lloro, dejando salir todo el miedo que he pasado por no saber cómo sería mi próximo amanecer y si un día volvería a ser feliz.

Solo saber que hacía esto por Caleb y Ander me mantenía con esperanza.

Si no se lo dije a nadie fue porque pensaba que ese desgraciado, en vez de estar vigilándome a mí, estaba pendiente de Caleb, y si yo decía algo, quizá le dispararía antes de que lo pudieran apresar.

Tenía mucho miedo por lo que podía pasarles, y más tras mi disparo, donde en un segundo todo pudo cambiar para siempre.

* * *

La prensa, no sé cómo, se ha hecho eco de la noticia. Deben de tener a alguien infiltrado en comisaría o escuchas telefónicas. Si no, no me lo explico. Por eso, cuando Lucas me deja en la puerta de mi casa, tras presentar declaración de lo ocurrido en la comisaría, me veo acosada por la prensa. También están cerca mis guardaespaldas y, nada más salir, me rodean, por eso le pido a Lucas que se marche. Ya se ha expuesto demasiado. Caminamos hacia mi edificio, donde están esperándome la familia de Caleb y mi amiga Gwen. Ignorando a la prensa, voy hacia ellos bien protegida por estos dos armarios. Entramos al edificio y, ya en él, Gwen y Wendy me abrazan.

—Sabía que no era normal que te fueras así —me dice Gwen—. Sentimos no haberte encontrado antes.

—No te preocupes, yo no quería ser encontrada.

Subimos directamente a la casa de Caleb. La miro con otros ojos: he echado de menos estar aquí, no por lo bonita que es esta casa, sino porque en ella me sentía de verdad en casa. Y no en un hogar lleno de lujos y frío de sentimientos como siempre fue el mío.

—Bienvenida a casa —me dice Esme. Por supuesto no me van a dejar sola, pero no me voy a oponer, no serviría de nada.

Hay emociones imposibles de ocultar cuando tienes el alma expuesta en tu mirada.

CAPÍTULO 38

CALEB

Vemos a nuestro padre alejarse, llevado por los funcionarios de la prisión. No hemos dicho nada durante el viaje hasta aquí. Y, sin embargo, he sentido que al fin todo acababa.

En la mirada de Logan también lo he visto. Esa paz que pone fin a una larga pesadilla.

No había querido verlo en todos estos años; pensaba que, de hacerlo, todo sería peor.

Pero hoy, al tenerlo cara a cara, me he visto tan superior a él..., y no solo físicamente, que me he dado cuenta de que ese miedo infantil debía acabar.

No le temía a él, tenía miedo de que me pasara de nuevo algo que no pudiera dejarme vivir. Y fue al verme reflejado en su cansada mirada verde cuando vi que no pudo acabar conmigo. Que, aunque lo intentó, no me mató, ni tampoco a Logan. Ambos superamos lo que nos hizo, siendo mucho más fuertes que él.

Estábamos vivos y no supimos seguir viviendo. Fue como si en verdad nos matara, y ninguno supo apreciar el regalo que teníamos por culpa del miedo.

Ya me había quitado demasiados años por estar anclado en algo que pertenece al pasado.

Ni uno más.

Miro a Logan. Sonríe y sé lo que quiere decir: ahora es tiempo de pasar página y escribir historias nuevas.

Él ya lo hizo hace tiempo, ahora me toca a mí.

Es tiempo de dejar de pensar en lo que pudo pasar y vivir con lo que sucedió, dando gracias de que no fuera algo peor.

Yo no tuve la culpa, ni mi hermano.

Fue nuestro padre el que decidió acabar con sus hijos y ahora debe pagar por intentarlo una segunda vez.

Es presa de sus actos.

* * *

Llego a mi casa tras pasar por el hospital para mirarme la herida. Logan no pensaba dejarme en paz si no lo hacía. Como ya suponía, la bala solo me rozó. Me moví lo suficiente para esquivar el disparo tras escucharlo. Y luego fui hacia él, mientras se reponía al darse cuenta de que una vez más había errado el tiro.

Lo atrapé casi sin esfuerzo. Y por un instante tuve la tentación de ser yo el atacante.

No lo hice porque soy mejor que él y eso me hubiera puesto a su altura.

Entro en mi piso y, como ya sabía, está toda mi familia aquí reunida. Me preguntan cómo estoy y me informan de que Emma se está dando un largo baño y que Ander acaba de quedarse dormido en su cuarto, tras tomarse un biberón.

Les pido que se vayan y entre risas y miradas lo hacen.

Entro en el baño tras comprobar que Ander esté bien, y veo a Emma dormida en la bañera.

Es preciosa. Y la quiero como nunca imaginé poder querer a nadie.

Ella ha remendado todos los pedazos de mi corazón y los ha unido para que pueda amarla con fuerza.

Me acerco a tocar el agua. Está ya fría.

La despierto para sacarla de aquí tras quitarle el jabón y la llevo a la cama después de secarla un poco. Me meto con ella y nos abrazamos, ambos cansados por esta larga separación y felices por este reencuentro.

Nunca pensé que las emociones cansaran tanto, y necesito un respiro para poder seguir.

* * *

Regreso al cuarto tras darle un biberón al pequeño y dejarlo dormido de nuevo. Me meto en la cama y Emma se alza para besarme.

—Te echaba de menos —me dice sin alejarse de mis labios—. Tenía miedo de no volver a verte, o hacerlo y que no me creyeras. O que te gustara otra más que yo. Una amiga mejor y eso.

—¿Una amiga mejor? —Alza las cejas—. Ah, no lo creo. Dudo que encuentre a otra con ese gusto tan exquisito para unir remiendos.

Sonríe feliz.

—No vi otra salida. Estaba muy asustada. Ahora en casa veo cientos. Pero con el miedo aún en el cuerpo por mi disparo y el temor a que os pasara algo a los dos, solo veía esa vía. Me bloqueé. Y tu padre sabía que esto pasaría. Por eso le costó todo tan poco.

—No te preocupes. Estabas sometida a mucha presión: el arresto de tus padres, que alguien trataba de matarte y un jefe insufrible...

Se ríe.

—Eso era lo mejor de cada día. —Me da otro beso—. ¿Y tu padre?

— Mi padre está en la cárcel por intento de asesinato.

—¿Era solo un rasguño? —dice acariciando la venda.

—Sí, nada que lamentar. Soy difícil de matar. —Se ríe.

—Mientras iba a ver cómo estabas me aterraba que él...

—No ha pasado, y es hora de vivir con la realidad, no con las hipótesis.

—¿Quién eres tú y qué le has hecho a mi Caleb? —Ahora soy yo el que se ríe.

—Soy yo, una versión mejorada de mí mismo.

—Caleb 2.0 —Se ríe—. Me gusta.

Se alza y me besa de nuevo. Este beso es más lento, más ardiente.

Me muevo para quedar sobre ella y enredar mis piernas entre las suyas.

El beso cada vez se hace más intenso; son muchos días soñando con su cuerpo. Con acariciar cada centímetro de su piel. Por eso ahora, mientras le digo en cada beso cuánto la amo, la acaricio con deleite sin dejarme ningún resquicio de su piel por mimar.

Me adentro en ella sin que nada nos separe, pensando en hoy y en el futuro como nunca. Le hago el amor sin prisas y beso las lágrimas que caen de sus bellos ojos dorados por la intensidad del momento.

Me derramo dentro de ella sin saber si estamos empezando a construir un nuevo futuro, pero siendo consciente de que todo ha cambiado. Que los «para siempre» ya no los veo tan lejos de mí. Ni la felicidad.

Por primera vez no me asusta ser feliz. Se pierde mucho más cuando no te dejas llevar por lo que sientes.

EMMA

Vamos a la comisaría para que me hagan más preguntas. Caleb tiene mi móvil y me lo da para que lo examinen y lean los mensajes. El padre de Caleb se va a pasar muchos años en la cárcel. Y el que dejara la pista de los mensajes demuestra que le daba igual ser capturado una vez terminara de jugar con nosotros y cumpliera su venganza.

Lo que me escama es que lo dejaran libre por ayudarles a atrapar a más miembros de la banda. Todo podía haber acabado en un fatal desenlace y no sé hasta qué punto el fin justifica los medios si hay vidas en juego.

Ahora voy con Caleb a una tienda de muebles. Se ha empeñado en que añada a su casa algo mío. Algo que haga que no sea solo su hogar, sino el de los tres.

El pequeño Ander está con Esme, como cada mañana. Caleb hoy no ha ido a trabajar, se ha tomado la semana libre. No me lo puedo creer.

Está cambiando y me encanta ver la transformación. Sobre todo cuando sonrío y sus ojos verdes relucen de esa forma.

Ahora mismo me mira un instante antes de seguir nuestro camino. No me ha dicho que me quiere, ni que me ama, pero yo lo siento cada vez que me observa. Solo hay que darle tiempo. Nadie sana de golpe, ni aprende a decir «te quiero» de repente cuando lleva toda la vida encerrando esa palabra muy dentro de sí mismo.

Hay tiempo para todo.

Miro a la carretera en el instante en que Caleb da un volantazo. Trata de esquivar un coche todoterreno que viene hacia nosotros.

Grito cuando las ruedas pillan la gravilla y nuestro coche pierde el control.

Todo pasa muy rápido.

En un segundo estoy gritando su nombre y al momento siento un dolor tan profundo que me deja sin palabras y torna negro todo mi mundo.

CAPÍTULO 39

CALEB

Se llevan a Emma para operarla de urgencia. Ella ha sido la que más ha sufrido el golpe al estar en el asiento del copiloto. Ahora mismo me da igual. Me cambiaría por ella.

Me han examinado las heridas y no tengo nada, salvo rasguños, pero Emma se dio un golpe en la cabeza y ha perdido el conocimiento.

Me siento morir mientras espero.

—¡Caleb! —Wendy corre hacia mí. Los avisé de camino.

Me abraza con fuerza.

No lo siento.

Estoy helado.

Frío.

Es como si hubiera dejado de existir.

Las horas pasan lentas. Me siento como si esto no fuera real. Y yo creía que entendía de pesadillas, pero esta es mucho peor.

No dejo de pensar en lo cobarde que he sido, en el tiempo perdido, en los «te amo» que nunca me atreví a pronunciar creyendo tontamente que con decírselo a besos sobraba.

Ahora me arrepiento de haber vivido la vida a medias.

Ella tiene que estar bien.

Me niego a creer lo contrario.

Salen a buscar a los familiares de Emma. Miro a Lucas, que ha venido junto con otros trabajadores míos. No va a decir nada por su madre, aunque ahora mismo le mata callar que es su hermana. Lo veo en sus ojos.

—Es mi novia.

Noto el nudo en la garganta, por el momento y por mi cobardía de no decirle a ella que hace tiempo que la veía como mi novia y no como amiga. Que solo el miedo a darle ese nombre que antes llevó Lidia me hacía callar.

—Está estable dentro de la gravedad. Es el golpe en la cabeza lo que nos preocupa. Y por eso la hemos inducido al coma. Estas horas son

cruciales para ella.

—¿La puedo ver? —Asiente y nos pide que solo entre una persona.

Sigo al doctor y me advierte que la imagen me puede impactar. Y así es: Emma está rodeada de cables, con media cabeza vendada y la otra amoratada. Voy hacia ella y cojo su mano con cuidado. La aprieto con fuerza y le digo en alto que no me deje solo. Que no puedo vivir sin ella.

No sé cuánto tiempo ha pasado cuando recibo una llamada.

No la cojo, pero me llega un mensaje:

Sé quién ha tratado de matar a Emma.

CAPÍTULO 40

CALEB

—Vengo a ver a Orlando para informarle del estado de Emma.

—Claro, pase, señor Montgomery. Está en su despacho.

Lo sigo al despacho de Orlando, la puerta se abre y Orlando viene hacia mí preocupado.

—¿Cómo está Emma?

—Mejor, cada hora que pasa mejor.

—Gracias por venir a informarme como te pedí. No quería decirte por teléfono lo que he descubierto.

—Habla, soy todo oídos.

—Sé quién va detrás de Emma, quién quiere matarla.

—Yo también lo sé. Eres tú.

CAPÍTULO 41

CALEB

Orlando me mira sin comprender. Sonríó mientras escucho los pasos de las personas que van a detenerlo. Y mientras recuerdo cómo hemos llegado hasta este punto.

Recibí un mensaje del padre de Emma desde el móvil de su abogado. Presa de la curiosidad, fui a ver qué quería, deseando acabar con esto. Y temiendo lo que pudiera pasarle a Emma si me alejaba; por eso dejé a mi madre a su lado, sabiendo que ella cuidaría de Emma como siempre había cuidado de sus hijos.

Al llegar a la cárcel me llevaron al hospital que tienen allí dentro, donde el padre de Emma había estado curándose tras las palizas. A su lado estaba su abogado y ambos me miraban como si en mi mano estuviera su salvación.

—¿Cómo está mi hija? —Me extrañó ver verdadera preocupación en sus ojos.

—Está bien dentro de la gravedad.

—Me prometió que no la mataría si yo guardaba silencio. Si yo me hacía pasar por él y me comía sus trapos sucios. Pero los celos le han cegado al verla contigo. Está obsesionado con mi hija...

—¿De quién estás hablando?

—De Orlando, Orlando es quien está detrás de todo esto. Y si él no ha cumplido con su palabra, yo tampoco lo voy a hacer.

—¿Y por qué debería creerte?

—Porque tengo pruebas, o mejor, sé quién le hizo ser a Orlando lo que es ahora.

—¿Quién?

—Tu padre. Creo que será mejor que empiece por el principio. —Asentí sin entender nada—. Por error me enteré de todo esto mientras iba a casa de Orlando para hablar con él de su boda con mi hija. El mayordomo se tuvo que ausentar y, como yo era casi de la familia, me dijo que mi yerno estaba en el despacho y se fue. Fui hacia allí y, antes de tocar a la puerta, escuché su risa y cómo le decía a alguien con quien

hablaba que nadie sabía que él era el sucesor del Gato. Estaba tan en boca de todos el tema, que enseguida supe a qué se refería. Me quedé callado escuchando. Oyendo cómo contaba que iba a estar un tiempo sin hacer nada para luego reaparecer con otro nombre y seguir extorsionando a ricos idiotas que con tal de que nadie supiera de sus secretos eran capaces de pagar el dinero que fuera. Estaba tan impresionado por lo que escuchaba que me dejé caer sobre la puerta, sin sospechar que esta haría ruido y lo alertaría. Me vio y colgó el teléfono para venir hasta mí, y por primera vez vi su verdadera cara.

Lo miré a la espera de más y vi en sus ojos dorados que decía la verdad.

—Me encerró y me dijo que no podía contar nada de esto. Que, si lo hacía, mataría a mi hija. Si te soy sincero, siempre había pensado que esa mocosa no me importaba tanto, pero fue decir eso y sentí tal deseo de ahogar a ese niño bonito que me levanté contra él, pensando que era más fuerte; me equivocaba, en solo un golpe me dejó sangrando en el suelo. Lo miré a los ojos mientras se agachaba y me decía que tenía muchos a su cargo y que con solo una llamada le pegarían un tiro en esa preciosa cabeza rubia. Que por mucho que la quisiera no iba a ir a la cárcel por mi culpa. Le juré silencio. Canceló la boda porque no se creía que yo fuera a guardarlo. Y quería demostrarme que podía jugar con Emma si lo deseaba. Hasta que me cansé y lo amenacé. Fue entonces cuando, sin saber cómo, puso en mi casa las pruebas que me inculpaban de sus crímenes, de cosas que él había hecho y de sus negocios y trapicheos. Y dio el chivatazo. Acabamos en la cárcel; mi mujer no sabía nada y yo no podía explicarle la verdad, porque Orlando me había demostrado que era capaz de todo.

—Ese desgraciado... —dije sin poder contenerme.

—Lo es. Vino a verme y me amenazó con que, si contaba a alguien la verdad, Emma sería asesinada. Callé por ella. Y me contó que, cuando fue a mi casa hace tantos años, venía a chantajearme con contarle a mi mujer que le había sido infiel... —Aparta la mirada—. Le fui infiel cuando estuvimos separados, pero nadie lo sabía y yo no quería estropear las cosas ahora que la había recuperado. Orlando al final no me chantajearó porque se enamoró de Emma e inventó una historia del chico perfecto para estar a su lado. Mientras, usaba su posición para extorsionar a los ricos sin que nadie lo delatara, por miedo. A los ojos de todos era un empresario de éxito, y para los amigos más cercanos, un detective. En verdad sí investigaba, pero para extorsionar a los ricos y tener dinero

para pagar sus fechorías. Y todo esto aconsejado por tu padre. —Me miró—. Orlando había entrado en la cárcel con solo dieciocho años y allí se hizo muy amigo de tu padre. Entre los dos idearon este plan, secundado por el jefe de la banda, para que, si él caía, su legado siguiera existiendo. Me lo contó todo cuando vino a verme un día muerto de celos por verte con ella. Me dijo que había estado a punto de matarla, pues le encargó a alguien que encontrara algo con lo que herirla sin levantar sospechas. Supuse que fue cuando se le cayeron los archivadores encima. Lo dejó estar hasta que yo traté de verla, porque temía que la hirieran otra vez por sus celos. Fue entonces cuando le dispararon. Luego me dieron una paliza que casi me matan para silenciarme, y desde entonces ha estado jugando con Emma. Tu padre no actuó solo. Lo tenían todo preparado. Tu padre te mataría a ti y a Emma. Lo tengo claro. El accidente lo demuestra. Los celos han hecho que, por mucho que quiera a mi hija, la prefiera muerta a que esté contigo, y sé que, si no te cuento esto, la matará a ella y luego a mí, para no dejar pistas. Tienes que atraparlo cuanto antes. No atacará a Emma aún, porque cada vez que lo hace siempre se queda destrozado. Esperará a estar fuerte de nuevo. El tiempo corre en nuestra contra, Caleb.

—Logan tenía razón al decir que esto no había acabado...

—No lo hará hasta que Orlando no caiga, y el único que lo puede encerrar es tu padre.

—Dudo que mi padre haga eso por mí.

—No lo hará, pero ya entregó a los suyos por un precio, tal vez ahora haga lo mismo.

—¿Cómo lo sabes?

—En la cárcel uno se entera de muchas cosas. —Asentí—. Orlando sabe actuar muy bien; necesitamos que tu padre lo delate y nos diga dónde están las pruebas que lo dejan al descubierto, o esto nunca acabará.

—Sí que es un gran actor; volvió contándole a Emma que se había alejado de ella porque alguien trataba de matarla para hacerle daño.

—Es un farsante. Y lo tiene todo muy bien atado. ¿Hasta dónde estás dispuesto a llegar para proteger a mi hija, Caleb? Os he visto en la tele juntos, sé que te importa.

—¿Solo por lo que has visto en la tele?

—Hay miradas difíciles de ocultar a quien sabe observar bien.

—Y lo dice alguien que se ha pasado veintiséis años ignorando la mirada de su hija... —Aparta la vista.

—La cárcel me ha hecho cambiar. Saber lo que de verdad importa en la vida, y no es el dinero. Ni el trabajo, como yo creía. Me arrepiento de no haberme dado cuenta antes. Pero nunca es tarde, ¿no?

Asentí y me fui. Se lo conté todo a Logan; él sabría qué hacer. Investigó en la cárcel donde estaba alojado mi padre y supimos qué trato proponerle.

Encontrarme de nuevo con él fue mejor de lo que esperaba: al mirarlo no sentí nada.

Porque cuando odias a alguien le estás dando demasiada importancia a una persona que solo merece tu indiferencia.

—Están dispuestos a darte una celda mejor y que vivas a cuerpo de rey en una de las mejores cárceles del país a cambio de que lo entregues.

—¿A quién? —me dijo sin mirarme.

—A tu discípulo, a Orlando. O, si no, te pudrirás en la cárcel más despiadada, rodeado de todos los que han sido atrapados por tu causa.

—No podéis hacer eso.

—Sabes que sí —le dijo Armando, tendiéndole unos papeles para que los firmara—. Si él cae, tú tendrás una vida mejor entre rejas. Si callas, te haremos la vida imposible aquí dentro. ¿Estás dispuesto a caer por él?

Como ya imaginábamos, no lo estaba. Mi padre es un ser egoísta que con tal de conseguir algo mejor es capaz de vender su alma. Contó todo: dónde estaban los despachos falsos de Orlando en los que guardaba sus secretos, dónde traficaba con la droga... No se calló nada.

Y, tras comprobar que todo era cierto y que los padres de Emma no tenían nada que ver y que habían sido extorsionados por ese miserable, tocaba apresar a Orlando.

Pero antes quería mirarlo a los ojos y responder a su mensaje de preocupación, en el que me pedía verme para contarme algo importante. Quería ser yo el último que viera esa cara de felicidad falsa antes de que se viniera abajo su careta.

Al fin todo acaba hoy.

CAPÍTULO 42

CALEB

—No sé de qué hablas.

—Mi padre se vende al mejor postor. Y le hemos hecho una oferta que no ha podido rechazar. Te ha vendido.

—Miente. ¿Lo vas a creer a él? ¡Trató de matarte!

—Algo que nadie sabe, y que una vez más te delata, porque te lo contó él. —Se da cuenta de su error y abre el cajón de su mesa, seguramente para sacar su arma. No lo llega a hacer porque desde la puerta lanzan un tiro que da en la mesa y le hace retroceder.

—¡Esto no va a quedar así! ¡Soy inocente! —grita al ver que la policía va hacia él.

Logan se pone a mi lado.

—No me explico por qué siempre dicen eso cuando saben que están de mierda hasta el cuello —me dice mientras apresan a Orlando.

—La verdad es que le he pillado el gusto a esto de cazar a los malos —le digo—. ¿No lo echas de menos?

—No, vivir es más emocionante que perseguir la vida de otros. Y ahora sí puedo darle a mi hija una vida mejor.

—Sí...

—Emma va a estar bien.

—Eso espero. No sabría vivir sin ella.

—Lo sé. Piensa que al fin has logrado que pueda vivir en paz.

EMMA

Abro los ojos. O el ojo. Uno de ellos no puedo abrirlo. Me asusto.

—Tranquila. —Escucho la voz de Lucas. Está cerca y al verme despierta se acerca y coge mi mano—. Estás bien.

—¿Caleb? —digo muy asustada. Lucas me coge las manos.

—Está cazando malos con Logan.

—¿Está bien? —pregunto.

—Sí, tú recibiste el mayor impacto. —Acaricia la venda de mi cabeza—. No te ha afectado a la vista, pero te han puesto un gran vendaje. —Asiento—. No sabes el miedo que he pasado..., lo mucho que me he arrepentido de haber ocultado a todos quién eres para mí. Aunque ahora da igual.

—¿De qué hablas?

—No me voy a casar —me informa triste—. Me ha vendido, Emma. Por una exclusiva de muchos ceros ha contado a la prensa que somos hermanos.

—Pensaba que no se lo querías contar...

—Nos vio en la televisión juntos cuando te dejé en tu casa. Se lo tuve que decir para no perderla...; al día siguiente vendió la noticia y ha salido publicada hace poco. Lo hemos dejado.

—Y te vas a ir —adivino, por lo que le conozco.

—Regresaré. Pero necesito estar solo con mi cámara y asimilar esto. Yo la sigo queriendo, y no es fácil aceptar que la persona que creías que era ya no existe.

—Te entiendo.

—No me iré hasta saber que estás completamente curada.

Asiento, notando que una vez más me quedo dormida y no puedo detenerlo.

* * *

Me despierto de nuevo y esta vez ante mí está un preocupado Caleb que, al verme abrir los ojos, se relaja. Viene hacia mí y coge mi mano. Abro la boca para hablar, pero no me deja.

—No quiero perder más instantes contigo, Emma. Por eso no puedo dejarte que digas nada sin antes confesarte cuánto te amo.

Se me llenan los ojos de lágrimas.

—En la vida no existen los «para luego», solo los «ahora» —sigue diciendo—, ahora lo sé. —Acaricia mi mejilla para secar la lágrima que cae por esta—. No sé en qué momento dejé de verte como alguien que me molestaba y pasaste a ser alguien que me importaba. Tal vez subconscientemente desde el principio, y por eso me inventé esa excusa de pagarte un *spa* cuando sabía que me había comportado como un capullo contigo y no quería perderte. —Agrandando los ojos—. Pensaba que mi padre me había roto esa noche y no era consciente de que yo mismo

me estaba destrozando al no dejar de vivir anclado en el pasado. Al conformarme con algo menos que la felicidad y al no luchar por ella. Ahora sé lo equivocado que estaba.

Me besa lentamente y continúa hablando.

—No quiero que pase un día sin decirte que te amo, ni una noche sin dar gracias por saber que sigues a mi lado y nos espera un nuevo mañana juntos.

Se queda callado. No puedo hablar, presa de la emoción.

—Yo también te quiero, Caleb.

—Lo sé. —Acaricia mi cuello y alza mi collar—. En verdad te estaba proponiendo una vida juntos, pero no tenía el valor para pedírtelo. Me pasó como a Logan, debe de ser cosa de familia...

—¿Me estás pidiendo que me case contigo?

—Eso parece. Aunque algo torpe... Logan se lo curró más, ahora que caigo. —Me río y él sonrío feliz.

—Me encanta esta pedida. No la cambiaría por nada, me gusta cómo eres, Caleb. No espero de ti que seas de otra manera. Y no vas a cambiar tu lengua sincera por mucho que ahora hayas aprendido a decir «te amo».

Se ríe.

—Seguramente no. ¿Entonces, aceptas?

—Sí.

—¡Por fin! —La puerta se abre y entra Esme, seguida de Wendy, Drew y el padre de los mellizos—. ¡No sabéis lo que me ha costado estar callada! Dejaros espacio..., ha sido horrible cuando estaba deseando hacer de casamentera.

—¿No me digas? —bromea Caleb.

—Eso sí, la boda la organizo yo, va a ser preciosa. Estoy tan feliz... y espero que tú aguantes hasta el final, menuda vergüenza nos hizo pasar tu hermano cuando se fue tras el primer baile... —Sonrío feliz y abraza a su hijo sabiendo que esta vez Caleb sí le responderá.

Se me llenan los ojos de lágrimas cuando Caleb le devuelve el abrazo y Esme tiembla entre sus brazos. Lleva mucho esperando esto. Esperando que su hijo vuelva a ella y la abrace como ese niño que lo hacía por costumbre.

—Te quiero mucho, hijo.

—Y yo a ti.

Esme se seca las lágrimas.

—Bueno, ahora os dejamos solos. Que tenemos que preparar una boda.

Se alejan felices, dejándonos privacidad.

—¿De verdad que no te importa ser parte de esta familia?

—Estoy deseándolo —le digo feliz.

Me besa y entre sus labios siento lo mucho que le importo.

No era la vida que tenía planeada desde hace tantos años. Pero ahora sí sé que es la vida que quiero vivir.

Y que, cuando se ama de verdad, se nota, y te das cuenta de cuán intenso es un «te amo» y el valor que adquieren las palabras «para siempre».

EPÍLOGO

CALEB

Observo a Emma jugando con Ander en la playa. La barriga de siete meses de embarazo ya se le nota. No muy lejos está Gwen con su hija, que ya ha empezado a andar y trata de ir junto a su primo Ander, quien ya no anda, corre.

Emma sonrío feliz por los juegos de los niños. Y entonces me mira, sonriente, preciosa.

Ha pasado más de un año desde que Emma salió del hospital y se enteró de toda la historia. No se la quise contar hasta que estuviera completamente recuperada y, tal y como yo esperaba, quiso ir a ver a sus padres.

Sus padres le contaron todo y se dieron un tímido abrazo. El primero de su vida y el primero de muchos otros.

El padre de Emma ha decidido jubilarse y vivir en una pequeña casa de este pueblo junto a su mujer, que ya sabe que le fue infiel y le ha perdonado. También ha conocido a Lucas, del que no sabía nada, y entre ellos ha nacido un vínculo especial, tal vez porque Lucas lo ha conocido en un momento de su vida en el que se ha dado cuenta de qué es lo que de verdad importa y ha decidido cambiar. Y eso que dicen que las personas nunca cambian. Como siempre, existen las excepciones. Mi padre y Orlando están en la cárcel y ambos se van a pasar muchos años allí. Ya no queda nadie libre que perteneciera a esa banda; al fin todo ha acabado de verdad.

A Emma le costó asimilar toda la información. Saber que había estado al lado de alguien así le hacía daño. Pero al final, con la ayuda de todos, consiguió dejar de darle tantas vueltas y recordar solo que, mientras Orlando le mentía, ella era feliz, y el resto era mejor no recordarlo, pues solo le lastimaría.

Emma se acerca y se sienta a horcajadas sobre mí. Me pasa los brazos alrededor del cuello y me besa.

—Es lunes, deberías estar trabajando.

—Tú también. —Se ríe.

—En la playa con nuestro hijo y nuestra sobrina se está mucho mejor.

Emma sonrío feliz. Siempre ha querido a Ander como si fuera su hijo y este la adora. Al igual que yo. Esperamos otro niño y Ander está como loco por tener un hermano. Lo entiendo; Logan y yo éramos inseparables. Aunque sé por Wendy que tener una hermana también es maravilloso, y si no que se lo digan a Drew, que no sabe vivir sin protegerla.

Tal vez en exceso, y más ahora que Wendy ha decidido coger las riendas de la empresa y ayudarme, junto con Emma, en la presidencia. Emma no se merecía otro puesto que no fuera a mi lado, como una igual. Y también al lado de los mellizos.

Logan, por su parte, es feliz en su librería, con sus libros y sus pasteles, adorando a su esposa cada día más.

Lo veo no muy lejos de aquí, cogiendo a su hija en brazos antes de entrar con ella en el agua.

—Es increíble —me dice Emma.

—¿El qué?

—Cómo os habéis pasado años dejando escapar la vida entre las manos y ahora os aferráis a esta con uñas y dientes para no perderos ni un instante.

—No lo sabes tú bien.

Sonrío y la beso mientras doy gracias por lo que tengo, y feliz porque, aunque pensaba que la felicidad no estaba a mi alcance, sé que en el fondo siempre esperé estar equivocado.



Nació el 5 de febrero de 1983. Desde pequeña ha contado con una gran imaginación. Imaginativa y despierta, no tardó mucho en empezar a decantarse por el mundo literario, ya que con nueve años empezó a escribir teatro y con doce escribía poesías en los cuadernos de clase, y fue cuando comenzó su primera novela.

Pero no fue hasta los dieciocho cuando escribió su primera novela en serio, lo cual supuso el comienzo de su carrera literaria. Desde entonces no ha dejado de escribir y de inventar diversos mundos llenos de magia, fantasía y amor.

Administradora de la web literaria de éxito *teregalounlibro.com*, cuenta con un millón y medio de visitas.

Actualmente sigue escribiendo los nuevos libros que pronto verán la luz.

Su lema desde que empezó a luchar por ser escritora: *La única batalla que se pierde es la que se abandona*

Logros

- **Nominada a los premios DAMA'14** como mejor novela romántica juvenil con *Me enamoré mientras mentías*.

- **Nominada a los premios DAMA'15** como mejor novela contemporánea con *Por siempre tú*.

- **Ganadora de los premios Avenida'15** a la mejor novela romántica y como mejor autora de romántica'15 con *Por siempre tú*.
- **Numero 1 en ebook en** Amazon.es, Amazon.com e Itunes, y play store con varias de sus novelas publicadas.

REDES SOCIALES

- Facebook: @MoruenaEstringana.Escritora
- Twitter: @MoruenaE
- Instagram: MoruenaE

BIBLIOGRAFÍA

Libros publicados

El círculo perfecto (autoeditado, 2009), *El círculo perfecto* (Editorial Ámbar, 2010), *La maldición del círculo perfecto* (autoeditado, 2012), *Me enamoré mientras dormía* (Editorial Nowevolution, 2014), *Me enamoré mientras mentías* (Editorial Nowevolution, 2014), *Por siempre tú* (Ediciones Kiwi, marzo de 2015), *Viaje hacia tu corazón* (Click Ediciones, Grupo Planeta, septiembre de 2015), *El círculo perfecto*, reedición ampliada (Red Apple Ediciones, enero de 2016), *Mi error fue amar al príncipe* (Click Ediciones, enero de 2016), *Mi error fue buscarte en otros brazos* (Click Ediciones, febrero de 2016), *¿Sabes una cosa? Te quiero* (Nowevolution, febrero de 2016), *Mi error fue confiar en ti* (Click Ediciones, marzo de 2016), *Solo tú* (Ediciones Kiwi, marzo de 2016), *Mi error fue enamorarme del novio de mi hermana* (Click Ediciones, abril de 2016), *Déjame amarte* (Romantic Ediciones, abril de 2016), *Mi error fue amarte* (Click Ediciones, mayo de 2016), *Mi error fue creer en cuentos de hadas* (Click Ediciones, junio/julio de 2016), *Mi error fue no ser yo misma* (Click Ediciones septiembre de 2016).

Antologías

150 rosa Editorial Divalentis

Libro de relatos de VI RA

Venus de Nowevolution

Relatos en la web NUBICO

Mi chica de los dulces

Tú me enseñaste a amar

El latir de mi corazón

Los besos que me debes

Promesa bajo las estrellas

Tú eres mi deseo

Tan solo un instante

Pedacitos de ti
Los hermanos Montgomery II
Moruena Estríngana

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Moruena Estríngana, 2017

© del diseño de la portada, Click Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta
© de la imagen de la portada, Shutterstock

© Editorial Planeta, S. A., 2017
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): diciembre de 2017

ISBN: 978-84-08-17151-5 (epub)

Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.

CLICK EDICIONES es el sello digital del Grupo Planeta donde se publican obras inéditas exclusivamente en formato digital. Su vocación generalista da voz a todo tipo de autores y temáticas, tanto de ficción como de no ficción, adaptándose a las tendencias y necesidades del lector. Nuestra intención es promover la publicación de autores noveles y dar la oportunidad a los lectores de descubrir nuevos talentos.

<http://www.planetadelibros.com/editorial-click-ediciones-94.html>

Otros títulos de Click Ediciones:

Mi error fue amar al príncipe. Parte I
Moruena Estríngana

Mi error fue amar al príncipe. Parte II
Moruena Estríngana

Mi error fue buscarte en otros brazos. Parte I
Moruena Estríngana

Mi error fue amar al príncipe. Parte II
Moruena Estríngana

Amistad inesperada. Serie Sweet Love - I
Moruena Estríngana

Amor descontrolado. Serie Sweet Love -II
Moruena Estríngana

Tú eres lo que deseo
Moruena Estríngana

Déjame amarte. Los hermanos Montgomery I
Moruena Estríngana

Viaje hacia tu corazón
Moruena Estríngana